

Tomo III
1978-1983

El Cardenal
Raúl Silva Henríquez
Nos dijo



(59166

P. Miguel Ortega Riquelme



Distribuye:

Editorial Tiberiades

Arzobispado de Santiago

Moneda 1845 - Tel. 6712996 - Fax. 6985581

Cienfuegos 51 - Tel. 6961750

Av. Presidente Errázuriz 3838 - tel 2076877

Email: editorial @ tiberiades.cl

WEB: <http://www.tiberiades.cl>

El Cardenal Raúl Silva Henríquez Nos Dijo

© *Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez /
Fundación Tiberiades
Santiago - Chile*

Primera Edición

Inscripción: 138.414

I. S. B. N.: 956-8188-32-0

Diseño y Diagramación: Paulina Montalva R.

Impresión: LOM Ediciones

Fono: 6722236

Impreso en Chile - Printed in Chile

Marzo de 2004

Prohibida su reproducción total o parcial

**Raúl Silva Henríquez
Nos Dijo**

P. Miguel Ortega



EDITORIAL
TIBERÍADES



**Fundación
Cardenal Raúl Silva Henríquez**



PRESENTACION

Transcurre el tiempo y la figura y el pensamiento del Cardenal Silva Henríquez crece a pasos agigantados. Su visión de una Iglesia al servicio del hombre y de sus necesidades, su rol de servidora del mundo, su mirada sobre los acontecimientos como expresión de la voluntad de Dios, su manera de sentir tan hondamente el alma de Chile, su forma de percibir América Latina como un Continente de esperanza y fraternidad, su cercanía al mundo de los pobres y de los trabajadores, y su forma concreta de entender la convivencia civilizada entre los chilenos, son aspectos de su vida que mantienen singular vigencia. Por esta razón nos atrevemos a decir que el Cardenal Silva es un modelo inspirador de cualquier Pastor del siglo XXI.

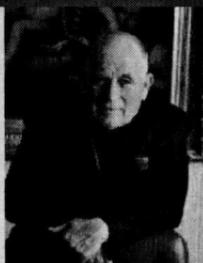
Agradecemos al Padre Miguel Ortega, estrecho colaborador y amigo del Cardenal Silva Henríquez, el hecho de haber dedicado gran parte de su tiempo para comprender y estudiar su pensamiento. El ha hecho una selección de sus homilías, discursos, entrevistas o declaraciones que a todos los cristianos nos hace muy bien volver a leer o conocer.

Este texto, que aquí presentamos, es el tercero de una trilogía que recoge gran parte de sus principales intervenciones en el país. Las ofrecemos en la seguridad de que ellas serán muy bienvenidas, no sólo entre los cristianos, sino en

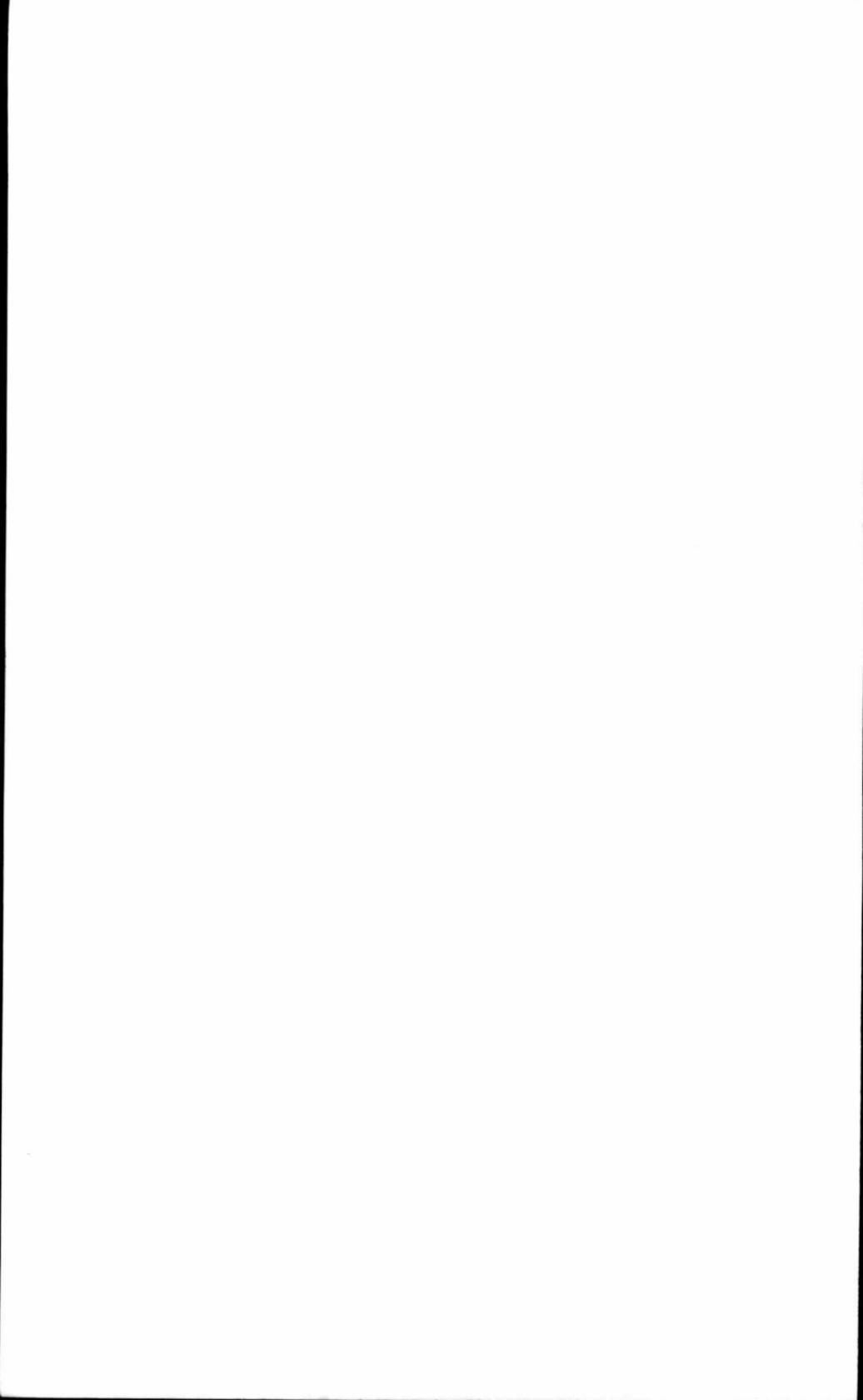
todas las personas de buena voluntad que habitan en nuestro territorio y también más allá de nuestras fronteras.

En este último tomo incluimos su “Sueño de Chile” y su “Testamento Espiritual”, enseñanzas maravillosas entregadas a la Iglesia de Santiago a la que tanto amó. Ellas fueron dadas a conocer después de sus 22 años como Arzobispo.

**MENSAJES
DEL ARZOBISPO DE
SANTIAGO**



1978 - 1983



Eucaristía en la Catedral,
el Primero de Mayo

PARTICIPACIÓN DE LOS TRABAJADORES Y DEMOCRACIA

El Primero de Mayo, el Cardenal no pudo presidir la Eucaristía en la Catedral. Dejó sin embargo un mensaje para los Trabajadores.

MUY QUERIDOS HIJOS:

Este año no podré acompañarles personalmente en la celebración del 1° de Mayo. Ausente en el extranjero quiero, sin embargo, estar junto a ustedes con mi palabra, o más bien con la palabra de Cristo. Esa Palabra que ilumina, que alegra y que libera el corazón del hombre.

Cuando esa Palabra divina quiso encarnarse humanamente escogió la familia de un trabajador. Cristo, Palabra de Dios, fue conocido como el Hijo del Carpintero. Fue el mundo de los operarios, de los que dependen del trabajo de sus manos, el primero en acoger al Dios hecho hombre y en reconocerlo como uno de los suyos. Designio divino que la Iglesia no puede desoír.

EL HOMBRE: HIJO, AMIGO Y COLABORADOR DE DIOS

Pero no es ése el único ni el principal motivo que la Iglesia ame con predilección a los trabajadores y sienta como propias sus tristezas y aspiraciones. Mucho antes del Concilio Vaticano II; antes de que el Papa León XIII explicitara su Doctrina Social; antes, incluso, de que el Verbo de Dios se encarnara para luego morir en la Cruz, Dios ya había revelado claramente que su gran amor es el hombre.

Toda la Escritura Santa, mis queridos hijos, nos trae desde su página primera este anuncio sorprendente: Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza. Dios quiere que el hombre sea verdaderamente el Rey de la Creación. Dios ha salido a buscar al hombre para hacer con él alianza y confiarle a él el desarrollo del Universo.

Toda la Sagrada Escritura no hace otra cosa que hablarnos de este amoroso respeto de Dios por el hombre, de este afán divino por volcar en el hombre su propio aliento, de esta voluntad divina de hacer del hombre su hijo, su amigo, su colaborador. Por eso el autor inspirado de los Salmos llega a preguntar, con asombro: “Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes y te preocupes de él? Lo hiciste apenas inferior a un dios. Lo coronaste de gloria y de esplendor. Lo hiciste señor de las obras de tus manos: itodo lo pusiste bajo sus pies!” (Salmo 8).

LA INJUSTICIA Y LA OPRESIÓN, AGRAVIOS A DIOS.

Cada cierto tiempo, Dios enviaba profetas para exhortar al pueblo a vivir conforme a su dignidad. Y esos profetas denunciaban, como un agravio hecho a Dios, las injusticias y opresiones inferidas al hombre. “¡Clama a gritos, no te moderes! —decía Dios a su profeta Isaías—. Denuncia a mi pueblo su rebeldía. Les gusta pasar por gente que practica la virtud. Ayunan, pero están buscando hacer su negocio y explotan a todos sus trabajadores. El ayuno que yo quiero es: romper las cadenas injustas, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, compartir el pan con el hambriento, albergar al pobre sin hogar” (Isaías 58). Ese era el sacrificio que complacía y complace al Señor: “Busquen lo justo, den sus derechos al oprimido, hagan justicia al huérfano, aboguen por la viuda” (Is. 1,17). “Eso es conocerme: hacer justicia al pobre y desvalido” (Jeremías 22,16).

Ese amoroso respeto de Dios por todo hombre encontró su máxima expresión en Cristo, Verbo de Dios encarnado. “Tanto amó Dios al mundo que le entregó su Hijo único”. Él hizo suya nuestra carne humana, pero con ella hizo también suyas la angustia y la esperanza, la suerte y destino de cada hombre, y muy especialmente de los que, destituidos de auxilio, en nada pueden apoyarse sino en Él: “¡Todo lo que hiciste, o dejaste de hacer, a uno de estos mis pobres, mis pequeños

hermanos, a Mí me lo hiciste!" Y para rubricar el valor absoluto de toda vida y de todo destino humano pagó Dios por el hombre el valor infinito de la sangre de su Hijo.

No es, por eso, una novedad, no es un cambio en la doctrina de la Iglesia el que ella aparezca hoy día empeñada en servir al hombre, en promover el desarrollo y urgir el respeto de los derechos del hombre. Y no se puede tampoco concebir que la Iglesia claudique o calle, se muestre vacilante o ambigua cuando se trate de defender la vida y la dignidad humana. De ella derivan derechos y deberes que son universales, inviolables, e irrenunciables. Hoy estamos reunidos precisamente para recordarlos y para revalidar nuestro compromiso con ellos.

LOS CRISTIANOS SOMOS HOMBRES DE ESPERANZA

Al decir esto, queridos hijos, estamos constatando una realidad: hay derechos consustanciales al hombre - trabajador, cuyo ejercicio aparece restringido, suspendido o amenazado. Hay deberes —tan irrenunciables como sus correlativos derechos— que el hombre-trabajador no está hoy en situación de cumplir. Todo esto ustedes lo saben mejor que nadie, y lo sufren muchas veces con dolorosa impotencia.

Pero no celebramos este día para exacerbar amarguras. Los cristianos somos hombres de esperanza y no podemos dar cabida al odio en

ninguna de sus formas y grados. No juzgamos sobre las conciencias de nuestros hermanos ni aceptamos corregir injusticias o violencias con las mismas armas con que nos son impuestas.

PAZ SOCIAL Y DERECHOS DE LOS TRABAJADORES

¿Por qué, entonces, insistimos en recordar y urgir nuestros derechos; por qué la Iglesia —en todos sus niveles— renueva hoy su compromiso con las aspiraciones del mundo del trabajo, arriesgando ser mal interpretada, expuesta a la acusación de perseguir fines políticos o estratégicos?

Es porque sabe, es porque ha hecho tantas veces la experiencia de que la paz y la seguridad nacional nunca están mejor garantizadas que cuando el pueblo trabajador ve y siente reconocido sus derechos. Es porque sabe que la riqueza nacional “no proviene de otra cosa que del esfuerzo de los trabajadores”, y que su participación protagónica en la convivencia social es indispensable para construir la Patria.

Nosotros respetamos, queridos hijos, a quienes cumplen la elevada misión de cautelar el orden público. Nosotros creemos en la buena voluntad de quienes buscan restaurar la economía nacional sobre bases sólidas.

Solamente quisiéramos compartir con ellos nuestra convicción de que no hay base más sólida ni mejor medida de seguridad que un pueblo

trabajador unido y organizado, consciente de su fuerza y de sus responsabilidades, e invitando a participar, como interlocutor de pleno derecho, en la gestión de sus fuentes de trabajo y en la formulación de políticas económicas y sociales.

Consecuentes con esta convicción quisiéramos alentar los esfuerzos e iniciativas tendientes a normalizar el libre ejercicio de la actividad sindical; a devolver a los trabajadores su plena capacidad de negociación colectiva, y a perfeccionar los canales de participación laboral en aquellas deliberaciones y decisiones que comprometen su futuro.

LA ECONOMÍA AL SERVICIO DEL HOMBRE. NO AL REVÉS

Paralelamente nos inquieta el anuncio de algunas medidas económicas, en las que el grueso de la clase trabajadora percibe un desconocimiento o pérdida de conquistas laboriosamente adquiridas. Apreciamos la recta intención de quienes preconizan esas medidas, y su elevado espíritu de aliviar la angustiosa situación de quienes no tienen trabajo. Creemos, sin embargo, que la Doctrina Social de la Iglesia, cuyo carácter normativo liga la conciencia de todos los católicos, exige ponderar, junto con los beneficios que de esas medidas se esperan, también y sobre todo su necesario impacto desmoralizador, su efecto deshumanizante en las relaciones laborales.

No puede razonablemente pedírsele, a una clase trabajadora ya sacrificada en exceso, aún el sacrificio de renunciar —sin su consentimiento— a un mínimo de estabilidad en su fuente de trabajo, y a un mínimo de dignidad en la valoración de su esfuerzo. Tampoco creemos que la convivencia empresarial resulte positivamente estimulada por medidas que permiten contratar una fuerza de trabajo, abandonada inerme a las condiciones aleatorias de la oferta y la demanda. Y tal juicio nuestro es plenamente compartido por los empresarios católicos como públicamente lo han manifestado en estos días.

Suponemos, en cualquier caso, que antes de comprometer una decisión final en tal materia se escuchará con respeto el sentir de quienes serán más directamente afectados por ella. Según la enseñanza de la Iglesia, en efecto, “hay dos derechos del ciudadano que encuentran en la democracia su expresión natural: manifestar su propio parecer sobre los deberes y sacrificios que le son impuestos; y no estar obligado a obedecer sin haber sido escuchado” (Pío XII, Radiomensaje de Navidad 1944).

PARTICIPACIÓN DE LOS TRABAJADORES, FACTOR DE DEMOCRATIZACIÓN

Se nos dirá tal vez que una plena democracia no es todavía posible y que razones ajenas a la buena voluntad de los gobernantes hacen necesarias medidas restrictivas de emergencia.

Reiteramos nuestro respeto a quienes sinceramente piensan cimentar así un destino mejor para la Patria.

Conocemos y valorizamos los pasos que se dan para dotar a nuestro país de instituciones jurídicas capaces de sustentar una sana convivencia democrática.

Pero estamos, otra vez, convencidos de que la participación organizada de la clase trabajadora es un factor indispensable de democratización: económica, política y cultural.

Hay un modo de ser, una concepción y una experiencia de la vida, un patrimonio de valores morales que son propios de la cultura obrera y sin los cuales el alma nacional estaría mutilada y trunca.

¿Cómo podría gestarse un modelo genuinamente chileno sin incorporar este aporte, sin estimular y acoger ese imponente patrimonio moral que Dios ha querido confiar a los humildes?

¿Y cómo podría pensarse en una convivencia pacífica y estable si la mayor parte de nuestro pueblo no llegara a sentirse identificada con un proyecto político y social elaborado sin su concurso e impedido así de reflejar sus aspiraciones?

ES NECESARIO QUE LOS OBREROS PUEDAN HACER OÍR SU VOZ

La Doctrina Social de la Iglesia, que es la concreción de la sabiduría y experiencia de siglos y que emana del Evangelio, declara terminantemente por boca de los Sumos Pontífices que los trabajadores tienen derecho a participar activamente en la vida de las empresas, pues es la única manera de hacer de la empresa una auténtica comunidad humana. Esto exige que las relaciones mutuas entre los empresarios y dirigentes, por una parte, y los trabajadores, por otra, lleven el sello del respeto mutuo, de la estima, de la comprensión, y, además, de la leal y activa colaboración e interés de todos en la obra común. Por esto es necesario que los obreros puedan hacer oír su voz y aporten su colaboración para el eficiente funcionamiento y desarrollo de la empresa. Hay que hacer notar, por lo tanto, que el ejercicio de esta responsabilidad creciente por parte de los trabajadores en la empresa no solamente responde a las legítimas exigencias propias de la naturaleza humana, sino que está en perfecto acuerdo con el desarrollo económico, social y político de la sociedad civil en la época contemporánea (Cfr. Mater et Magistra).

Toda democracia moderna requiere fundamentarse en un consenso, no en el conflicto; en el derecho antes que la fuerza. Preparar los caminos de una democracia supone

consecuentemente promover la igualdad y la participación de todos en las responsabilidades comunes, lo que se traduce, en el caso de los trabajadores, en un derecho de organizarse libremente y sin riesgo de represalias (*Gaudium et Spes* 68,2; Cfr. Cartas de Cardenal Villot a la VI Semana Social de Chile).

HUMANIZACIÓN DE LA ECONOMÍA Y PARTICIPACIÓN DE LOS TRABAJADORES

También la economía podrá así orientarse mejor hacia su finalidad específicamente humana. Es difícil asegurar que la economía esté –como es su razón de ser– al servicio del hombre cuando ella se construye sobre el lucro como su motor esencial; sobre la competencia como su ley suprema; sobre un liberalismo sin freno en la concepción del derecho de propiedad. La plena incorporación de los trabajadores al proceso económico puede reorientar los espíritus hacia una dimensión solidaria de los derechos privados; hacia una destinación universal y justa de los bienes creados; hacia la satisfacción de necesidades verdaderamente humanas, y hacia la humanización de los instintos económicos, elevándolos al servicio del desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres.

El Santo Padre nos ha dicho recientemente, por medio de su Cardenal Secretario de Estado, que con estas premisas de humanización de la economía “debe lograrse que el sentido de servicio a la sociedad sea la motivación dominante,

también en el campo económico”, y que “en estas perspectivas debe colocarse el esfuerzo que se exige al pueblo chileno” (Carta Cardenal Villot, VI Semana Social de Chile).

Los trabajadores de Chile —pensamos— han dado muestras más que suficientes de su sentido patriótico y de su disposición a sacrificarse por el bien común. Con razón reclaman la oportunidad de mostrar que una mayor confianza depositada en sus organizaciones, lejos de constituir un factor de desorden o inseguridad, podrá contribuir decisivamente a la formación de un gran consenso nacional. Los errores del pasado y los riesgos del provenir no deberían paralizar el dinamismo creador que surge de las entrañas de nuestro pueblo.

EL PUEBLO NO CREE EN LA VIOLENCIA

Y sabemos que nuestro pueblo procurará no defraudar esa confianza. Muchas y tristes experiencias no han logrado arrebatarle su sed de justicia, su ansia de libertad, su fe en el amor.

Nuestro pueblo no cree en la violencia ni acepta a los que preconizan el odio. Recibe con agrado todo llamamiento a la reconciliación; está dispuesto generosamente al perdón y al olvido, aun en las situaciones humanamente más dolorosas. A este pueblo humilde tan querido deseo hoy decirle, como Pastor de la Iglesia, mi respeto y mi cariño. Siempre ha tenido y tiene algo que enseñarme. En sus manos he visto las huellas de Dios Creador.

En su cansancio y dolor, una prolongación de la Cruz de Cristo Salvador. En su solidaridad admirable, en su alegría, en su paz, una presencia del Espíritu de Jesús resucitado.

Quiero también darles las gracias. En horas de prueba, a veces muy amargas, los trabajadores chilenos han dado su testimonio de fe y fidelidad. Han creído en Dios y en su providencia de Padre. Han creído en la Iglesia. Han sido fieles a sus Pastores, fieles a su Evangelio de misericordia, de perdón y de paz. Víctimas o espectadores del odio, han perseverado en el amor. Probados duramente en la adversidad, permanecen de pie, activos en la esperanza.

Gracias, queridos hijos, porque en esa sencillez de los humildes, en esa transparencia de los pobres se hace patente la grandeza de Dios. Que Él les bendiga, les fortifique en la fe, confirme y acreciente su esperanza, les colme de amor.

Reciban la bendición y el afecto de su Pastor.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ

El año 1978 esto dijo en el
Te Deum de la Catedral.

“LAS ARMAS DE LA PAZ”

**Esperada era la Homilía del Cardenal
cada 18 de septiembre.**

Las lecturas bíblicas recién proclamadas han ido disponiendo nuestro corazón para oír la voz de Dios, que nos habla en este 18 de septiembre de 1978.

No debe sorprendernos que Dios hable hoy. El es el Señor de la historia: vive, está presente, vigila con amor cada instante y todo destino humano. Nosotros, los chilenos, somos una familia unida en esa fe común que nos permite invocarlo: ¡Padre Nuestro! Y estamos en su Casa: en este Templo suyo que simboliza y contiene a esos millones de templos vivos que son los hijos de Chile.

Es también un día propicio para que Dios hable. Estamos de fiesta, en la alegría de ser hermanos, de compartir la misma tierra. Tenemos una patria, es decir, un hogar que nos pertenece, un nido hecho cálido por el afecto de millones de hombres y mujeres en los que nuestro corazón reconoce, adivina a un hermano.

Tenemos una patria: un presagio —todavía imperfecto— de aquel nido familiar que cobijará un día nuestro amor en la eternidad de Dios. Y es comprensible que en este clima de fiesta se escuche, junto a la palabra de los hijos que agradecen, la palabra del Padre que promete e invita a conquistar dones mayores.

Dios habla hoy de paz

En cada 18 de septiembre agradecemos a Dios el don de ser libres. ¡Qué don tan excelente es la libertad! Poder decidir nosotros lo que queremos ser, y adónde queremos ir como nación.

Pero la libertad no es todavía el don supremo y absoluto. Ella está al servicio y es condición indispensable de la paz. Y es de eso que nuestro Padre Dios quiere hablarnos hoy: de la paz, como el bien que resume todos los anhelos y esperanzas, la vida misma de sus hijos chilenos.

Acabamos de escucharlo en el Evangelio: Dios habla para que tengamos paz. Dios promete la paz a aquellos hijos suyos que se unen para implorarla en el nombre de Cristo. Dios nos asegura que la paz podrá ser nuestra, a pesar de todas las tribulaciones del mundo, porque Cristo ha vencido al odio y al egoísmo humano.

Y no sólo en la Escritura nos habla Dios de paz. Quienquiera que escrute con atención los signos de los tiempos percibirá en ellos una clara voluntad divina. Inseguridad y angustia han

pasado a ser las notas dominantes de la convivencia humana. Cuando el hombre parecía más cerca que nunca de disfrutar tranquilo los bienes del progreso tecnológico, se acumulan más que nunca las tensiones, las contiendas de supremacía, la amenaza vil del terrorismo, el espectro de la guerra. En todos los continentes y bajo los más diversos regímenes el hombre se pregunta, desolado, si su destino será yacer sacrificado a intereses estratégicos, económicos o ideológicos que no alcanzan a sumar, todos juntos, el valor de una vida humana. Sin necesidad de encuestas, sólo contemplando el rostro de los hombres de hoy y escuchando el latir de su corazón podemos establecer ciertamente cuál es su mayor anhelo: ¡la paz! Y esa voz de los pueblos es la voz de Dios que reitera hoy el gran ofrecimiento que antes nos hiciera en Cristo: “les dejo la paz; les doy mi paz”. Desvalido ante la irracionalidad de la violencia, paralizado por el miedo a la guerra, testigo del fracaso de tantas fórmulas humanas para recrear la paz, el hombre contemporáneo empieza a comprender que la paz es don y herencia de Cristo, fruto de su amor inmolado en la Cruz, y conquistable sólo por las armas que Cristo escogió.

Armas para vencerse a sí mismo.

¿Cuáles son esas armas? También lo hemos escuchado, en la primera lectura bíblica, de boca del apóstol Pablo.

Profundamente realista, san Pablo sabía que vivir es una experiencia de lucha incesante, porque hay fuerzas —algunas humanas, otras más que humanas— conspirando siempre contra la armonía del Universo. La vida del apóstol, como la de Cristo, estaba bajo el signo del combate. Pero no se trataba, en ninguno de los dos casos, de defender casas, tierras, empresas, ideologías o facciones humanas. Cristo había venido a destruir las obras del demonio, es decir: la mentira, el odio homicida, la dispersión de los hermanos, el orgullo de ser como Dios, más que Dios. Nuestra lucha —nos dirá San Pablo— no es contra la carne y la sangre del hombre, sino contra un espíritu que actúa en su interior y que puede estar presente a la vez en mi adversario y en mí. Yo puedo por la espada someter a un hombre que miente y que odia; pero mi espada no habrá ganado ningún combate si el odio y la mentira permanecen en mí.

Basado en esa intuición espiritual detalló San Pablo las armas de la paz: como cinturón, la verdad; por coraza, la justicia y el amor; como escudo, la fe; como casco, la esperanza; por espada, el Espíritu, que es la Palabra de Dios; y por calzado, el celo en propagar el Evangelio de la paz (Efes 6, 14-17 y 1 Tesal 5,8).

De ahí también que el orden vigente en la sociedad sea todo él de naturaleza espiritual, como enseña el Magisterio de la Iglesia: porque se funda en la verdad, debe practicarse según los preceptos de

la justicia, exige ser vivificado y completado por el amor mutuo, y respetando íntegramente la libertad, ha de ajustarse a una igualdad cada día más humana (cfr. Juan XXIII, *Pacem in Terris*, 37). Sólo sobre tales fundamentos se edifica la paz.

Pero todas estas virtudes son armas que exigen vencerse en primer lugar a sí mismo; transformar radicalmente el propio juicio, la propia mentalidad. En una palabra: convertirse al Evangelio de Cristo. La legítima defensa de valores supremos puede, en casos extremos, autorizar el recurso a las armas materiales. Una auténtica paz social, sin embargo, se consolida mediante hombres cimentados en la Palabra de Dios: “Hay mucha paz, Señor, para los que aman tu ley” (Salmo 119, v. 165).

Con la humildad que nos impone el sabernos, todos, trasgresores de esa Ley de Cristo, suplicamos hoy a Dios que nos ayude a convertirnos. Queremos creer más en el Evangelio como fuerza del Dios Salvador. Queremos aprender mejor el arte de ser justos, de respetar la dignidad y amar los derechos de nuestro hermano el hombre. Queremos crecer más en la confianza que en la suspicacia. Queremos crear más mediante el diálogo que la imposición. Queremos esperar todo del amor y nada del odio.

La paz: ¿Utopía o realismo?

¡Las armas de la paz! “¡Pobre paz! ¿Cuáles son tus armas?”, se preguntaba el Papa Paulo VI, de venerada memoria. ¿El terror de una conflagración fatal? ¿La resignación pasiva ante un estado de atropellos? ¿La organización egoísta del mundo económico, obligado por el hambre a mantenerse tranquilo y sometido? ¿Los armamentos preventivos y secretos? ¿Es suficiente, es segura, es feliz una paz sostenida solamente por esos fundamentos?

Hay que hacer más: ante todo hay que dar a la paz otras armas que no sean las destinadas a matar, hay que excluir las guerras de los programas de la civilización. En la conciencia de los pueblos va entrando la convicción segura y decidida de que no se puede construir nada eficaz y duradero para el bien del hombre, si no es sobre la mutua concordia, el respeto de los derechos recíprocos, la paciente experiencia de diálogos constructivos y de negociaciones justas y leales (Cfr. Paulo VI, Mensaje y Homilía para la Jornada de la Paz, 1976).

Para algunos contemporáneos, esta enumeración de las armas de la paz podrá sonar a paradoja, o utopía. Para los discípulos de Cristo es consecuente realismo. “Todos ustedes son hermanos”, nos enseña el Maestro (Mt 23,8). Pero ¿cómo vamos a vivir nuestra fraternidad con las armas ofensivas en la mano? ¿Cómo podríamos acercarnos más al corazón del hombre,

nuestro hermano, sin predisponernos al perdón de las ofensas y sin renunciar a esa inhumana ley de la venganza? El discípulo de Cristo es pacífico, y no se ruboriza de serlo. Es capaz de combatir, pero prefiere la paz a la guerra (Cfr. Documentos de Medellín, "Paz", 15). Está incluso dispuesto a ceder de sus derechos, si con ello puede evitar la explosión de la violencia y reencontrar el camino de la fraternidad (Cfr. Mateo 5, 39-41). Sabe, por revelación divina y experiencia humana, que la paz fructifica en la justicia y se afianza solamente con la paz.

A los que trabajan por la paz

En una hora como ésta, quisiéramos agradecer, felicitar a todos los que en nuestra patria y fuera de ella trabajan por la paz. ¡Son tantos, gracias a Dios! El estadista que busca caminos de diálogo y genera las condiciones para un consenso. El diplomático que descarta soluciones de fuerza y favorece entendimientos razonables. Los hombres de Derecho que definen instrumentos y marcos jurídicos para conciliar las exigencias del orden y bien común con el respeto a libertades intangibles. Los que cautelan la seguridad de las personas y sus bienes, y en especial el bien soberano de la patria. Los que cumplen con el deber de informar objetiva y verazmente a los ciudadanos y facilitan la adecuada expresión del pensamiento. Los que acogen con respeto al necesitado —presencia de Cristo— y lo ayudan a vivir su vocación de hombre. Los que prestan su voz a quienes no pueden hacerse oír, y asumen la

defensa del desvalido. Los que aceptan duros sacrificios y postergaciones, en aras de una holgura que puede tardar. Los que sufren, participando en el sufrimiento de Cristo y ofreciendo su dolor por la paz de la patria. Los que enseñan y educan a nuestros jóvenes para que sean libres, leales, justos, fraternos. Los que oran sin interrupción y sin desaliento por la paz.

La paz, pasión de la Iglesia

Quisiéramos sumarnos a esa epopeya diaria y silenciosa en que se construye la paz. Nuestra contribución como Iglesia de Cristo es muy simple, pero indispensable: es el anuncio, gozoso y esperanzado, del Evangelio de paz!

Que nadie espere de nosotros otra palabra; que nadie nos suponga otra intención. La paz es la pasión que la Iglesia lleva en sus entrañas de Madre. Es el gran legado que Cristo le confió. La Iglesia fue fundada como un misterio de comunión, como un signo eficaz de reconciliación de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Ella no sólo vive de la unidad: vive para la unidad, disponiendo el corazón del hombre para ese misterio divino de comunión.

Y todo el esfuerzo de la Iglesia en estos últimos años, su constancia en evangelizar la verdad, la justicia y la libertad, su perseverancia en defender los derechos consustanciales al hombre, su firmeza en denunciar los errores que presumen ignorarlos o las violaciones que pretenden

suprimirlos, nace de su pasión por la paz y de su anhelo de que ella se construya, en nuestra patria, sobre fundamentos sólidos e inamovibles.

Quisiéramos pedir perdón, si esta pasión nuestra por la paz no acertara a veces a encontrar la palabra justa o el gesto más exento de ambigüedad. Sentimos nuestra limitación humana, que nos expone tanto a callar imprudentemente como a hablar palabras que tal vez no son de Cristo. Pero en este momento de celebración familiar, en esta Casa de Dios donde los espíritus se abren con sencillez, deseamos reiterar que ningún interés subalterno, ninguna secreta mira o ambición de dominio en el mundo temporal, ningún prejuicio, ninguna indebida preferencia, ninguna agresividad han inspirado ni pueden inspirar la acción de la Iglesia al servicio de la paz.

La Iglesia no tiene opciones o alternativas propias: su única opción, su única alternativa es el Evangelio de la paz. Y si alguna preferencia le es lícita, no puede ser otra que la predilección de Cristo por los que sufren más –cualquiera sea la causa de su sufrimiento. El Fundador de la Iglesia dio como señal de su misión el anuncio de la Buena Nueva a los pobres (Lc 7,22). Ser fiel a las enseñanzas y al ejemplo de Cristo le impone a la Iglesia el deber de apasionada defensa de los débiles, y en particular de quienes sólo piden poder vivir de su trabajo, cultivar su tierra y cobijar su familia bajo un digno techo.

La Iglesia vive en la historia, toma parte en las mejores aspiraciones de los hombres, sufre cuando las ve insatisfechas, y desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo (Cfr. Paulo VI, *Populorum Progressio*, 12-13). Y ese desarrollo pleno exige combatir la miseria y luchar contra la injusticia. La paz, en efecto, no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres (Cfr. *Populorum Progressio*, 76).

Al reencuentro de la tradición

Queremos también reafirmar nuestra estima y respeto por quienes ejercen autoridad y han contraído el arduo compromiso de conducir, a nuestra patria, hacia el estilo de convivencia democrática más propio de la tradición nacional.

Conocemos las dificultades y escollos que esta impostergable misión conlleva. Valoramos los avances ya conseguidos, y la disposición anunciada de seguir caminando en la vía de una progresiva libertad dentro del orden jurídico. No tenemos competencia para inmiscuirnos en las determinaciones técnicas. Sólo podemos y deseamos comprometer nuestro apoyo a todas las gestiones que favorezcan el reencuentro de Chile con su gran legado y destino de madurez democrática. Muchos sacrificios, algunos muy dolorosos, se han empeñado por este ideal. Nosotros velaremos, desde la perspectiva religiosa

y pastoral que nos es propia, para que con el esfuerzo común ellos fructifiquen trayéndonos la paz. Y consideraremos un privilegio sumarnos a esos sacrificios, soportando las incomprensiones que el cumplimiento de nuestra misión pudiera suscitar.

Alegres en la esperanza

Nuestra meditación se acerca a su fin con una nota de esperanza. No sería, el nuestro, el Evangelio de Cristo si no sobreabundara en él la alegría serena del que confía, en Dios y en los hombres.

No se trata de cerrar los ojos a la realidad. Sería inútil ignorar los problemas o menospreciar su cuantía. ¡Nos queda tanto por hacer, para que Chile llegue a ser ese país de hermanos, donde todos encuentren pan, respeto y alegría! Quedan todavía tantas animosidades, tantas heridas! A todos nos duele el que haya hermanos nuestros sin trabajo. Todos quisiéramos que las privaciones que nuestro pueblo humilde soporta hasta con heroísmo, mostrara cada vez más rápidamente los buenos efectos pretendidos. También quisiéramos reasumir, limpia y vigorosa, nuestra imagen en el concierto internacional. Y, por cierto, erradicar definitivamente el espectro, la pesadilla de un posible conflicto armado con naciones hermanas.

Pero sobre ese realismo se proyecta la serena alegría de nuestra esperanza. Dios no nos ha dejado huérfanos. Seguimos siendo su pueblo: un

pueblo que, como dice la Escritura, practica la justicia, ama con ternura y camina, humilde, de la mano de su Dios (Miqueas 6,8).

El tesoro de la patria

El Santuario de Maipú se yergue como testimonio de esta alianza imperecedera que une al cielo con esta tierra de Chile. Y sabemos que sobre esta tierra bendita hay miles, millones de hombres y mujeres que aman a Dios y quieren ser fieles a su voluntad.

Somos pastores, y creemos conocer bien a nuestro pueblo. Y porque lo conocemos, cada día lo amamos más, y cada día se renueva nuestra esperanza.

Ese pueblo nuestro ha pasado por muchas y tristes experiencias; pero sigue creyendo en la justicia, en la libertad, en el amor. No cree en la violencia y no acepta a los que preconizan el odio. Se abre con gusto a todo llamado de reconciliación. Está dispuesto generosamente al perdón y al olvido. Sabe admirablemente compartir lo que tiene con el que nada tiene. Cree en la providencia paternal de Dios. Cree en la Iglesia, es fiel a sus pastores y a su evangelio de misericordia y de paz. Probado duramente en la adversidad, permanece sin embargo de pie, activo en la esperanza.

En ese, que es el gran tesoro de la patria: en los hombres y mujeres, en los jóvenes y niños, en los ancianos, en los enfermos, en los pobres: en la fe

y generosidad de nuestro pueblo se confirma y ratifica nuestra esperanza. Ellos son el diario testimonio de que Dios sigue actuando, presente entre nosotros.

Chile y Argentina: Comunión indisoluble

Confiamos en nuestra tradición. En el legado de los hombres que nos dieron patria. Don Bernardo O'Higgins, el Padre de la Patria, sigue fecundando con su espíritu el devenir de Chile. El puso las armas al servicio de la paz. El fue capaz de los más dolorosos sacrificios personales con tal de asegurar la paz. El nos dejó también un legado de fraternidad americana. La independencia de Chile fue una gesta común con la de sus naciones limítrofes. Todo, desde los orígenes: todo, la comunidad de sangre, de cultura, de fe, de destino, todo nos señala claramente que la voluntad de Dios es que permanezcamos hermanos y unidos. Difícilmente haya en el mundo pueblos tan claramente llamados, por la Providencia, a vivir una historia solidaria.

Nosotros confiamos en la madurez de quienes ocupan, hoy, el sitio de aquellos próceres, y de quienes tienen por misión informar y sensibilizar a la opinión pública. Un enfrentamiento entre hermanos sería absurdo y suicida, como tan vigorosamente acaban de manifestarlo, en forma conjunta, los Episcopados de Argentina y Chile. Todo puede ganarse con la paz, y todo se pierde con la guerra, nos recuerda constantemente el Magisterio de la Iglesia. La paz tiene un nombre:

Cristo. Y entre hombres y pueblos hermanados por la misma fe en Cristo la paz tiene que ser posible, la paz es un deber. La Iglesia reitera hoy la que ha sido su actitud de siempre: ofrecerse como signo e instrumento de unidad, apoyando con su Evangelio todas las iniciativas capaces de acercar a pueblos hermanos que nunca debieran alejarse, ni mucho menos oponerse.

Conocemos el ferviente anhelo y encargo de nuestros antepasados: que la amistad entre Chile y Argentina superara en solidez a la inmensa cordillera que nos limita. Hoy más que nunca debiéramos ser fieles a ese legado supremo.

¿Pero qué nos está sucediendo? ¿Llegaremos a renegar de todo lo que hemos sido? ¿Olvidaremos, hasta hacerlos inútiles, todos los sacrificios asumidos y tantas vidas inmoladas para afianzar nuestra vocación fraterna?

¿No seremos capaces de levantar la mirada más arriba de contiendas pequeñas, y reconquistar aquel designio divino que nos llama a caminar juntos, cada uno con su rostro y alma original, pero en comunión indisoluble de bienes y corazones, de intereses y destino?

En esta hora de esperanza no dudemos en confiarle a Dios, nuestro Padre común, esta causa, esta urgencia de fraternidad chileno-argentina. La gracia divina nos dará a todos esa lucidez y esa noble generosidad que se requieren para encontrar el ideal de nuestros próceres y ver a

Chile y Argentina como Dios los ve: las manos estrechadas, construyendo —para ejemplo de nuestra América hispana— la paz en la fraternidad.

En un mundo integrado y solidario

Hay muchas otras naciones, en este y otros continentes, con las que históricamente hemos comulgado en los mismos ideales: justicia, libertad, respeto a la dignidad del hombre.

También a ellas quisiéramos sentir las más cercanas y amigas. Esperamos que un progresivo perfeccionamiento de nuestra convivencia social y política allane los obstáculos que hoy subsisten, y que esas naciones quieran sentirse honradas con nuestra amistad.

En un mundo integrado y solidario, nadie puede realizar solo su destino, nadie, tampoco, debe restar su aporte propio a una historia que se hace en común.

Que Chile reasuma en plenitud sus relaciones de confianza, amistad y apoyo mutuo con naciones que le son afines, es también objeto de nuestra esperanza y nuestra plegaria de hoy.

Cristo promete la paz.

Llegamos así al término de nuestra meditación. Pronto oraremos por la patria y cantaremos a Dios nuestra gratitud por ese don que es la

libertad. Pero le pediremos que lleve ese don a su plena perfección, que es la paz. Y le prometeremos combatir por ese don con las armas de la paz. Y permaneceremos alegres en la esperanza, escuchando de nuevo a Cristo, presente hoy en la unidad de los hermanos: a Cristo que Resucitado ratifica su palabra evangélica:

“Yo les aseguro que lo que pidan al Padre en mi nombre, El lo concederá. Pidan y recibirán, para que la alegría de ustedes sea colmada. Y les digo estas cosas para que tengan paz en mí. En el mundo tendrán tribulación, pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo”.

ASÍ SEA

Encuentro por la paz en la Cordillera.
8 de octubre de 1978.

A LOS JÓVENES ARGENTINOS Y CHILENOS

Cerca del Cristo Redentor, en momentos de gran tensión entre los dos países por el conflicto austral, los jóvenes se reunieron a hacer oración común. Más de 600 jóvenes de ambos países escucharon este Mensaje, el 8 de octubre de 1978:

Muy queridos jóvenes:

Interpretando lúcidamente el anhelo común de argentinos y chilenos, han querido ustedes reunirse —más allá de las barreras de la naturaleza y del hombre— para orar por la paz de nuestros pueblos hermanos.

Ustedes son plenamente conscientes del significado y alcance de este Encuentro. Es un Encuentro de juventudes.

En ustedes se encarna la vida que nace, alegre, confiada, aún no contaminada por el odio o el cálculo egoísta, radiante de fe victoriosa. Ustedes

sueñan con un mundo en que el hombre vea respetada su dignidad de persona y su vocación al amor. Ustedes creen que ese mundo es posible de construir.

Ustedes han comprendido que el hambre y sed de justicia y la voluntad de hacer obras de paz, no son una utopía irrealizable: son un imperativo y un deber moral; son una bienaventuranza. Y han querido reunirse —superando distancias, alturas, suspicacias, escepticismos— para estrechar sus manos y corazones de jóvenes y proclamar juntos su fe en la Vida y su decisión por la Paz.

“Nosotros creemos en la Vida —están ustedes diciendo con su gesto—. Nosotros creemos que la Vida es un don divino y una tarea divina que el hombre no puede menospreciar ni tiene el derecho de frustrar. Nosotros creemos que el plan de Dios en nuestras vidas es un designio de amor y no de odio, de comunión y no de hostilidad, de servicio y no de imposición. Nosotros creemos que sólo nos es dado vivir una vez, y en ésta, nuestra única oportunidad, conquistar el amor que se hará Vida eterna.”

Y este acto de fe en el Dios de la Vida lo concretan ustedes en una vigorosa decisión por la Paz de Dios.

La paz que ustedes quieren afianzar no es el equilibrio inestable, basado en la equiparidad de armamentos o en la abstención momentánea de

hostilidades. Ustedes no quieren esa paz precaria, en que la noche y el día se transforman en vigilia armada. Ustedes quieren erradicar definitivamente el espectro de la guerra, que falsea la sicología de hombres y pueblos y envenena su alma con la pesadilla del odio, la destrucción y la venganza.

La Paz —ustedes lo saben— es obra y fruto de la Justicia, corona de la Libertad, don precioso del Amor. Nace de un trabajo paciente por conocerse y comprenderse, de un respeto a los derechos ajenos, de una confianza recíproca, de una delicadeza que evita ofender y facilita entendimientos razonables. Hija del amor, de ella vale todo lo que el Apóstol nos dice sobre la caridad: es paciente, es servicial, no es envidiosa, no es prepotente, no busca su propio interés, se alegra con la verdad y con la justicia, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Esa paz es fruto del Espíritu de Dios. Es la paz que sólo Cristo puede dar. Y es ese mismo Espíritu de Cristo el que los ha impulsado a ustedes a encontrarse para orar, implorando, con la irresistible fuerza de la unidad, el don de la paz.

Estoy cierto de que Dios bendecirá este gesto y acogerá esta plegaria común. Porque Él quiere la paz. La quiere de un modo particular para estos dos pueblos que su Providencia quiso cercanos y hermanos y que nacieron juntos a la fe y a la libertad. Y la quiere sustentada precisamente

sobre las armas que ustedes han escogido, las mismas, las únicas que usó el Señor: Palabra, Testimonio, Oración, Amor hecho servicio y sacrificio.

Fue en una montaña donde Cristo se transfiguró, en compañía de algunos discípulos, convirtiendo la soledad de las cumbres en un lugar apacible y deseable de habitar para siempre. Quiera Él, desde esta montaña bendecida con su presencia, transfigurar la historia indisolublemente común de Chile y Argentina en una alianza de amor y de paz, bajo el manto materno de María.

Reciban la bendición, el cariño y la gratitud de este Pastor.

RAUL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ
Arzobispo de Santiago

Premio NN. UU. a la Vicaría de la Solidaridad.
Nueva York, 10 de diciembre de 1978.

RESPECTO A LOS DERECHOS HUMANOS

**Al recibir el premio de las Naciones Unidas
concedido a la Vicaría de la Solidaridad,
en 1978:**

Agradezco la distinción que Naciones Unidas ha querido conferir a la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago, por su dedicación al servicio de los derechos humanos.

Lo agradezco, especialmente, ya que al conferirla a la institución más que a sus personeros, estoy seguro de que se quiere tributar un significativo reconocimiento a los pobladores, profesionales, laicos y religiosos que con gran generosidad han hecho posible este hermoso trabajo solidario.

Esta distinción también es apreciable por la elevada naturaleza del organismo que la confiere. Trece años atrás, cuando Naciones Unidas celebraba su vigésimo aniversario, la Asamblea General recibió la visita de su Santidad Paulo VI. Venía como portador de un mensaje para toda la humanidad. Y en el primer lugar de su mensaje

estaba una ratificación moral y solemne de esta alta institución que representa —dijo entonces el Papa— el camino obligado de la civilización moderna y de la paz mundial, y la última esperanza de concordia y de paz.

Hoy podemos repetir, como plenamente actuales, las palabras dichas por el Santo Padre ante esta Asamblea General: “Tenemos conciencia de hacer nuestra tanto la voz de los muertos, caídos en las terribles guerras del pasado, como la voz de los vivos, que condenan en sus corazones a quienes intentaren renovarlas. Hacemos también nuestra la voz de los pobres, de los desheredados, de los que aspiran a la justicia, a la dignidad de vivir, a la libertad, al bienestar y al progreso”.

“Hoy más que ayer, la Organización de las Naciones Unidas ha de ser ‘la gran escuela donde se enseña a los hombres la paz’. El mundo mira hacia quienes se sientan en esta Asamblea como hacia ‘arquitectos, constructores de paz’, y agradece los trabajos que desarrolla esta providencial organización en defensa y promoción de los derechos humanos de individuos y pueblos en el mundo entero. Nuestro gran amor y respeto a los derechos del hombre se deben, sobre todo, a que estamos convencidos de que la sociedad del futuro y la paz y la libertad que todos anhelamos, no serán posibles sin el respeto irrestricto por los derechos humanos que constituyen a la persona humana y son la base firme que sustenta la convivencia solidaria entre hombres y naciones.”

Esta convivencia pacífica y solidaria vive acechada por múltiples amenazas. Ninguno de nosotros está libre de culpa. Vigilar, corregir, purificar nuestros juicios, alentar iniciativas con paciente humildad y serena objetividad, confiar en el hombre y en la fuerza moral de la persuasión, son tareas que incumben a quienes sueñan con un mundo que sea digna morada del hombre.

Hace veinte siglos se proclamó, en un país pobre y lejano, el mensaje de las bienaventuranzas: ¡Dichosos los mansos, los misericordiosos, los que anhelan la justicia y sufren por ella, los que construyen la paz!

Desde un país también humilde y lejano, nosotros hemos querido ser fieles a este legado espiritual. El alma de Chile, íntimamente ligada a la fe cristiana, muestra desde su mismo nacimiento un sagrado respeto por la dignidad del hombre, cualquiera sea su raza y condición; y un extraordinario aprecio por su libertad, huella imborrable de su semejanza divina.

Nosotros no hemos hecho otra cosa que procurar ser fieles a esta tradición, entendiéndola como un legado que nos compromete.

Movidos por nuestro ardiente amor a Chile, y desde nuestra perspectiva pastoral, única que nos compete, hemos querido contribuir al logro de los ideales preconizados también por el gran gestor y prócer de nuestra nacionalidad chilena, don

Bernardo O'Higgins, quien en los albores de nuestra independencia instaba a "cuidar que todos los derechos sean realmente garantidos, porque de otro modo vacila la autoridad, la seguridad, y todos los fundamentos de la sociedad y la prosperidad se conmueven y se anulan".

La presente distinción entraña, señor Presidente, un reconocimiento solemne de Naciones Unidas a este legado y patrimonio espiritual que se confunde con la esencia del pueblo chileno, y en que Naciones Unidas entrevé la única senda que conduce a la paz.

Muchas gracias.

1° de mayo 1979

LA IGLESIA NUNCA SE OLVIDA DE SU CUNA

**La Iglesia del Hijo del Carpintero
no olvida su cuna.
Sabe cuáles son sus inicios.**

MUY QUERIDOS HIJOS:

Llegamos una vez más a la celebración de la fiesta de San José Obrero. Él fue ese humilde artesano en quien Dios confiara hasta entregarle el tesoro más grande que podía confiarle a un hombre: su mismo hijo. Este artesano fue llamado por Dios para ser padre adoptivo, jefe y cabeza de la familia de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre.

Nunca se ha confiado a las manos callosas de un trabajador una empresa tan noble, tan bella, de tanta trascendencia. Ser el padre adoptivo de Jesús, el custodio virginal de su esposa, María, y del misterio de su maternidad divina. Varón justo, modelo de hombre, de creyente y de obrero. Jesús recibió las caricias de sus manos recias de trabajador, manos endurecidas por la fatiga cotidiana, manos abiertas a la bondad, y al

hermano necesitado. A este santo varón y obrero tuvo Jesús por maestro en la vida y en el trabajo diario. Él junto a María su Madre, lo fue introduciendo en la realidad y cultura de su pueblo, en los valores de su persona, en el amor a los grandes ideales humanos: en todo eso que Jesús, por su naturaleza divina, conocía y poseía en grado sumo, pero que como Hombre —Dios debía ir creciendo y madurando en su interior, conforme a las leyes de una auténtica naturaleza humana: “el niño crecía-nos dicen los Santos Evangelios— y se robustecía y adelantaba en el saber” (Lucas 2,40).

La Iglesia nunca se olvida de su cuna. Su fundador y cabeza, Jesús, el Esposo de la Iglesia, el Dios hecho hombre que ella adora y sirve, era conocido como el hijo de José, el carpintero de Nazareth. Por eso ese cariño especial, esa ternura privilegiada que la Iglesia reserva para todos aquellos hombres que han sufrido y sufren las mismas vicisitudes, la misma suerte de José y de Jesús.

Por eso en un día como hoy la Iglesia quiere unirse a los trabajadores de todos los tiempos y pueblos: con gran respeto, con amor de Madre, para celebrar junto a ellos los valores del trabajo humano, la dignidad y grandeza del trabajador. Es un día en que la Iglesia extrae, del tesoro de su fe, una palabra dicha por Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que crezca y se multiplique, que llene la tierra y la someta, que domine sobre todas las demás criaturas, que

cultive el gran jardín del Universo”. Una palabra divina que nos habla del hombre-persona marcado por el sello indeleble de Dios Creador. Del hombre inteligente y libre: señor de sus actos. Del hombre que trabaja creando, completando la obra del Dios Creador; no para explotar irracionalmente los recursos de la tierra ni edificar su bienestar sobre las privación y miseria de los otros, sino para construir con los otros una tierra digna y habitable para todos, una sociedad de hombres hermanos.

Desde que estoy en la Sede de Santiago, hace ya más de 17 años, como Arzobispo, obedeciendo a la voluntad del Señor que me llamó a ser Pastor de tan inmensa Grey; desde que estoy aquí, todos los años hemos celebrado la festividad de San José Obrero. En años anteriores esta fiesta no tenía la repercusión ni —tal vez— la acogida tan entusiasta que últimamente ha ido encontrando en todos los trabajadores. Las circunstancias políticas pueden explicar en parte esta realidad.

DEBER IRRENUNCIABLE:

Pero no es verdad que nosotros queramos usufructuar, no es verdad que nos queramos beneficiar de un cambio en el corazón, en la mirada de las masas trabajadoras, que hoy acuden a la Iglesia como baluarte que las defiende, madre que las protege, conciencia que señala el camino, voz de los que no tienen voz. No, no queremos aprovecharnos de esto: sólo cumplir con un deber, un deber irrenunciable. “La Iglesia —nos acaba

de decir el Santo Padre, Juan Pablo II, en su hermosa primera Encíclica— la Iglesia no puede abandonar al hombre. El hombre, en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez su ser comunitario y social —en el ámbito de la propia familia, en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación o pueblo, en el ámbito de toda la humanidad— este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo... Y en ese camino que conduce de Cristo al hombre, en ese camino por el que Cristo se une a todo hombre, la Iglesia no puede ser detenida por nadie. ¡Esta es la exigencia del bien temporal y del bien eterno del hombre!” (Redemptor Hominis, 13 y 14).

Pero si esto es verdad, si es verdad —como dice el Papa— que este hombre es “el camino de la Iglesia, camino de su vida y experiencia cotidiana, de su misión o de su fatiga”, entonces la Iglesia de nuestro tiempo debe ser, de manera siempre nueva, consciente de la situación... de las posibilidades... de las amenazas que se presentan al hombre. Consciente también de todo lo que parece ser contrario al esfuerzo para que la vida humana sea cada vez más humana, para que todo lo que compone esta vida responda a la verdadera dignidad del hombre” (ibídem).

¿Cómo no participar, entonces, plenamente de las expresiones y del acento de Juan Pablo II, cuando

al dirigirse hace poco a los campesinos e indígenas de México, les repetía lo que antes dijera Pablo VI a los campesinos colombianos: “El Papa actual quiere ser solidario con vuestra causa, la causa del pueblo humilde, de la gente pobre; el Papa está con esas masas de población casi siempre abandonadas en un innoble nivel de vida y a veces tratadas y explotadas duramente”. El Papa Juan Pablo II decía: —yo no me atrevo a decir con él— “¡quiero repetir estas palabras de Pablo VI, si fuera posible, con acento aún más fuerte en mi voz!”.

Nosotros, mis queridos hijos; la Iglesia, nos sentimos impulsados a obrar como el Papa. Él nos previno expresamente, en Puebla, que como Obispos no podíamos desinteresarnos de aquellas situaciones que atentan contra la dignidad humana: la dignidad del hombre —nos dijo— es un valor evangélico que no puede ser despreciado sin grande ofensa del Creador (Discurso inaugural, 57-59). La evangelización tiene como parte indispensable la acción por la justicia y las tareas de promoción del hombre, (Ibídem) de sistemas o ideologías, encuentra inspiración para actuar por la fraternidad, por la justicia, por la paz, contra todas las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, violencias, atentados a la libertad religiosa, agresiones contra el hombre y cuanto atenta a la vida (Ibídem 62).

¿Qué ha visto el Papa en tierra americana? ¿Y qué ha dicho que tenemos que hacer ante esa realidad? Ha visto (son sus palabras) “una situación que

continúa siendo alarmante, no muchas veces mejor y a veces aún peor”. Y ante esa realidad, “El Papa quiere ser vuestra voz, la voz de quien no puede hablar o de quien es silenciado, para ser conciencia de las conciencias, invitación a la acción, para recuperar el tiempo perdido, que es frecuentemente tiempo de sufrimientos prolongados y de esperanzas no satisfechas” (Discurso a los campesinos e indígenas, 9).

EL TRABAJADOR NO PUEDE ESPERAR MÁS...

¿Qué ha visto el Papa en tierra americana? “Aparece ante mis ojos —dice— esa muchedumbre inmensa del mundo agrícola, parte todavía prevalente en el continente latinoamericano... El mundo deprimido del campo, el trabajador que con su sudor riega también su desconsuelo” ¿Y qué ha dicho el Papa? ¿Qué hay que resignarse, rendirse a la evidencia de lo inevitable, a la fatalidad de los procesos económicos; o a la inversa, reaccionar con odio y violencia y arrebatarse por la fuerza lo que unos pocos niegan a muchos? El Papa ha dicho: “El trabajador no puede esperar más a que se reconozca plena y eficazmente su dignidad, no inferior a la de cualquier otro sector social. El trabajador tiene derecho a que se le respete, a que no se le prive con maniobras que a veces equivalen a verdaderos despojos, de lo que tiene; a que no se le impida su aspiración a ser parte de su propia elevación. Tiene derecho a que se le quiten barreras de explotación, hechas frecuentemente de egoísmos

intolerables y contra los que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción. Tiene derecho a la ayuda eficaz —que no es limosna ni migajas de justicia— para que tenga acceso al desarrollo que su dignidad de hombre y de hijo de Dios merece” (Ibíd., 10).

Y recordando el Para que está hablándole a un pueblo, a un continente profundamente mariano, nos muestra a la Virgen María como la Madre de gracia que nos permite superar las múltiples “estructuras de pecado” que envuelven nuestra vida personal, familiar y social. Como modelo de creyente y cumplidora de la voluntad de Dios, que no acepta pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni se hace víctima de la alienación, sino proclama que Dios es vindicador de los humildes y depone del trono a los soberbios. En esta fe, en esta gracia que Dios nos da por mediación de María encontramos —dice el Papa— la verdadera fuente de nuestro compromiso por los hombres, nuestros hermanos, especialmente nuestro compromiso con los más pobres y necesitados, y con la necesaria transformación de la sociedad: esto es lo que Dios quiere de nosotros y a esto nos envía, con la voz y la fuerza de su Evangelio!” (Homilía en Zapopán. 11-12). Y para ello “hay que actuar pronto y en profundidad, hay que poner en práctica transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes” (Discurso a los Campesinos, 11).

EL DERECHO DE DIOS Y EL DERECHO DEL HOMBRE

Hay quienes, queridos hijos, desearían trazar una línea divisoria entre el derecho de Dios y el derecho del hombre. ¡Como si pudieran oponerse mutuamente; como si para afirmar el uno hubiese que negar el otro! Basta recordar la clara enseñanza de Cristo, el Señor, y de sus Apóstoles, sobre el doble y gran mandamiento: de amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a uno mismo; recordar, digo, esa enseñanza de que ninguno de estos dos amores puede ser verdadero y subsistir sin el otro, para comprender que esa línea divisoria, entre el derecho de Dios y el derecho del hombre, no es justa, no es cristiana.

La religión de Cristo Jesús no se puede practicar mirando al cielo y sin mirar al hermano —sobre todo a ese hermano que yace, indefenso, en la tierra. Para quien vive su fe, el hombre, cada hombre, es un Alguien eternamente ideado y eternamente elegido; un Alguien llamado y denominado por su nombre por ese Dios que lo creó a su imagen y semejanza (Cfr. Discurso Inaugural, 44). Es un Alguien redimido y así recreado en virtud de la sangre del Hijo de Dios. Pero entonces “¡qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha merecido tener tan grande Redentor! En realidad, ese profundo estupor ante el valor y la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama, también, cristianismo”. Así lo acaba de decir, tan hermosamente, el Papa Juan Pablo II (*Redemptor*

Hominis, 10). Y nos agrega: “nosotros los cristianos debemos recordar siempre la escena del Juicio Final, según las palabras de Cristo transmitidas en el evangelio de San Mateo: tuve hambre y me diste de comer... Esta escena escatológica (es decir, del fin de los tiempos), debe ser aplicada siempre a la historia del hombre, debe ser siempre “medida” de los actos humanos como esquema esencial de un examen de conciencia para cada uno y para todos (*Redemptor Hominis*, 16) modelo de la atención a todas las necesidades humanas” (Discurso inaugural, 61).

No es, pues, por oportunismo, ni por afán de novedad —mis queridos hijos— que la Iglesia, “experta en humanidad”, es defensora de los derechos humanos. Es un auténtico compromiso evangélico; que tal como sucedió con Cristo —es sobre todo compromiso con los más necesitados (Discurso inaugural, 63).

Y por eso aquí estamos de nuevo, con motivo de la fiesta de San José Obrero, reunidos en el espíritu de Cristo y de la Iglesia —espíritu que une, que crea, que construye, que fructifica en justicia, en alegría, en paz—, estamos otra vez reunidos para recordar y proponer, a nuestros hermanos trabajadores, empresarios, responsables del bien común, recordarles y proponerles a todos los hombres de buena voluntad, estos principios, valores y luces que la Iglesia ofrece como sustento sólido para una convivencia justa y fraterna.

JUSTICIA SOCIAL, BASE DE LA PAZ...

Hacerlo es parte de su tradición y parte de su misión: irrenunciables las dos. Sobre todo desde que el Papa León XIII, en su encíclica *Rerum Novarum*, lanzó —hace ya casi un siglo— un grito de apasionada defensa del más precioso patrimonio de la Iglesia: la dignidad del hombre —hijo de Dios—, se han venido multiplicando sin pausa y sin concesiones a una falsa prudencia, sin complicidad con poder alguno de este mundo, las enseñanzas normativas de los Papas y del Episcopado Católico en materia social. El Concilio primero; y ahora último el Papa y los Obispos latinoamericanos en Puebla, han confirmado solemnemente la vigencia y urgencia de esta Doctrina Social. El Papa nos dijo, en su discurso, que debíamos confiar responsablemente en ella, estudiarla y hacerla estudiar con seriedad, aplicarla, enseñarla, ser fieles a ella: para un hijo de la Iglesia (nos dijo) esto es garantía de la autenticidad de su compromiso en las delicadas y exigentes tareas sociales. “Hay que poner particular cuidado —nos insistió— en la formación de una conciencia social a todos los niveles y en todos los sectores. Cuando arrecian las injusticias y crece dolorosamente la distancia entre pobres y ricos, la Doctrina social, en forma creativa y abierta a los amplios campos de la presencia de la Iglesia, debe ser precioso instrumento de formación y de acción” (Discurso inaugural, 83-85).

Por todo eso es que no podemos callar. Ya lo decíamos en 1976, en esta misma recordación: “La

Iglesia no puede callar. Sería como traicionarse a sí misma. Sería, también, dejar al hombre, a la Humanidad, sin su conciencia. Y sin la voz de la conciencia el hombre se pierde, ya no es capaz de distinguir entre el bien y el mal”.

Pero no sólo hace tres años. Mucho tiempo antes, desde que llegamos a esta cátedra Episcopal de Santiago, hemos estado llamando a la conciencia de todos, para que se respeten los derechos de todos y en particular de los trabajadores; para que se instaure una auténtica justicia social, única base sólida para cimentar la paz social.

Hoy, al ver pasar los años, ver pasar los hombres y las instituciones, al no encontrar todavía —en la medida deseable y exigible— la realización de un estado de justicia para nuestros hermanos, hacemos espontáneamente nuestras las sentidas palabras del Papa a los obreros mexicanos: “Quiero decirlos con toda mi alma y fuerzas: me duelen las insuficiencias de trabajo. Me duele profundamente la injusticia, me duelen los conflictos, me duelen las ideologías de odio y violencia que no son evangélicas y que tantas heridas causan en la humanidad contemporánea” (A los obreros, 11).

Sí, mis queridos hijos, miramos con dolor y con alarma, el pasar del tiempo, sin que se preste suficiente eco y acogida a esta voz de la Iglesia que no desea otra cosa que ofrecer vida, abundante vida, una vida digna del hombre hijo de Dios; a esta doctrina y clamor de la Iglesia que,

cual Madre y Maestra, sabe del hombre y cree conocer el camino que lo lleva a su plenitud.

LIBRES Y SOLIDARIOS...

¡Y no se trata de una tarea imposible! Lo decía el Papa en su reciente encíclica. Los pueblos en vías de desarrollo podrían no sólo colmar sus exigencias esenciales, sino también avanzar gradual y eficazmente, si se dejaran regir por el principio de solidaridad, en su sentido amplio. Si fuera ese principio el que inspirara la búsqueda de instituciones y mecanismos adecuados: tanto en el orden de los intercambios, donde hay que dejarse guiar por las leyes de una sana competición, como en el orden de una más amplia y más inmediata repartición de las riquezas y de los controles sobre las mismas.

Pero para eso se requiere —nos advierte el Papa— una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones. Un compromiso decidido de hombres y de pueblos, libres y solidarios. Se requiere no confundir la libertad con el instinto del interés y menos con el instinto de lucha y de dominio. No puede haber economía humana si esos instintos, que indudablemente existen y operan, no son asumidos, orientados y dominados por las fuerzas más profundas del hombre, las que deciden la verdadera cultura de los pueblos. El desarrollo económico debe, pues, programarse y realizarse constantemente en una perspectiva de desarrollo universal y solidario de los hombres y de los pueblos. Sin eso, la mera categoría del

“progreso” económico se convierte en una categoría superior que subordina el conjunto de la existencia humana a sus exigencias parciales, sofoca al hombre, disgrega la sociedad y acaba por ahogarse en sus propias tensiones y en sus mismos excesos (*Redemptor Hominis* 16).

Una economía al servicio del hombre; el respeto de todos sus derechos; la participación de todos los ciudadanos en las cosas que les atañen; la justicia, la equidad: son los grandes valores que la Iglesia sustenta y que se muestran como básicos para una convivencia ordenada. No olvidemos lo que decía Pablo VI: el desarrollo integral, de todos los hombres y de todo el hombre, es el nuevo nombre de la Paz.

¡Y pensar que —como dice el Papa Juan Pablo II en su Encíclica— en vez del pan y de la ayuda cultural a los nuevos Estados y naciones que están despertando a la vida independiente, se les ofrece a veces en abundancia armas modernas y medios de destrucción, puestos al servicio de conflictos armados y de guerras que no son tanto una exigencia de defensa de sus justos derechos y soberanía, sino más bien una forma de “patriotería”, de imperialismo, de neocolonialismo de distinto tipo! Todos sabemos bien que las zonas de miseria o de hambre que existen en nuestro globo, hubieran podido ser “fertilizadas” en breve tiempo, si las gigantescas inversiones de armamentos que sirven a la guerra y a la destrucción, hubieran sido cambiadas en inversiones para el alimento que sirvan a la vida

(*Cfr. Redemptor Hominis*, 16). Es posible —advierte el Papa— que el decir esto dé ocasión a una y otra parte de acusarse recíprocamente, olvidando cada una las propias culpas. Es posible también que provoque nuevas acusaciones contra la Iglesia. Pero ésta, sin otras armas que las del espíritu, la palabra y el amor, no puede sino anunciar la Palabra, a tiempo y a destiempo; no cesa de pedir a cada una de las dos partes, y de pedir a todos en nombre de Dios y en nombre del hombre: ¡no matéis! ¡No preparéis a los hombres a destrucciones y exterminio! ¡Pensad en vuestros hermanos que sufren hambre y miseria! ¡Respetad la dignidad y la libertad de cada uno! (*Redemptor Hominis*, 16).

¿CÓMO ALCANZAR LA PAZ?

Este nuestro siglo XX, que ya se acerca a su fin, ha sido hasta ahora —constata el Santo Padre— un siglo de grandes calamidades para el hombre: calamidades y devastaciones más morales que materiales. ¿Cómo frenar este proceso, de injusticias y sufrimientos, que encuentra su más gráfica y horrible expresión en las guerras de todos estos últimos decenios? ¿Cómo alcanzar la paz?

La paz —nos responde el Papa— se reduce en definitiva al respeto de los derechos inviolables del hombre: la paz es obra y fruto de la justicia. La guerra nace de la violación de estos derechos y lleva consigo violaciones aún más graves.

Los totalitarismos de Estado de la primera mitad de este siglo —recuerda Juan Pablo II— llevaron

a la horrible catástrofe de la guerra mundial. Y desde muy temprano la Iglesia delineó su postura ante esos regímenes.

No se puede olvidar que el sentido esencial del Estado, como comunidad política, consiste en el hecho de que la sociedad y quien la compone, el pueblo, es soberano de la propia suerte. Este sentido esencial no llega a realizarse, si en vez del ejercicio del poder mediante la participación moral de la sociedad o del pueblo, asistimos a la imposición del poder por parte de un determinado grupo a todos los demás miembros de esta sociedad. Estas cosas son esenciales en nuestra época, en la que ha crecido enormemente la conciencia social de los hombres y con ella la necesidad de una correcta participación de los ciudadanos en la vida política de la comunidad, teniendo en cuenta las condiciones de cada pueblo y del vigor necesario de la autoridad pública.

La Iglesia —enfatisa el Papa— ha enseñado siempre el deber de actuar por el bien común, y al hacer esto, ha educado también buenos ciudadanos para cada Estado. Ella, además, ha enseñado siempre que el deber fundamental del poder es la solicitud por el bien común de la sociedad: de aquí derivan sus derechos fundamentales. Precisamente en nombre de estas premisas concernientes al orden ético objetivo, los derechos del poder no pueden ser entendidos de otro modo más que sobre la base del respeto de los derechos objetivos e inviolables del hombre.

El bien común al que la autoridad sirve en el Estado se realiza plenamente sólo cuando todos los ciudadanos están seguros de sus derechos. Sin esto se llega a la destrucción de la sociedad, a la oposición de los ciudadanos a la autoridad, o también a una situación de opresión, de intimidación, de violencia, de terrorismo, de los que nos han dado bastantes ejemplos los totalitarismos de nuestro siglo. Es así como el principio de los derechos del hombre toca profundamente el sector de la justicia social y se convierte en medida para su verificación fundamental en la vida de los organismos políticos (Redemptor Hominis, 17).

El pastor que les habla, queridos hijos, se siente muy consolado al citar estas palabras recientes del Papa. Hace justamente dos años, en esta misma festividad, expresaba mi convicción: “nosotros estamos convencidos de que ese gran valor que es la Seguridad Nacional, nunca está mejor garantizado que cuando el pueblo trabajador ve y siente reconocidos sus derechos. Las más rigurosas medidas de ordenamiento y seguridad resultan, a la larga, ineficaces y aún contraproducentes, si no van acompañadas de un progresivo incorporar, a la clase trabajadora, en el papel protagónico que es su derecho y obligación desempeñar. Defender y promover la participación de los trabajadores en la gestión de la convivencia social es defender la Seguridad Nacional, es defender a Chile” (Homilía 1° de mayo 1977).

DERECHO MÁS ELEMENTAL: TRABAJAR

Pero comencemos por el derecho más elemental, el más necesario para un trabajador: trabajar. Es un derecho y un deber. Es la manera que el hombre tiene de ser señor, de ser él mismo providencia para sí mismo y para los suyos. Un hombre que contra su voluntad y sin su culpa se ve impedido de trabajar es un colaborador de Dios que no puede colaborar, es un ser condenado a languidecer pasivamente como objeto, y no sujeto artífice de su propio destino.

Satisfacer este derecho, esta necesidad, ha de ser la preocupación prioritaria de todos los que se sienten cercanos a Dios y responsables de su hijo predilecto, el hombre. Hay que extremar la imaginación social, consagrar los mejores recursos, adecuar los planes y políticas económicas de tal manera que esta vocación, este derecho primordial del hombre, quede suficientemente atendido: ese es el signo de una economía puesta al servicio del hombre.

“Las cifras actuales de desocupación, aunque alarmantes —decíamos en 1976— no permiten vislumbrar siquiera el drama angustioso que diariamente viven miles de hogares chilenos. Aun para los que tienen la suerte de contar con un empleo es humillante resignarse con salarios que no alcanzan a cubrir sus necesidades más elementales” (Homilía 1° de mayo 1976). Tres años más tarde, el problema sigue siendo —pese a esfuerzos e intenciones que valoramos como

sinceros— dolorosamente grave. Y como decía el Papa a los obreros en Monterrey, “si el Espíritu de Jesucristo habita en nosotros, debemos sentir la preocupación prioritaria por aquellos que no tienen el conveniente alimento, vestido, vivienda, ni tienen acceso a los bienes de la cultura, dado que el trabajo es fuente del propio sustento, es colaboración con Dios en el perfeccionamiento de la naturaleza, es un servicio de los hermanos, que ennoblece al hombre. Los cristianos no pueden despreocuparse del problema del desempleo de tantos hombres y mujeres, sobre todo jóvenes y cabezas de familia, a quien la desocupación conduce al desánimo y a la desesperación” (Cfr. Discurso a los obreros, 6 y 7).

“Y los que tienen la suerte de poder trabajar —añadía el Santo Padre— aspiran a hacerlo en condiciones más humanas, más seguras, a participar más justamente en el fruto del esfuerzo común... Quieren ser tratados como hombres libres y responsables, llamados a participar en las decisiones que conciernen a su vida y a su futuro. Es derecho fundamental suyo crear libremente organizaciones para defender sus intereses y para contribuir responsablemente al bien común” (Ibídem).

AL CRISTIANISMO NO LE BASTA LA DENUNCIA

Que nadie piense —queridos hijos— que estamos recorriendo el camino fácil de urgir derechos y denunciar sus violaciones, eximiéndonos nosotros mismos de cualquier esfuerzo creador. “Al cristiano no le basta la denuncia de las injusticias” —nos decía el Papa, en el estadio de Jalisco—. Al cristiano se le pide ser en verdad testigo y agente de la justicia. El que trabaja tiene derecho que ha de defender legalmente; pero tiene también deberes que ha de cumplir generosamente. Como cristianos estáis llamados a ser artífices de justicia y de verdadera libertad, a la vez que forjadores de caridad social... La técnica contemporánea... abre grandes posibilidades que reclaman en el trabajador una preparación cada vez mayor y una aportación de su capacidad humana e imaginación creadora. Por eso el trabajo no ha de ser una mera necesidad, ha de ser visto como una verdadera vocación, un llamamiento de Dios a construir un mundo nuevo en el que habite la justicia y fraternidad, anticipo del Reino de Dios, en el que no habrá ya ni carencias ni limitaciones. El trabajo ha de ser el medio para que toda la Creación esté sometida a la dignidad del ser humano e hijo de Dios. Este trabajo ofrece la oportunidad de comprometerse con toda la comunidad sin resentimientos, sin amarguras, sin odios, sino con el amor universal de Cristo que a nadie excluye y a todos abraza” (Discurso a los obreros en Monterrey 12-13).

Hablando a los obreros en Monterrey, el Papa calificó como “coartadas cada vez más irrisorias” la denuncia unilateral del otro y el fácil pretexto de las ideologías ajenas. Y añadió: “La Iglesia ofrece su ayuda. Ella no teme denunciar con fuerza los ataques a la dignidad humana, pero reserva lo esencial de sus energías para ayudar a los hombres y grupos humanos, a los empresarios y trabajadores, a tomar conciencia de las inmensas reservas de bondad que llevan dentro, que ellos han hecho ya fructificar en su historia y que hoy deben dar frutos nuevos” (Discurso a los obreros en Monterrey, 11 y 12).

¡ÁBRANSE A CRISTO!

Y hay algo más —y no porque lo mencionemos al último es menos importante—: no basta con hacer un mundo más justo, sin niños desnutridos, sin campesinos desprovistos de tierra, sin trabajadores maltratados ni disminuidos en sus derechos, sin hombres explotados por otros hombres o por el Estado sin corrupción, sin desigualdades abismantes, sin familias mal constituidas o rotas, sin desamparados ante la ley, sin hombres sacrificados al derecho de la fuerza, a las leyes de la economía, a las convivencias de la política. Luchar por un mundo así, purificado de todas esas lacras, es un deber al que el cristiano no puede sustraerse, como exigencia directa de su fe. Pero no basta. “No os contentéis —nos advirtió el Papa— con ese mundo más humano. Haced un mundo explícitamente más divino, más según Dios, regido por la fe y en

el que la fe inspire el progreso moral, religioso y social del hombre. No perdáis de vista la orientación vertical de la evangelización. Ella tiene fuerza para liberar al hombre porque es la liberación del amor. El amor del Padre por los hombres, amor revelado en Jesucristo” (Homilía en Plaza Independencia. República Dominicana, 16,17).

Yo estoy hablando, queridos hijos, en primer lugar a hombres y mujeres de fe, de nuestra fe cristiana. Yo tengo el derecho y deber de pedirles, de exhortarles, como tan hermosamente lo hizo el Papa: ¡Ábranse a Dios! (Monterrey, 22). ¡Abran más todavía, abran de par en par las puertas a Cristo! (Discurso inaugural. 26). Reciban esa Verdad que viene de Dios y que se llama Jesucristo: único principio de la auténtica liberación del hombre. Proclamen su fe en Cristo con la misma convicción profunda, sentida, vivida con que la proclamó Pedro: ¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo! Sólo a partir de esa fe en Cristo, profesada y vivida en el seno de la Iglesia seremos capaces de servir al hombre, a nuestro pueblo, a nuestros hermanos los trabajadores; de penetrar con el Evangelio su cultura, de transformar los corazones, de humanizar los sistemas y estructuras (cfr. Discurso Inaugural, 23). Sólo esa fe proclama la verdad sobre el hombre: esa verdad que la Iglesia recibió de Jesucristo, y que supera infinitamente a otros humanismos que mutilan al hombre, reduciéndolo a una visión estrictamente económica, biológica y síquica. “La Iglesia —nos previno el Papa, en Puebla— no necesita recurrir

a sistemas o ideologías para amar, defender o colaborar en la liberación del hombre: ella encuentra inspiración para actuar por la fraternidad, la justicia y la paz, en el centro del mensaje del cual es depositaria y su pregonera” (62); ella está, como Cristo, al lado de los pobres, no a través de la violencia, de los juegos de poder, de los sistemas políticos, sino por medio de la verdad sobre el hombre” (Cfr. 64).

LA LIBERACIÓN CRISTIANA

Por eso es que ella, y todo cristiano con ella, siente su deber proclamar la liberación humana en su sentido integral, profundo: tal como lo anunció y realizó Jesús: liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es, ante todo, salvación del pecado y del Maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y ser conocido por Él. Liberación hecha de reconciliación y perdón. Liberación que arranca de la realidad de ser hijos de Dios, a quien somos capaces de llamar Abba, Padre, y por la cual reconocemos en todo hombre a nuestro hermano. Liberación que nos empuja, con la energía de la caridad, a la comunión, cuya cumbre y plenitud encontramos en el Señor. Liberación como superación de las diversas servidumbres e ídolos que el hombre se forja, y como crecimiento del hombre nuevo. Liberación que dentro de la misión propia de la Iglesia no se reduzca a la simple y estrecha dimensión económica, política, social y cultural, que no se sacrifique a las exigencias de una estrategia cualquiera, de una praxis o de un éxito a corto plazo (Discurso inaugural, 78-79).

Ya lo dije: estoy hablando en primer lugar a hombres y mujeres de fe, de nuestra fe cristiana y católica. Por eso puedo y debo pedirles fidelidad a la Iglesia, al Papa, a los Obispos; fidelidad a la doctrina y enseñanza social de la Iglesia, fidelidad a la moral evangélica, que la iglesia custodia y no se cansa de urgir; fidelidad a la oración y a los sacramentos de la Iglesia. El Papa acaba de recordarnos que la Iglesia se construye en la Eucaristía y que el cristiano se renueva y convierte al Evangelio en el Sacramento de la Reconciliación. Sin estos sacramentos, sin la gracia de Cristo que en ellos se nos comunica, no podemos hacer nada para el reino de Dios, es decir, nada para instauración de la justicia, de la paz y de la alegría de amar.

SERVIR A LA UNIDAD ARRAIGADOS EN LA FE Y EN LA CARIDAD

Si ustedes, queridos hijos, se arraigan firmemente en la fe y en la caridad de Cristo, podrán prestar una contribución inapreciable y original a la liberación de sus hermanos. Estarán en condiciones, ante todo, de prestar el gran servicio que siempre se reclama de la Iglesia y de todo cristiano: el servicio de la unidad. Serán ustedes signos e instrumentos de reconciliación, de superación de querellas y discordias que sólo perjudican la gran causa de los trabajadores. Aprenderán y enseñarán el arte del diálogo constructivo, con los mismos trabajadores, con empresarios y autoridades. Urgirán, con su testimonio, al necesario desarme de los espíritus,

condición indispensable para entendimientos fructíferos. Conservarán la fortaleza y el ánimo, mantendrán viva la esperanza de sus hermanos en los momentos difíciles, invitarán a erradicar el odio y la amargura estéril, prevendrán contra la tentación de la violencia y la revancha, rebatirán los falsos dogmas de la libertad y progreso económico a costa de la dignidad humana; humanizarán el trabajo y la economía con un sello de solidaridad, de voluntad de compartir, de crecer juntos, de ser más, antes que tener más; invitarán incansablemente a perdonar, a construir, a esperar, a amar; serán, en una palabra, lo que fueron los primeros cristianos: alma del mundo. Fermentos animadores del desarrollo social, servidores de sus hermanos en el mismo espíritu de Cristo, el Maestro.

Si no aspiramos a eso, nuestro aporte específico como cristianos no tendría originalidad y carecería de razón de ser. Por eso les digo de nuevo, con el Papa: ¡Ábranse a Dios! Dios les ama, Jesucristo les ama, la Madre de Dios, la Virgen María les ama, la Iglesia y el Papa, también este Pastor, les aman y les invitan a seguir la fuerza arrolladora del amor que todo puede superar y construir! (cfr. Monterrey, 22). Creamos, queridos hijos, en las bienaventuranzas, en la felicidad de tener alma de pobres, de ser misericordiosos y puros, de perecer por la justicia, de trabajar por la paz. Y descubriremos que somos ricos en humildad y humanidad, ricos en misericordia y amor, ricos en solidaridad y amistad, ricos en la fe, en la confianza, en la

apertura y entrega a Dios. Quiera Dios que en el legítimo empeño de asegurar, para nosotros y nuestros hermanos, también las demás riquezas de este mundo, no perdamos nunca estas otras, tan características de los predilectos del Señor, y las únicas que podemos llevarnos a la Patria del Cielo.

Confiados en la poderosa intercesión de San José Obrero, y en la fidelidad incansable de nuestra Madre María, dispongámonos a continuar nuestra tarea, con renovada fe y fortaleza. La Iglesia, queridos hijos, les acompaña, está y estará siempre con aquellos que merecen su respeto privilegiado y atención preferente. Permanezcamos fieles en la esperanza, unidos en la caridad. Dios les bendice, por las manos de este Pastor: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ

Discurso incorporación.
13 de agosto de 1979.

MIEMBRO DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

El Cardenal Arzobispo fue incorporado a la Academia Chilena de la Lengua como Miembro Honorario. Agradeció esta distinción con las siguientes palabras:

Señor Presidente del Instituto de Chile,
Señor Director de la Academia de Chile,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Agradezco de corazón la gentileza de la Academia Chilena de la Lengua de invitarme a participar en ella como Miembro Honorario. He aceptado esta invitación no sólo por el honor que reviste, sino también por el deseo de estar presente en una Institución tan valiosa y con la esperanza de contribuir, aunque sea en forma modesta, a sus importantes labores.

Asimismo, agradezco las palabras bondadosas y finas de don Roque Esteban Scarpa, cuya trayectoria de poeta, ensayista y profesor hondamente cristiano es reconocida en el país y en el extranjero.

A la Iglesia no puede serle indiferente la creación artística ni el cultivo de las bellas letras. Ella tiene la tarea de entregar a los hombres el mensaje de la Verdad, del Bien y de la Belleza de Dios, Creador de cielos y tierras. La creación participa, en cierta medida, de las cualidades de su autor, contiene una huella de la divinidad y es, por lo mismo, camino de retorno a Dios para quien sepa mirarla en su profundidad y trascendencia. San Pablo enseña con precisión: "Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad..." (*Rom. 1, 20.*)

Más allá de las cosas y de los animales creó Dios al hombre. Lo hizo a su imagen y semejanza y lo dotó de sensibilidad, inteligencia, capacidad de amar, ansias de perfección. Le entregó con ello las posibilidades de prolongar el gesto creador, de descubrir relaciones hermosas, de establecer nuevas realidades bellas. El Señor parece complacerse en la poesía, según se desprende de muchas páginas bíblicas. Poéticos son los relatos del Génesis y del Éxodo. Hondo lirismo encierran los Salmos de David y el Cantar de los Cantares. Patéticas son las protestas del justo Job y muchas imprecaciones de los profetas. ¿Y qué decir de la belleza de los Evangelios? En la sencillez del sermón y en la fuerza y la delicadeza de comparaciones y parábolas se ha expresado el mismo Cristo, rostro del Padre en el cual Él puso todas sus complacencias.

Movido por tan alto ejemplo, el ser humano ha deseado corresponder también al lenguaje de poesía del Señor. Hombres de Iglesia y hombres del mundo, actualizando aquellas virtudes de que el Altísimo los dotó, han cantado, a veces con las mejores voces, el canto de amor que Cristo enseñó a la humanidad. Francisco de Asís, iniciador del decir literario en lengua italiana, extiende su palabra amorosa a las creaturas menores, la hermana agua, el hermano viento:

“Laudato sí, mi signore, per frate vento, et per aere et nubilo et sereno et omne tempo, per lo quale alle tue creature dai sostentamento...”

El Dante, cumbre de las letras europeas, narra un viaje que lo lleva al seno mismo de Dios, hasta *“L’amor che move il sole el l’altre stelle”*. Los místicos españoles Teresa de Ávila y Juan de la Cruz anticipan en su experiencia y en su palabra la visión gozosa del Señor, y en la glosa popular “Muero porque no muero”, muestran la alta vida que esperan más allá de los días terrenales.

Esta palabra literaria del amor cristiano se expresa a través del tiempo en formas muy variadas. Lo que en un autor es sublime intento de describir el Paraíso, en otro es romance sabroso o fino villancico navideño:

*Mañanicas floridas
del frío invierno,
recordad a mi Niño
que duerme al hielo.*

Una vez fue narración de los milagros de Nuestra Señora; otra soliloquio lírico ante el Crucificado “No me mueve, mi Dios, para quererte...”; más adelante, simbólico drama sobre el Buen Pastor o acerca de la irrealidad de este mundo frente a la plenitud del ser por excelencia, del único que puede decir de si mismo “Soy el que soy”.

La palabra poética dirigida al Creador surgió también en el Nuevo Mundo, en particular en nuestra patria. Los cronistas e historiadores del reino —desde el mismo Pedro de Valdivia hasta Ovalle y Rosales— supieron ver la relación entre las maravillas naturales de Chile y la bondad de quien las creó. En la puerta de entrada de la literatura nacional aparece la siguiente frase de Valdivia, que cuenta como programa espiritual para quienes prolongarían en el tiempo sus elogios a la tierra que conquistaba: “parece la crió Dios a posta para tenerlo todo a mano.

Ejemplar, asimismo, es la visión humana y divina de don Alonso de Ercilla. *La Araucana* insiste en la necesidad de realizar la conquista de acuerdo con la justicia, al margen de la codicia y de otros intereses mezquinos; y ve la prolongación de la guerra de Arauco como castigo del cielo a quienes vuelven las espaldas a la virtud. Ercilla relaciona uno de los triunfos cristianos con la particular ayuda de la Virgen María y presenta a los españoles cuando, en los peligros de una dura tormenta, acuden al auxilio de Dios. Y él mismo, al término de su obra y de su vida, desea tornar al Señor, confiado en que “para volverse a Dios jamás es tarde”.

Avanzan los siglos y avanzan también los escritores que hablan de lo sobrenatural como algo hondo y muy hermoso. Pineda y Bascuñán agradece en un sentido soneto a María Santísima su liberación de los araucanos, entre los que dio constante testimonio de católico cabal. Manuel Lacunza compone en el siglo XVIII una importante obra teológica: *Venida del Mesías en Gloria y Majestad*. Andrés Bello, ya en la era republicana, imita de manera paradójicamente creadora la *Oración por Todos* de Víctor Hugo.

Alcanzada la actual centuria, las letras chilenas se agrandan hasta una cima superior. Llega a ella la palabra del amor de Cristo en la pluma de laicos de Iglesia o de personas con acendrado sentido de la solidaridad humana; también en la voz de sacerdotes cuya mención es ineludible en esta oportunidad: Luis Felipe Contardo, Francisco Donoso, Omar Emeth, Crescente Errázuriz y otros. Todos ellos supieron unir su vocación sacerdotal con el cultivo de la poesía, la historia y la crítica literaria, honrando al mismo tiempo a la Iglesia y a la literatura.

En la imposibilidad de detenernos ante tantas figuras valiosas, permítasenos centrar la atención sólo en dos que nos enorgullecen como chilenos. El Premio Nóbel concedido a ambos —Gabriela Mistral y Pablo Neruda— implica el reconocimiento universal a su obra extraordinaria.

La Mistral creció en el conocimiento de la Biblia y su intensa religiosidad está sellada por el tono a

menudo grave y hasta patético del Antiguo Testamento. Su Dios, no obstante, sabe antes que todos del Amor, y en Él espera el perdón para el suicida que todos los demás parecen condenar. Si ve a Cristo es para destacar al Niño en el desamparo o al divino Crucificado, que el mundo rechaza. “El Ruego”; “Ceras Eternas”, “Dios lo Quiere”, “Éxtasis”, “El Dios Triste”, “A la Virgen de la Colina”, “Ruth”, “Viernes Santo”, “Al Pueblo Hebreo”, “Al Oído de Cristo”, “La Cruz de Bistolfi”, “Dos Ángeles”, son títulos de poemas mistralianos bien elocuentes de una poesía unida con la religión, sellada con el amor, escrita desde la más honda resignación cristiana.

Lo poetisa a veces se siente olvidada:

*Padre Nuestro, que estás en los cielos,
¿por qué te has olvidado de mí?*

Pero pronto reacciona y en la tribulación acude
confiada a quien todo lo puede:

*En esta hora amarga, como un sorbo de mares,
Tú sostenme, Señor.*

Con el Señor dialoga, especialmente sobre
cuestiones de amor:

*Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio,
un mantener los párpados de
lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.
El hierro que taladra tiene un gustoso frío,*

*cuando abre, cual gavillas, las carnes
amorosas.*

*Y la cruz (Tú te acuerdas,
¡Oh Rey de los judíos!)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.*

La que así ha hablado con Dios, bien puede acercarse a los desamparados del mundo: niños descalzos, mujer estéril, la extranjera, aborigen desposeído, madre anciana, amigo muerto en gesto de comunicación y caridad. Religiosas americanas de bello espíritu le salen al encuentro en esta tarea de servicio: Sor Juana Inés de la Cruz y Santa Rosa de Lima. Va también a las cosas simples, a las flores y los árboles y en todo ve la huella de Dios:

*¡Encina, noble encina, yo te digo en mi canto!
Que nunca de tu tronco mane
amargor de llanto,
que delante de ti prosterne el leñador
de la maldad humana, sus hachas;
y que cuando
el rayo de Dios hiérate, para ti se haga blando
y ancho como tu seno, el seno del Señor.*

Aunque con fundamentos muy diversos, y hasta opuestos, la palabra poética de Pablo Neruda tiene también resonancias profundamente humanas, de cabal solidaridad con los que sufren. No pueden sernos indiferentes sus apelaciones líricas a los capitanes oscuros del arado, a los agricultores temblando en la semilla, a los joyeros de dedos machacados, a los obreros del andamio

desafiado. Y no pueden sino resultarnos del más alto interés los poemas iniciales de su *Canto General*, donde se presenta una cosmogonía que parece seguir de cerca las huellas del primer libro de la Biblia. Sobre el particular, los estudiosos del gran poeta tienen una palabra especializada que decirnos, mas es fácil intuir y apreciar la relación indicada.

Ya en sus años juveniles, el poeta asumía el dolor de los hombres, en versos inolvidables:

*Como si el llanto fuera una semilla
y yo el único surco de la tierra.*

Más adelante se encuentran textos de especial significación en esta línea solidaria:

Yo de los hombres tengo la misma mano herida.

Y ahora quisiera recordar con cariño la amistad que me ligó con el poeta en sus últimos días. Fui a visitarlo varias veces en su lecho de dolor en Isla Negra, y él me regaló un poema con estas palabras: “Aquí hay un pequeño poema sobre una iglesita francesa, a nuestro Cardenal Raúl Silva Henríquez, con la amistad de su vecino, Pablo Neruda”.

El poema dice mucho. Él me lo dedicó precisamente porque expresaba algo muy íntimo. Es como su confesión, que depositaba en las manos de un amigo. Evidentemente, no es una confesión hecha canónicamente. Es la confesión de un poeta.

No resisto a la tentación de leerlo en esta ocasión:

*Contra la claridad de la pradera
un campanario negro.
Salta desde la iglesia triangular:
pizarra y simetría.
Mínima iglesia en la suave extensión
como para que rece una paloma.
La pura voluntad de un campanario
contra el cielo de invierno.
La rectitud divina de la flecha
dura como una espada
con el metal de un gallo tempestuoso
volando en la veleta.*

Y aquí comienza el examen de conciencia del poeta:

*(No la nostalgia, es el orgullo
nuestro vestido pasajero
y el follaje que nos cubría
cae a los pies del campanario.*

*Este orden puro que se eleva
sostiene su sistema gris
en el desnudo poderío
de la estación color de lluvia.*

*Aquí el hombre estuvo y se fue:
dejó su deber en la altura,
y regresó a los elementos,
al agua de la geografía.
Así pude ser y no pude,
así no aprendí mis deberes:*

*me quedé donde todo el mundo
mirara mis manos vacías:
las construcciones que no hice:
mi corazón deshabitado:
mientras oscuras herramientas
brazos grises, manos oscuras
levantaban la rectitud
de un campanario y de una flecha.)*

*(Ay, lo que traje yo a la tierra
lo dispersé sin fundamento:
no levanté sino las nubes
y sólo anduve con el humo
sin saber que de piedra oscura
se levantaba la pureza
en anteriores territorios,
en el invierno indiferente.)*

Hasta aquí la confesión del poeta, y después la expresión de su dolor y asombro:

*Oh asombro vertical en la pradera
húmeda y extendida:
una delgada dirección de aguja
exacta, sobre el cielo.*

*Cuántas veces de todo aquel paisaje,
árboles y terrones
en la infinita estrella horizontal
de la terrestre Normandía,
por nieve o lluvia o corazón cansado
de tanto ir y venir por el mundo,
se quedaron mis ojos amarrados*

*al campanario de Authenay,
a la estructura de la voluntad
sobre los dominios dispersos
de la tierra que no tiene palabras
y de mi propia vida.*

*En la interrogación de la pradera
y mis atónitos dolores
una presencia inmóvil rodeada
por la pradera y el silencio:
la flecha de una pobre torre oscura
sosteniendo un gallo en el cielo.*

Es tarea del cristiano ver la luz dondequiera se encuentre, apreciar la belleza aun en la obra alejada de la ortodoxia y destacar los valores perennes de toda poesía. Ciertamente es el caso de muchos poemas de Pablo Neruda.

Nos alegra, en fin, el sentido religioso y trascendente que ha sido hallado en la obra de un Nicanor Parra, y la decidida religiosidad de otros vates, como Eduardo Anguita, Roque Esteban Scarpa, Miguel Arteche, por nombrar algunos de los más destacados entre los cultores de la poesía. Ellos continúan y enriquecen una tradición centenaria en Chile y que en la historia universal se confunde con la historia misma del cristianismo.

Mis queridos amigos, quiero terminar. Les agradezco nuevamente el que se hayan fijado en

mi humilde actuar de hombre de Iglesia, de predicador y apóstol de Cristo, para conferirme el honor de nombrarme miembro de vuestra Academia.

Al agradecer vuestra bondad quiero elevar un cántico de reconocida alabanza al Señor por todo lo que me ha dado; por sus delicadas atenciones que se manifiestan también en el día de hoy. Quiero enriquecer mis palabras con las del poeta bíblico y con las no menos bellas de nuestra gran poetisa. Con ellas terminaré mi decir:

*Dios mío, me siento animoso;
voy a cantar y tañer para ti, gloria mía:
despertad cítara y arpa, despertaré a la
aurora;
te daré gracias ante los pueblos, Señor,
tañeré para ti ante las naciones:
por tu lealtad, que llega hasta el cielo,
por tu fidelidad, que alcanza a las nubes.
¡Elévate sobre el cielo, y llene la Tierra tu
gloria!,
para que se salven tus predilectos,
respóndenos con tu mano salvadora.*

Dios habló en su santuario:

*“Triunfante repartiré Siquén,
parcelaré el Valle de Cabañas,
mío es Galaad, mío Manasés,
Efraín es yelmo de mi cabeza,
Judá es mi cetro,
Moab una jofaina para lavarme,*

*sobre Edom echo mi sandalia,
sobre Filistea canto victoria”.*

*Pero ¿quién me guiará a la plaza fuerte,
quién me conducirá a Edom
si tú, oh Dios, nos has rechazado
y no sales ya con nuestras tropas?*

*Auxílianos contra el enemigo,
que la ayuda del hombre es inútil.
Con Dios haremos proezas,
él pisoteará a nuestros enemigos.*

*Padre: has de oír este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.*

*Tuyo me sé
pues que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar,
sin deshojar mi rosa de esplendor.*

*Me has de ayudar
a alimentar
con una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal,
icon olorosos leños de virtud!
Por cuanto soy
gracias te doy:*

*porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar
para mis labios en sus pomas miel.*

*Porque me das,
Padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir
y por el ver, la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!*

*Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción,
y el anhelar
y el alcanzar,
ir poniendo en la vida perfección.*

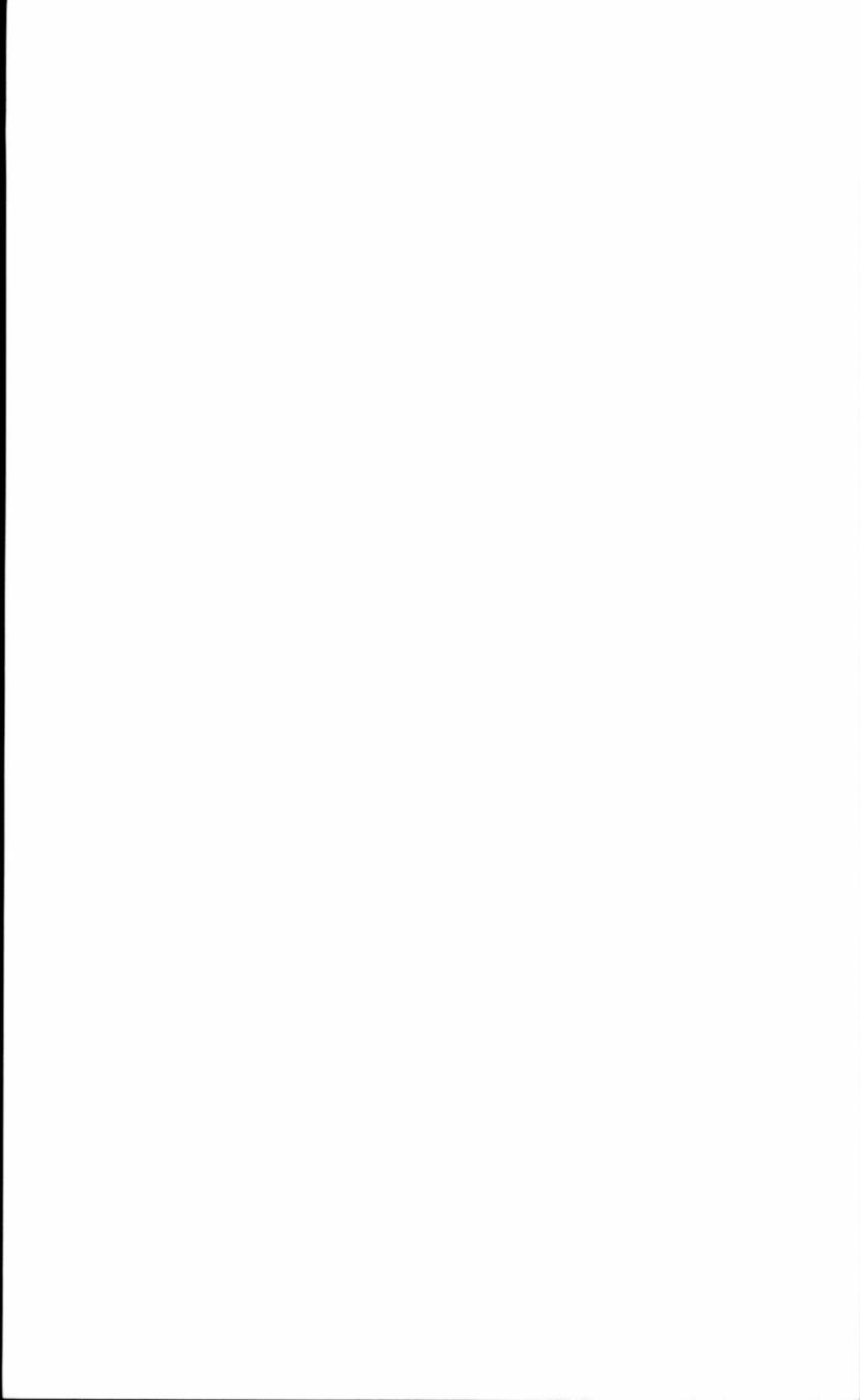
*Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,
pues, te diré
solo no sé
ir rectamente hacia tu claridad.*

*Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad,
llevarle un don,
mi corazón,
¡y nevarle de lirios su heredad!
Dame el pensar
en Ti al rodar*

*herido en medio del camino. Así
no llamaré,
recordaré
el vendedor sutil que alienta en Ti.*

*Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
De tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos ha de hacer!*

Muchas gracias.



Te Deum Ecuménico.
Homilía leída sólo en partes.
18 de septiembre de 1979.

NO HEMOS SIDO ESCUCHADOS

Estas palabras del Te Deum de 1979 fueron leídas sólo en algunos acápites debido a las tensiones existentes con el Gobierno. Este es el texto completo:

Una vez más nos reunimos en este Templo que evoca los grandes acontecimientos de nuestra historia en que Chile ha sido representado por todos sus grandes hombres, los Próceres de nuestra Independencia, los Juristas, los Presidentes y todos los hombres que han actuado en la vida pública de Chile; en este Templo en que bajo sus arcadas la comunidad cristiana de Santiago, en representación de Chile entero, ha venido a entregar sus esperanzas, a pedir en sus horas de tristeza o dificultad, a agradecer en los tiempos de alegría y a orar por la patria. En este Templo nos reunimos una vez más en el 18 de septiembre de 1979.

Queremos que nuestra reunión de hoy sea una plegaria dirigida al Altísimo, pidiéndole por

nuestra patria, por la paz, por la unidad del pueblo chileno y, al mismo tiempo, una acción de gracias por lo bueno que hemos hecho en este periodo y sobre todo por el sacrificio humilde, por la entrega generosa de muchos cristianos a la causa del bien, de la paz y de la ayuda a los pobres y necesitados de esta tierra. Al mismo tiempo, quisiéramos enunciar muy brevemente los grandes principios que guían a la Iglesia chilena y que deberían ser los programas de acción de todos los cristianos de esta tierra.

El amor a nuestros hermanos, el amor a nuestra tierra, la comprensión para con todos los hombres y nuestra profesión de fe en el Señor, nuestra profesión de amor a Cristo, Dios Hombre, que nos señala la meta, son las estrellas luminosas que nos guían en nuestro acontecer de hoy.

Los Obispos de Chile hace justamente seis años, en una Declaración lamentábamos el desenlace violento que tuvo nuestra crisis institucional, el dolor y la opresión que sentíamos ante la sangre derramada y las lágrimas de tantas mujeres y niños. Pedimos, en esa hora, respeto por los caídos y moderación con los vencidos, y confiábamos en que los adelantos logrados en gobiernos anteriores por la clase obrera y campesina se mantendrían y se acrecentarían hasta llegar a la plena igualdad y participación de todos en la vida nacional.

Solicitábamos a los chilenos la cooperación con quienes asumieron la difícil tarea de restaurar el

orden institucional y la vida económica del país. Confiábamos en que la cordura, el patriotismo de los chilenos, la tradición democrática de las Fuerzas Armadas, las promesas de los nuevos gobernantes nos permitirían ver volver muy luego la normalidad institucional para reiniciar un camino de progreso y de paz.

Durante estos seis años, éste ha sido el ideal de la acción de la Iglesia y de los Obispos de Chile; ha sido el programa que señalamos el 13 de septiembre de 1973. No se puede comprender nuestra acción, nuestras intervenciones, nuestras declaraciones y nuestras Pastorales, nuestros desvelos y dolores, si no tenemos presente esta Declaración del Episcopado chileno. Ella ha sido causa de no pocas incomprensiones y de no pequeños dolores.

Más de una vez esta Cátedra, y muy claramente el Arzobispo de Santiago, ha manifestado su parecer, ha señalado los caminos para la paz, ha instado y querido que todos, autoridades y pueblo, nos pongamos en marcha generosamente para obtener este hermoso fruto de la convivencia humana que se llama la paz, basada en la justicia, la verdad y la libertad.

Humildemente debemos confesar que no siempre hemos tenido éxito en nuestras peticiones y nuestra voz no ha sido escuchada en muchas oportunidades. Aún más, ha sido motivo de críticas muy acerbadas y de incomprensiones muy duras. No creo que sea el caso, en este momento,

y dadas las circunstancias que todos conocemos, de volver a repetir los mismos ideales, la misma enunciación de la Doctrina de la Iglesia, que hemos hecho en muchas oportunidades. Todos las conocen. En el mundo entero se sabe cuál es el pensamiento de la Iglesia de Santiago y de la Iglesia de Chile. En este momento nos parece que debemos orar, orar por la paz, orar para que todos los hombres de buena voluntad se unan a la tarea de reconciliación, orar para impedir que la violencia se interponga entre la buena voluntad de todos los chilenos y de los que dirigen nuestra patria para conseguir la paz en nuestra tierra.

En este período, los Obispos de Chile hemos tenido el gran consuelo de que nuestros ideales han sido reconocidos por el Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, y por todos los obispos de Latinoamérica reunidos en Puebla. Ellos han sentido como nosotros y se han expresado con más fuerza de lo que nosotros lo hemos hecho, y nos instan a seguir la labor de reconciliación y de paz, de justicia y de amor en toda nuestra tierra americana. Para nosotros, los católicos, la voz del Santo Padre y de los obispos es sagrada y respetada, no podemos discutirla ni menos no aceptarla; debemos oírla y acatarla humildemente, de todo lo cual resultarán grandes bienes para nuestra tierra.

Por nuestra parte, estamos ciertos de que el camino propuesto para la paz en nuestra tierra es el único que nos dará lo que nosotros deseamos. Los seis años que han transcurrido nos confirman

en nuestra certeza y nos estimulan a continuar con humildad y con paciencia nuestra tarea de pacificadores. Creemos que todo esto será para el bien de nuestro país y, asimismo, estimamos que desoír las enseñanzas del Papa y de los obispos de América Latina puede llevarnos a grandes males para nuestra querida patria.

Queremos agradecer y elevar un himno de acción de gracias al Señor por todo lo que hemos podido hacer en bien de tanta gente necesitada y atribulada en estos años. En primer lugar, le agradecemos al Padre de Bondad y Dios nuestro; les agradecemos también muy vivamente a nuestros hermanos de otros Credos Religiosos que nos han hecho posible esta acción de ayuda y caridad; les agradecemos también a todos los hombres de buena voluntad de nuestra patria que han hecho posible esta tarea de amor y de reconciliación.

Con el Santo Padre Juan Pablo II creemos “que en definitiva la paz interna y externa se reduce al respeto de los derechos inviolables del hombre. Creemos que la guerra nace de la violación de estos derechos y lleva consigo aún más graves violaciones de los mismos. Si los derechos humanos —dice el Papa— son violados en tiempos de paz, esto es particularmente doloroso y, desde el punto de vista del progreso, representa un fenómeno incomprensible de la lucha contra el hombre, que no puede concordarse de ningún modo con cualquier programa que se defina humanista”.

Al mismo tiempo, con el Santo Padre señalamos “que la violación de los derechos del hombre va acompañada de la violación de los derechos de la nación, con los que el hombre está unido por vínculos orgánicos como una familia más grande”; es decir, estamos convencidos de que la violación de estos derechos viola la seguridad nacional que tanto anhelamos; y por lo mismo, con el Santo Padre declaramos “que el sentido esencial del Estado como una comunidad política consiste en el hecho de que la sociedad y quien la compone, el pueblo, es soberano de la propia suerte. Este sentido no llega a realizarse si en vez del ejercicio del poder mediante la participación moral de la sociedad o del pueblo, asistimos a la imposición del poder por parte de un determinado grupo a todos los demás miembros de esa sociedad. Estas cosas son esenciales en nuestra época en que ha crecido enormemente la conciencia social de los hombres y con ella la necesidad de una correcta participación de los ciudadanos en la vida política de la comunidad”.

Por lo mismo, señalamos con el Santo Padre “que el deber fundamental del poder es la solicitud por el bien común de la sociedad y, por lo tanto, los derechos del poder no pueden ser entendidos de otro modo, más que en base al respeto de los derechos objetivos e inviolables del hombre. El bien común al que la autoridad sirve en el Estado, se realiza plenamente sólo cuando todos los ciudadanos están seguros de sus derechos”.

Elevamos nuestra acción de gracias al Señor de la Historia, a nuestro Dios, porque hemos podido sufrir por la defensa de estos dos grandes ideales, sin enconos para con nadie. Pedimos al Señor, que todos nosotros, cumpliendo con la voluntad del Santo Padre, nos convirtamos. Tenemos necesidad de una conversión, de otra manera jamás podremos realizar los grandes ideales que nosotros representamos. “No se avanzará en este camino difícil de las indispensables transformaciones de las estructuras de la vida económica —dice el Santo Padre— si no se realiza una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones. La tarea requiere el compromiso de hombres y de pueblos libres y solidarios. Demasiado frecuentemente se confunde la libertad con el instinto del interés - individual o colectivo- o incluso con el instinto de lucha y de dominio, cualesquiera que sean los colores ideológicos que revisten. Pero una cosa es cierta: en la base de este gigantesco campo hay que establecer, aceptar y profundizar el sentido de la responsabilidad moral que debe asumir el hombre. Una vez más y siempre el hombre. Este sentido moral, para todos nosotros, se llama conversión”.

Los obispos en Puebla hemos afirmado las mismas doctrinas que el Santo Padre ha proclamado y hemos dicho que en América Latina todas las Iglesias, todos los Episcopados, tienen que tener una opción preferente por los pobres. Esta opción “es urgida por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos que existen en América Latina y deben llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna y a construir

una sociedad justa y libre. El cambio necesario de las estructuras sociales, políticas y económicas injustas no será verdadero y pleno si no va acompañado por el cambio de mentalidad personal y colectiva respecto al ideal de una vida humana digna y feliz que a su vez dispone a la conversión”. No será efectivo—decimos nosotros— si no se oye la voz de Cristo el Señor.

Queridos amigos: hemos oído las palabras del Papa, las palabras de los obispos de América Latina. Hoy imploramos al Señor para que su bendición y su gracia nos acompañen; hagan posible que en nuestra tierra estas verdades guíen a nuestro pueblo, a nuestros gobernantes, a la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad que viven en nuestra patria. Deseamos terminar con las palabras de los Obispos de Chile de hace seis años:

“Confiamos en la cordura y patriotismo de los chilenos, en la tradición democrática de las Fuerzas Armadas, en la promesa de los integrantes de la Junta que nos permitirán ver volver muy luego la normalidad institucional para reiniciar un camino de progreso y de paz”.

A la Virgen del Carmen, Madre de Chile, le pedimos haga realidad este gran anhelo de los obispos de esta tierra.

Así sea.

Entrevista de la Revista "HOY",
3 al 9 de octubre de 1979.

LAS DIFÍCILES RELACIONES

En el año 1979 las relaciones Iglesia-Gobierno estaban cargadas de tensiones. A través de la prensa se hicieron críticas muy duras a la Iglesia. Revista HOY entrevistó al Cardenal antes de viajar a Europa. Estas son las preguntas y las respuestas:

- En el último tiempo han arreciado los ataques a la Iglesia Católica y las relaciones con el Gobierno y con quienes lo apoyan aparecen deterioradas. ¿Cuál es la verdadera situación, en este momento, entre la Iglesia y el Gobierno?

- Efectivamente, han arreciado los ataques y no creo que la situación de la Iglesia en este momento sea buena en sus relaciones con el Gobierno. Nosotros debemos sufrir. Nuestra tarea ha sido representar la vigencia de ciertos principios inderogables; la vigencia de ciertos derechos que nadie puede transgredir, ni tampoco la autoridad, ni en tiempos de paz ni en tiempos de guerra. No siempre hemos sido oídos y a veces hemos sido mal interpretados. Hemos tratado de hacerlo con

prudencia y caridad. A nosotros no nos toca imponer soluciones: exhortamos, tratamos de persuadir, suplicamos, señalamos el camino que nos parece el único que lleva a la felicidad, a la comprensión y a la paz en nuestra tierra. Estamos hechos, Dios lo ha querido así, para servir, para sacrificarnos por el bien de los demás. Seguiremos haciéndolo, sin animosidad ni predisposición contra nadie, cualquiera sea el eco que encontremos.

- El Te Deum del 18 de septiembre, al que no asistieron las señoras de los miembros de la Junta, como en años anteriores, dejó de manifiesto la tensión existente. ¿Recibió presiones para no decir la Homilía completa? De ser así, ¿por qué aceptó esas presiones? ¿Por qué a los dos días la Homilía empezó a circular, distribuida por el Arzobispado?

- Presiones propiamente dichas creo que no las he recibido. Me pareció, sin embargo, que dadas las circunstancias debía tratar de decir en la reunión del 18 de septiembre, delante de los gobernantes y del cuerpo diplomático, algo que no fuera conflictivo, no por lo que ello expresaba en sí, no porque la Doctrina de la Iglesia sea conflictiva de suyo, sino porque podía ser mal interpretado dadas las circunstancias que vivimos y las suspicacias que existen. Por eso no he querido ofender a nadie y no ser causa de ahondar los conflictos que existen; por el contrario, quisiéramos ser hombres de paz y contribuir a ella. Por lo tanto, leí solamente una parte de la

Homilía, aquella que me pareció menos conflictiva. Hemos hecho un sacrificio por la paz y la comprensión de los chilenos y estamos contentos de haberlo hecho.

- ¿Qué es lo que más ha echado a perder las relaciones Iglesia-Gobierno? ¿Es, solamente —cree usted—, su defensa de los Derechos Humanos o hay algo de razón en la acusación de que la Iglesia se mete en política?

- Creemos que la defensa de los Derechos Humanos ha sido una de las causales de la falta de comprensión respecto de la autoridad. Creemos también que la falta de una idea exacta de cuál es la política que la Iglesia no debe hacer y de cuál es la política que la Iglesia debe hacer, influye en esta incompreensión. El Papa y los obispos en repetidas oportunidades hemos manifestado que la Iglesia tiene el derecho de pronunciarse sobre los eventos políticos, que la moral y el Evangelio del amor deben influir en la acción política de los gobernantes; que no puede haber una acción política exenta de la ley moral. La Iglesia se considera y ha sido en esta tierra, desde su llegada a ella, la salvaguarda de esa ley moral. Por eso, hoy como ayer, interviene en las relaciones de política en lo que éstas tengan relación con la moral, con el bien común y con los derechos de los ciudadanos, no para imponer soluciones ni para establecer críticas violentas, sino para señalar caminos que son los únicos que llevarán la paz y la comprensión entre todos los chilenos. Esto lo cree la Iglesia su deber propio y

lo ha ejercitado desde los inicios de la vida de Chile, en tiempos de la Colonia y en tiempos de la República.

- En los trozos de la Homilía que no leyó usted terminaba diciendo las palabras de los obispos de hace seis años: "Confiamos en la cordura y patriotismo de los chilenos, en la tradición democrática de las Fuerzas Armadas, en la promesa de los integrantes de la Junta que nos permitirán ver volver muy luego a la normalidad institucional para reiniciar un camino de progreso y de paz". ¿Significaba esto que hoy sigue manteniendo la misma confianza?

- Sí. Creemos que esas palabras tienen plena vigencia hoy como ayer y mantenemos la misma confianza. Deseamos tener buenas relaciones con todos y especialmente con el Gobierno, y pedimos a Dios que su acción tenga éxito por el bien de nuestra patria.

- ¿Cuál es la explicación por la que no se transmitió el Te Deum tal como el resto de las ceremonias de las Fiestas Patrias, en circunstancias que es un acto oficial de carácter nacional con una tradición de 160 años?

- Hace tres años que el Te Deum ha dejado de transmitirse al país. Este acto es, sin duda, el más relevante entre los actos religiosos oficiales de Chile, y como usted lo dice, tiene 160 años de vigencia. Esta vez, no sé por cuál motivo, nuestra radio también fue interferida en sus transmisiones y nosotros lamentamos profundamente esto.

- Uno de los motivos más frecuentes de roce, en el último tiempo, ha sido el de los cuerpos de Lonquén. A propósito de la sepultura de los restos en una fosa común, sin consultar a los familiares, la Iglesia Católica dijo que "no sólo alza su voz porque ha sido violentada hasta el extremo la dignidad humana, sino porque... una vez más la Iglesia de Santiago no ha sido escuchada". ¿Cuál podría ser el próximo paso a dar, para ser finalmente escuchada? ¿Cree que alguna vez será escuchada?

- Deseamos, realmente, no por privilegio, que nuestra voz sea escuchada. Creemos que es útil para la convivencia nacional que así lo sea, creemos que es para el bien del país el que se nos escuche. Los otros pasos que hay que dar, nosotros los ignoramos. Lo único que podemos decir es que estaremos siempre al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz.

- Se ha acusado a la Iglesia Católica de promover las huelgas de hambre. ¿En qué sentido ha apoyado usted, personalmente, este movimiento al que le reconoció que tenía también un aspecto político? ¿Está de acuerdo con la Vicaría de la Solidaridad en estas materias?

- La Iglesia nunca ha promovido ni promoverá huelgas de hambre. Las personas directamente afectadas por la ausencia nunca explicada de los suyos han apelado a este recurso extremo. La Iglesia no podría rechazarlos, máxime si actúan sin violencia y respetando el carácter sacro de

nuestros recintos. Antes bien, hemos procurado servirlos en la defensa de sus derechos a través de la Vicaría de la Solidaridad. Sólo la justicia, la verdad y los sentimientos humanitarios podrán producir la paz en Chile.

- Paralelamente a la última huelga de hambre, un grupo de curas, religiosas y hasta un obispo solidarizaron con un ayuno de 24 horas. ¿Cree usted que esta solidaridad es útil a la pacificación nacional?

- Los Pastores, en estrecha convivencia con los pobres y desamparados, no pueden desentenderse de sus angustias. La acción a que usted se refiere quiso ser un auténtico acto religioso de oración y ayuno, inspirado en el Evangelio y tal como la Iglesia lo ha practicado siempre, para implorar la gracia de conversión.

- ¿Qué puede hacer la Iglesia Católica para integrar a esos católicos que se dicen "a la antigua" y que se oponen con violencia a todas las directivas de la Jerarquía?

- Creemos que los católicos que se oponen con violencia al Magisterio jerárquico están fuera de la manera de proceder de la Iglesia. El respeto a la autoridad, el diálogo con los iguales y el saber oír y comprender son signos distintivos de la Iglesia; no estamos de acuerdo, por lo tanto, con ellos. Pero sí, de parte nuestra, quisiéramos comprenderlos, hacerles llegar nuestra voz

sincera, pacífica, caritativa, para hacerles ver que no son mezquinos intereses los que defendemos, sino que es la causa del Señor.

- Entre ellos hay algunos que han insinuado que usted estaría tal vez en una postura diferente a la del clero, desde el momento que ha llamado a la abstención política y que ha señalado un modo de conformidad con el discurso presidencial del 11 de septiembre, al que calificó de "bien inspirado". ¿Qué hay de cierto en eso?

- Califiqué de bien inspirado el Mensaje Presidencial porque me parece obvio que Su Excelencia cree honestamente en la eficacia y bondad del camino emprendido y desea, con la misma honestidad, lo mejor para Chile. No quiere decir esto que yo tenga la misma idea que su Excelencia el Presidente de la República.

- La crítica más profunda es que la Iglesia Católica aparece mezclada con gente de izquierda, que tiene muy claros sus fines. ¿Es eso efectivo? Y si lo es, ¿a qué se debe?

- La Iglesia trasciende las categorías de izquierda o de derecha: busca servir al hombre, ser signo y salvaguarda del valor de la persona por encima de sus ideas y opciones particulares. Quiere, así, servir de nexo, de unión entre lo que piensan unos y otros, entre los partidos que a veces se transforman en rivales y adversarios. Quisiera darle a cada uno lo suyo; ésta es la virtud de la justicia y la Iglesia la protege. Se recuerda muy

bien de la enseñanza del Maestro, que reprende a dos de sus Apóstoles que quieren hacer descender fuego del cielo sobre los que se oponían a Jesucristo y lo odiaban. Él los reprende y les echa en cara que no saben de qué espíritu son. El Padre de los cielos hace caer su lluvia sobre buenos y malos, pero el juicio sobre la maldad y bondad de los hombres se lo ha reservado Él.

— Se le ha echado en cara a la Iglesia Católica que no se preocupa del joven obrero herido por una bomba y que sólo se interesa por los terroristas. ¿Cuál es la explicación para esto?

- La Iglesia se ha preocupado de todos los que sufren, especialmente de los más abandonados. En el caso presente, hombres de Iglesia se han preocupado de él; han tratado con su familia. Pero me parece un tanto extraña la insistencia de algunos sectores sobre que tengamos que preocuparnos especialmente de ese caso, como si no lo hubiéramos hecho. En realidad la Iglesia condena todo acto de terrorismo y en este caso condena especialmente a las personas que pusieron la bomba que ocasionó el daño a este pobre inocente. Que Dios juzgue y castigue a los culpables.

- ¿Cómo se explica que un cable enviado por el Secretario Ejecutivo de la Vicaría de Solidaridad, a través del télex del Arzobispado, haya sido publicado por el señor Álvaro Puga en el diario La Tercera para acusar a la Iglesia de tener "los recursos para que Chile persista en una mala imagen externa"?

- En realidad no me explico. El cable trataba de salvar una situación delicada para un grupo de personas que estaban haciendo una huelga de hambre, que no dependía de nosotros, pero que podía ser causa de un daño irreparable. Nos parece muy raro que una comunicación privada llegue a la luz pública. Quienquiera sea el responsable, se trata de violación flagrante de uno de los Derechos Humanos, que todos los tenemos y la Iglesia tiene derecho a reclamarlos para sí en forma especial.

- ¿Diría usted que la Iglesia, en general, y también usted viven un clima de vigilancia, o que siguen teniendo la libertad de acción y de expresión que siempre tuvieron?

- Creemos que el clima de vigilancia que nosotros podríamos tener es común al clima de vigilancia que tienen todos los chilenos en este momento de su historia. Dentro de ese clima de vigilancia tenemos una cierta libertad de acción y podemos expresarnos con algunas limitaciones.

- ¿No se estará volviendo cierto —después de que tanto lo han repetido sus contradictores— que después de seis años de gobierno militar la Iglesia se ha convertido en la fuerza opositora más importante?

- La Iglesia no hace oposición política: anuncia el Evangelio y denuncia las situaciones que aparecen como contrarias a la Salvación de Jesucristo, buscando colaborar para que ellas mejoren.

- Durante casi un mes la Iglesia Católica chilena se quedará prácticamente sin obispos. ¿No es un momento delicado para que esto ocurra? ¿Qué significado y qué consecuencias tendrá este viaje masivo en que se informará sobre el momento actual de la Iglesia Nacional?

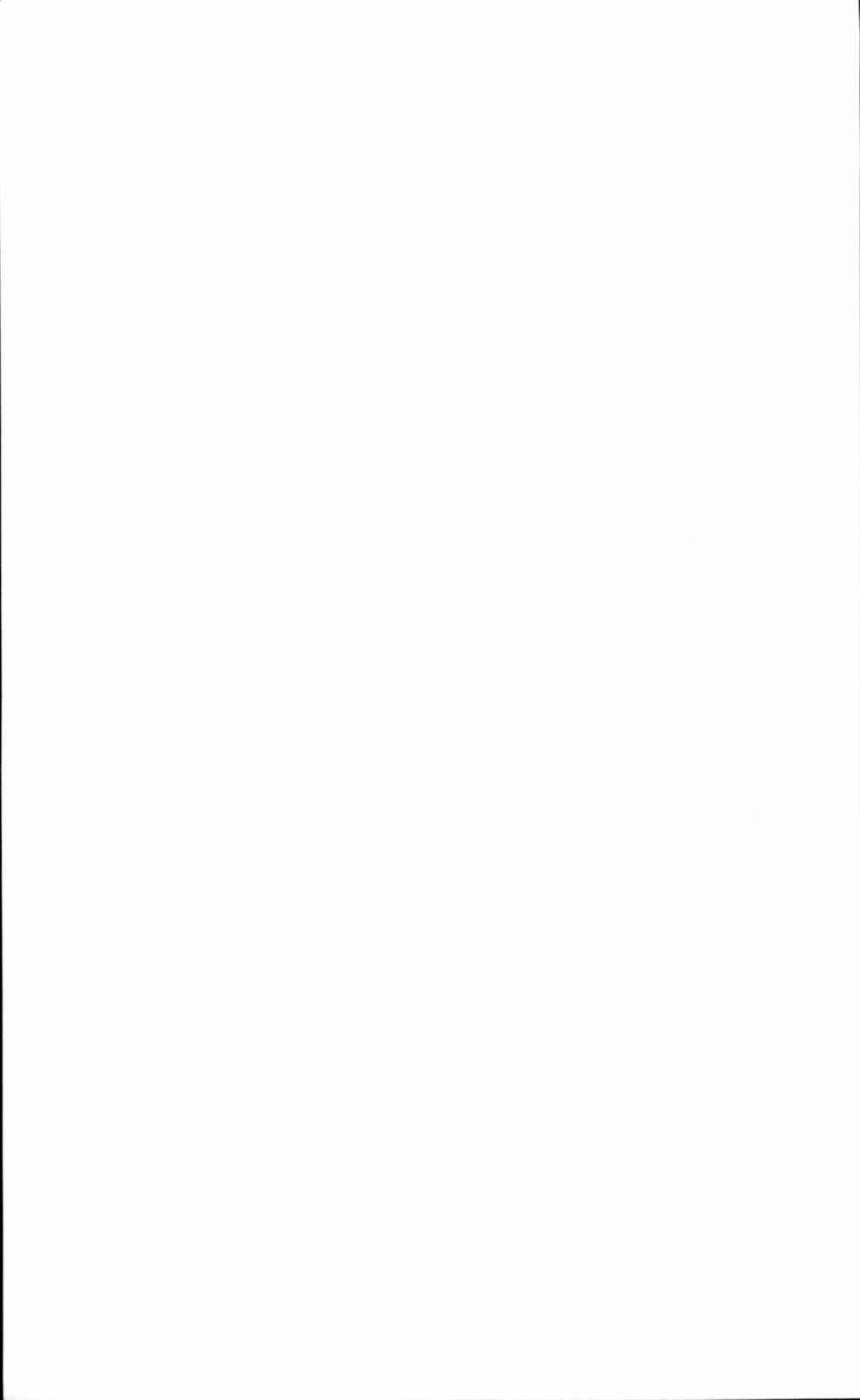
- Los obispos concurrimos en esta ocasión como Conferencia Episcopal, como lo han hecho otros países. El Papa quiere así tener no sólo una visión de la actividad de la Iglesia en cada Diócesis, sino también una visión de la situación global de la Iglesia. Siempre quedan aquí algunos obispos y nuestros vicarios encargados de dirigir la Iglesia; nunca estarán huérfanos de esta dirección.

- Por su parte usted va a integrar el Senado de los Cardenales convocado por el Papa Juan Pablo II y que durante los últimos 500 años sólo ha sido citado a acontecimientos importantes y cruciales. ¿Cuál es el objetivo de esta convocatoria?

- El objetivo de esta convocatoria, solicitada por los mismos cardenales después de la elección papal, es cambiar ideas con el Santo Padre sobre la situación de la Iglesia Universal. Queremos oír al Santo Padre y queremos que el Santo Padre nos oiga a nosotros. Esta convocación a mi juicio no es una instancia jurídica, no es una asamblea legislativa; es sólo la unión de los Pastores con Pedro, para oírlo y para expresarle nuestras dificultades y nuestros anhelos.

- ¿Quién dirigirá la Iglesia de Santiago en su ausencia? ¿No es demasiada responsabilidad dejarles la Iglesia a los vicarios? ¿Qué rol cumplen ellos?

- La Iglesia de Santiago está en manos de nuestros vicarios. Tengo plena confianza en ellos y estoy cierto de que durante este mes y medio ellos sabrán dirigir a la Iglesia en el Espíritu del Señor, en la caridad, el amor, en la comprensión para con todos, con un amplio espíritu de diálogo.



Mensaje a los Jóvenes.

7 de octubre de 1979.

LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR

Cada año los jóvenes de Santiago celebraban UNA SEMANA PARA JESÚS con diversas actividades, servicios, liturgias y cantos. En el año 1979, el Cardenal había viajado a Roma, pero quiso estar presente en el acto final de Maipú a través del siguiente mensaje:

Queridos jóvenes:

Este es el cuarto año en que ustedes celebran UNA SEMANA PARA JESÚS en nuestra Iglesia de Santiago. Con alegría quisiera unirme a ustedes para celebrar juntos nuestra fe en Jesucristo como único Salvador y Señor de la Historia.

He venido hasta Roma para visitar a nuestro Papa Juan Pablo II. Con él he dialogado sobre el entusiasmo que ustedes tienen y, junto a la tumba de San Pedro, he orado al Señor para que la fe de ustedes no desfallezca.

De acuerdo con lo que los Obispos de América les hemos pedido, ustedes han elegido, como lema

de esta Semana, **CONSTRUYAMOS LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR**. Me parece que no hay tarea más noble ni misión más hermosa que construir un estilo de convivencia y una jerarquía de valores centrada en el Amor.

La Civilización del Amor se construye, sin duda, centrando la vida en el Evangelio del Señor. Sean ustedes los jóvenes samaritanos que nunca abandonan a un hombre herido en el camino. Sean ustedes los jóvenes Cireneos que ayudan a Cristo a llevar su Cruz y se comprometen con el sufrimiento de sus hermanos. Sean como Zaqueo, que transforma su corazón materialista en un corazón solidario. Sean como la joven Magdalena, apasionada buscadora del amor, que sólo en Jesús encuentra la respuesta que necesita. Tengan el corazón de Pedro, para abandonar las redes junto al lago. Tengan el cariño de Juan, para reposar en Él todos sus afectos. Tengan la disponibilidad de María para cantar de gozo y para hacer su voluntad.

La Civilización del Amor les pide, en una palabra, tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús. No se engañen. En Él está todo lo que ustedes buscan con pasión.

Pero construir la Civilización del Amor significa también un compromiso en ustedes. Como Pastor de la Iglesia, quiero pedirles que sean jóvenes de esperanza, que ardientemente busquen la justicia, que vivan sin claudicaciones en la verdad, que venzan toda opresión que les impida ser libres y

que solidariamente sirvan, en especial, a los más pobres y sufrientes.

La Civilización del Amor debe aunar a los que trabajan por la paz, a los que rechazan la violencia, a los que tienen limpio el corazón y a los que lloran sus angustias esperando ser consolados.

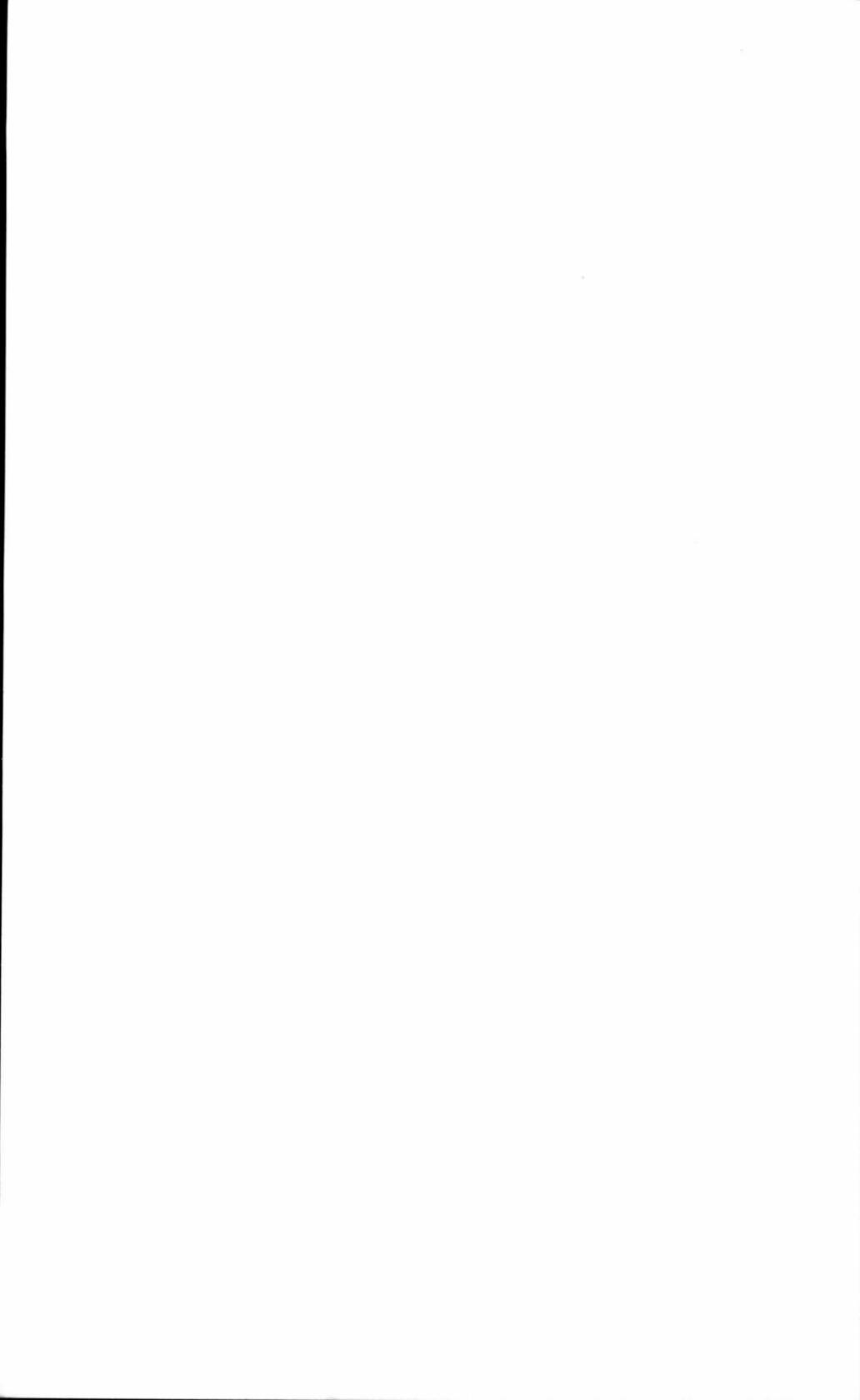
Jóvenes de Santiago: Hagan un esfuerzo para que esta Civilización del Amor se construya en nuestra patria. La Iglesia confía especialmente en ustedes. Luchen arduosamente contra toda opresión, contra toda injusticia y contra toda mentira. La Iglesia los desea sinceros, valientes, imaginativos y auténticos.

Sepan que en esta tarea los acompaña toda la Iglesia Universal.

Reciban el afecto y el apoyo de su Pastor y amigo, que los bendice de corazón en nombre del Señor.

RAÚL SILVA HENRIQUEZ
Cardenal Arzobispo de Santiago

Roma, 7 de octubre de 1979
Fiesta de la Virgen del Rosario



Al recibir el Premio de la “Fundación
Bruno Kreisky” ,
Viena, 19 de octubre de 1979.

DERECHOS HUMANOS Y EVANGELIO

**Por primera vez la FUNDACIÓN BRUNO
KREISKY hizo entrega de una distinción por
la defensa de los Derechos Humanos. El 19
de Octubre este Premio fue para el Cardenal
Silva “por su valerosa acción de
reconocimiento de los derechos humanos”.
El Cardenal agradeció así :**

Constituye para mí un gran honor contarme entre las personas que la FUNDACIÓN BRUNO KREISKY ha querido señalar, con una especial distinción, por su contribución a la causa de los derechos humanos. No he hecho más que cumplir con la misión pastoral que se me ha encomendado, en la forma como la entienden el Santo Padre y la Iglesia Universal. Por esto, debo agradecer, más bien, al Fundador de esta Institución y a todos sus colaboradores que han ideado y realizado una Fundación con tan nobles ideales: promover la defensa del hombre y la dignidad de los más pobres en toda la Tierra.

En América Latina, también en otras partes del mundo, tenemos que afrontar abusos en contra de los derechos de la persona humana. La Iglesia, que es testigo de estas realidades tan duras e inhumanas, siente que el Señor la llama y le exige trabajar en la noble tarea de la defensa del Hombre. No podemos quedarnos impasibles cuando sabemos que lo que se hace con cada uno de los hombres—especialmente con los más pequeños— se hace con el Señor. Y por eso la Iglesia declara que los derechos humanos forman parte esencial de la predicación del Evangelio. Más aún, declara que la defensa de los derechos humanos es la defensa de los derechos de Dios.

Urgidos por este espíritu netamente evangélico, nos hemos reunido en Puebla de los Ángeles, en México, los Obispos de todo el continente latinoamericano. En esa solemne ocasión hemos declarado que “la Iglesia no necesita recurrir a sistemas e ideologías para esta acción audaz y creativa de amar, defender y colaborar en la liberación integral del hombre: en el centro del mensaje de la cual es depositaria y pregonera, ella encuentra inspiración para actuar en favor de la fraternidad, de la justicia, de la paz, contra todas las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, atentados a la libertad religiosa, opresiones contra el hombre y cuanto atenta contra la vida” (Puebla 552).

Seguridad Nacional y Espíritu Cristiano

Estamos profundamente convencidos de la importancia de los insistentes llamados del Papa y del contenido de sus sabias palabras dirigidas hace pocos días a la Organización de Estados Americanos (OEA). Creemos con él que aunque las dificultades del tiempo presente “puedan exigir, a veces, medidas excepcionales y un cierto período de maduración en la preparación de nuevos avances en la distribución de responsabilidades, ellas nunca jamás justifican un ataque a la dignidad inviolable de la persona humana y a los derechos auténticos que protegen su dignidad. Si ciertas ideologías y ciertas formas de interpretar la legítima preocupación por la seguridad nacional dieran como resultado el subyugar al Estado el hombre y sus derechos y dignidad, ellas cesarían, en la misma medida, de ser humanas, y sería imposible compaginarlas con un contenido cristiano sin una grave decepción. En el pensamiento de la Iglesia es un principio fundamental que la organización social ha de estar al servicio del hombre y no viceversa. Esto es válido también para los más altos niveles de la sociedad, donde se ejerce el poder de la coerción y donde los abusos, cuando los hay, son particularmente serios. Además, una seguridad en la que los pueblos ya no se sienten implicados porque no los protege en su verdadera humanidad, es solamente una farsa; a medida que se va haciendo cada vez más rígida, mostrará síntomas de creciente debilidad y de una ruina inminente.

¡El Hombre! El Hombre es el criterio decisivo que ordena y dirige todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre—palabras como justicia, paz, desarrollo, solidaridad, derechos humanos—quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria. De este modo pierden su poder para movilizar y atraer. Lo recobrarán solamente si el respeto por la persona humana y el empeño en favor de la misma son puestos de nuevo, explícitamente, al centro de todas las consideraciones. Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana. Es esta persona humana la que reconocemos como creada a imagen de Dios y destinada a una meta eterna” (OEA N° 4 y 5, Washington, DC, 6 octubre 1979.)

Esfuerzos en Chile

Estamos ciertos de que estas palabras, que nacen de una inspiración incontestable, serán escuchadas por todos los hombres buenos y amantes de sus patrias que existen en nuestro continente. Hombres conscientes de que lo más noble, precioso y amable de la patria es la vida y los derechos de cada uno de sus habitantes; en especial de los más débiles de la sociedad. En este espíritu es de justicia reconocer el trabajo de los

hombres que en mi país se han esforzado por mejorar la situación que en él impera.

Queridos amigos, la Iglesia se siente feliz y fiel al Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, al prestar una desinteresada colaboración a esta tarea. No nos mueven razones partidarias ni razones egoístas. Como lo dijera el Papa Juan Pablo II, "la Iglesia se sentirá siempre feliz de prestar su propia y desinteresada contribución a esta tarea. Las Iglesias locales de las Américas harán otro tanto dentro del marco de sus varias responsabilidades. Favoreciendo el progreso de la persona humana, de su dignidad y sus derechos, sirven a la ciudad terrena, a su cohesión y a sus legítimas autoridades. La plena libertad religiosa que ellas piden es para servir; no para oponerse a la legítima autonomía de la sociedad civil y de sus propios medios de acción. Cuanto más capaces sean los ciudadanos de ejercer habitualmente sus libertades en la vida de la nación, tanto más rápidamente las comunidades cristianas serán capaces de dirigirse a sí mismas a la tarea central de la evangelización, es decir, a predicar el Evangelio de Cristo, fuente de vida, de fortaleza, de justicia y de paz" (Ibid. N° 7.)

Termino mis palabras agradeciendo, una vez más, a vuestra noble Institución, agradeciendo al señor Bruno Kreisky la defensa y promoción que ustedes hacen de los derechos de la persona, especialmente del derecho de los pobres. Agradezco también a los habitantes de esta tierra tan generosa que, a pesar de tantas vicisitudes históricas pasadas en

los últimos tiempos, han organizado una sociedad modelo por su convivencia pacífica, su robusta democracia y su respeto por el hombre.

Agradezco especialmente al Señor de la Historia, porque el humilde trabajo realizado por la Iglesia de Santiago de Chile ha podido servir, en mi patria y fuera de ella, para mejorar la condición de tantos hermanos nuestros que, en situaciones muy diversas, claman por sus derechos y libertades.

Viena, 19 de Octubre de 1979.

Primer aniversario Simposio de los
Derechos Humanos,
25 de noviembre de 1979.

EL CAMINO DE LA JUSTICIA

Cada 25 de noviembre, la Iglesia de Santiago renueva en la Catedral su compromiso de defensa de los Derechos Humanos que suscribió en la “Carta de Santiago de Chile”, con motivo del Simposio Internacional que se realizó durante el año 1978. Al cumplirse un año de ese acontecimiento, el Cardenal dijo:

Queridos amigos, muy queridos hermanos:

Una vez más nos reunimos en esta Iglesia Catedral, para recordar la Declaración que hiciéramos hace un año, aquí mismo. En realidad nosotros queremos recordarnos a nosotros mismos, y recordarles a todos los hombres de buena voluntad los grandes valores humanos, los derechos del hombre, que nosotros amamos, que nosotros queremos ver respetados en todos los hombres.

Lo deseamos, mis queridos amigos, no por afán mezquino y pequeño; no por conseguir la

situación del momento, en nuestra tierra o en cualquiera otra parte. Lo hacemos porque estimamos profundamente, inmensamente, los valores del hombre. Los consideramos el tesoro más grande que Dios le haya dado a cada hombre.

Si, Dios nos ha hecho hijos suyos Somos hermanos todos los hombres y, como tales, nos ha dado derechos que todos tenemos que respetar. No son cosas políticas estos derechos. El Santo Padre nos lo ha recordado. Y siguiéndolo a él, yo os lo recuerdo en esta tarde.

Estos derechos nacen del alma espiritual del hombre. Son derechos espirituales y, por lo tanto, nos toca, a la Iglesia de Cristo, tutelar esos derechos, y hacer, si fuere posible, que todos los hombres los respeten.

Es nuestra tarea. No es que nosotros seamos políticos. No es que nosotros seamos sociólogos. No es que nosotros seamos empresarios. Nosotros somos enviados de Cristo, el Señor. Somos la pequeña grey que El ha enviado al mundo para cumplir una misión de titanes: enseñarles a los hombres todo lo que El nos ha enseñado; dándoles la fuerza misteriosa para practicar esas verdades y haciéndolos amar a su hermano, el hombre.

Una doctrina que enseñar, una fuerza de gracia que comunicar, un amor que practicar. Eso somos nosotros; somos técnicos en una sola cosa, mis queridos hijos. Somos técnicos en humanidad. Y

este derecho lo reivindicamos después de 2.000 años de lucha, después de mucha sangre vertida, después de muchas verdades pronunciadas a la faz del mundo entero.

Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los primeros misioneros y apóstoles. Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los mártires que derramaron su sangre por estos ideales. Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los padres y doctores de la Iglesia que enseñaron a la humanidad el camino del hombre, el camino del amor, el camino del respeto.

Eso creemos que somos, y por eso pedimos respeto y consideración.

En verdad, hay una luz que nos guía. Hay una luz que nos señala el camino. Y después de un año de nuestra Declaración de Santiago, han pasado muchas cosas, pero todas ellas, todas ellas están de acuerdo con lo que nosotros hemos dicho. Los obispos nos hemos reunido en Puebla. Los obispos representantes de toda América Latina. Presididos por nuestro Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, hemos estudiado, hemos orado, hemos meditado y hemos comunicado a los pueblos de América nuestro parecer.

Todos ellos, todos estos obispos, todos nosotros les hemos manifestado a nuestros pueblos el amor inmenso que tenemos por el hombre. Hemos llorado por la situación triste que muchos de

nuestros pueblos sufren y hemos pedido a los hombres de buena voluntad de esta Tierra que oigan la voz del Señor y la voz de su Iglesia. Y que trabajen denodadamente para que la verdad del Evangelio, que se manifiesta en la Doctrina Social de la Iglesia, sea una realidad en nuestros pueblos que se dicen cristianos. Y a los hombres que gobiernan, y a los hombres que detentan el poder económico, y a los hombres de Iglesia, y a los hombres de buena voluntad y a los pobres de este continente, nosotros les hemos pedido que, dejando a un lado el odio y la prepotencia, sigan el camino de la verdad, de la justicia, del amor y de la paz, que es el único que nos podrá dar la seguridad nacional a que aspiramos; que es el único que podrá forjar la grandeza de estos pueblos.

¡No a la guerra! ¡No a la violencia! ¡No a la conculcación de los derechos del hermano! Eso hemos dicho. Eso hemos pedido.

Lo pedimos con humildad. Lo pedimos sabiendo que no tenemos ninguna fuerza física para imponer nuestras ideas. Sólo contamos con la bondad del Dios que nos ha enviado; con su Espíritu que nos ilumina y nos guía; y con la comprensión y sensatez de los hombres de esta Tierra. Y esperamos que esto sea una alborada de un hermoso día que las Américas quieren vivir, que los hombres de esta tierra tienen derecho a gozar.

Han pasado otras cosas, mis queridos hijos. El Santo Padre ha visitado diversos países. Y ha venido a nuestra América. Ha sido aclamado como nadie. Como ningún hombre tal vez en la historia de estas tierras y en la historia de la humanidad. Ha sido querido, aclamado y aplaudido. No porque se trate de un hombre, no porque se trate del Jefe de una religión. Es porque los pueblos han visto en él al hombre que representa con fidelidad a la verdad, a la justicia, al amor.

La verdad, la justicia y el amor tienen un nombre, mis queridos hijos: se llama Jesucristo. Y él lo representa. Lo representa con humildad, lo representa con decisión y viene a enseñarnos, viene a suplicarnos, viene a rogarnos que nosotros oigamos esta voz, porque es la voz de la paz, de la justicia, de la verdadera convivencia humana.

Nosotros lo hemos visto. Hemos presenciado este espectáculo grandioso. Y hemos oído su voz. No podemos menos que recordarlo con inmensa gratitud. Nuestras pobres palabras y nuestro pobre actuar de Obispo se han visto confirmados en las palabras del Pastor, del Vicario de Cristo, de aquel que nos representa como nadie al Señor, presente entre nosotros.

Y en estos días, mis queridos hijos, han sucedido otras cosas, no bellas. Lo presenciamos en un país del Asia. Existe, en este momento, una situación difícilísima. Hombres que dicen amar a su Dios, no parecen que quieran respetar a sus hermanos.

Y nosotros, sin querer ofenderlos, sin hacer un juicio sobre todo lo que ellos han sufrido, pero sabiendo que hay quien es nuestro Juez y quien es nuestro Padre, nosotros, humildemente, desde este confín de la Tierra, les pedimos que sepan amar, que sepan respetar a sus hermanos, que respeten al inocente, que no busquen en la guerra una solución que no lo es, porque siempre habrá hombres de buena voluntad que sabrán encontrar los caminos de la comprensión, de la justicia y de la paz.

Nos han dicho con insistencia que nosotros, los Obispos de Chile, tenemos que ser obedientes al Santo Padre, el Papa.

¡Qué hermosa recomendación! Les agradecemos a quienes la han dicho, si la han dicho con la buena voluntad y con el buen deseo de que sea una realidad. Queremos ser fieles a Cristo, el Señor, presente en la persona de su Vicario. Pero también les pedimos a quienes nos dicen estas cosas, que también ellos, por amor a Cristo, que también ellos conozcan la voz del Pastor, y la oigan y sean fieles a esa voz. No les pedimos otra cosa.

Nosotros estamos dispuestos a callar. Estamos dispuestos a no molestar a nadie, siempre que ellos oigan la voz del Pastor y la sigan. Nos sentiríamos tan felices. Nosotros estaríamos ciertos de haber conseguido el fin de nuestras vidas. No queremos otra cosa.

Porque quiero recordar la voz de ese Pastor que a todos nos obliga, voy a terminar con las palabras de él, dirigidas a los pueblos de América, de América Latina, de la América Española que aún reza a Jesucristo y que todavía habla en español, como dijo el poeta.

“ ¡El hombre! El hombre es el criterio que ordena y dirige todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria. De este modo pierden su poder para movilizar y atraer.

Lo recobrarán, solamente, si el respeto por la persona humana y el empeño en favor de la misma, son puestos de nuevo, explícitamente, al centro de todas las consideraciones.

Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana.

Es esta persona humana la que la fe nos hace reconocer como creada a imagen de Dios y destinada a una meta eterna. Es esta persona la que se encuentra frecuentemente amenazada y hambrienta, sin vivienda y trabajo decentes, sin acceso al patrimonio cultural de su pueblo o de la humanidad, y sin voz para hacer oír sus angustias.

A la gran causa del pleno desarrollo, en la solidaridad, deben dar nueva vida aquellos que, en uno u otro grado, ya gozan estos bienes, para el servicio de todos aquellos — y son todavía tantos en nuestro continente— que están privados de ellos en medida a veces dramática.

El desafío del desarrollo merece toda vuestra atención. También en este campo lo que vosotros logréis, puede ser un ejemplo para la humanidad. Los problemas de áreas rurales y urbanas, de la industria y la agricultura y del medio ambiente, son, en larga medida, una tarea común. La búsqueda decidida de todo esto ayudará a difundir por el continente un sentimiento de fraternidad universal, que se extiende más allá de confines y regímenes. Sin menoscabo de las responsabilidades de los estados soberanos, descubris que es una exigencia lógica para vosotros el ocuparos de problemas, como el desempleo, emigración y comercio, en cuanto preocupación común, cuya dimensión continental pide de manera cada vez más intensa soluciones más orgánicas a escala continental.

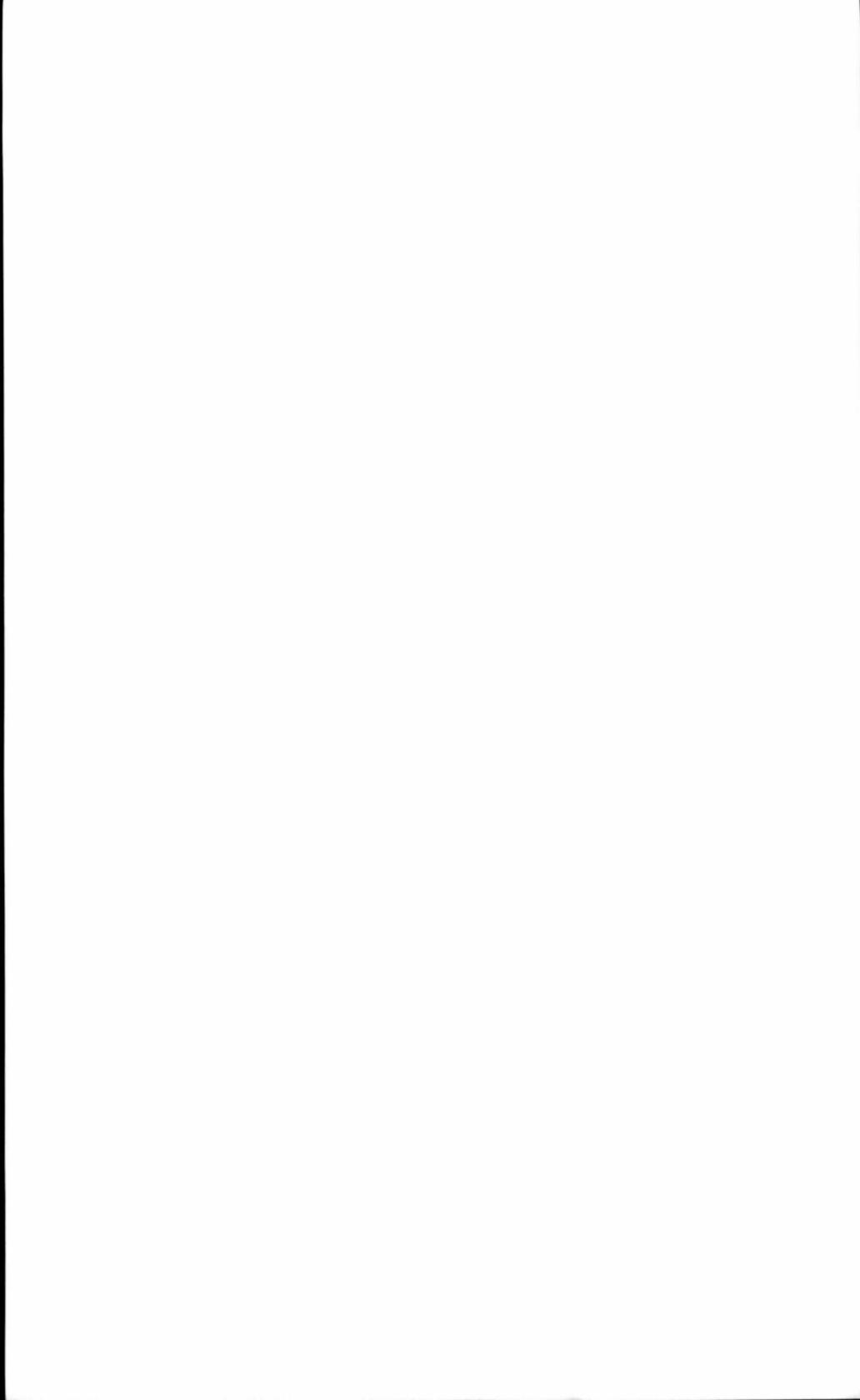
Todo lo que vosotros hacéis por la persona humana detendrá la violencia y las amenazas de subversión y desestabilización. Porque al aceptar con valentía las revisiones exigidas por “este único punto de vista fundamental que es el bien del hombre —digamos de la persona en la comunidad— y que como factor fundamental del bien común debe constituir el criterio esencial de todos los programas, sistemas o regímenes”

dirigís las energías de vuestro pueblo hacia la satisfacción pacífica de sus aspiraciones” (Redemptor Hominis, 17).

Sí. Nosotros queremos dirigir las aspiraciones de todas nuestras fuerzas, de todas nuestras almas, a satisfacer los anhelos profundos y justos de nuestros pueblos. Y queremos que esto se haga por amor a Jesucristo, por amor a su hermano, por amor a nosotros mismos.

Lo pedimos, lo suplicamos, humildemente hacemos constancia de que esto no admite demoras. Que los pueblos de nuestro continente tienen derecho a ser oídos. Pedimos a todos los hombres de buena voluntad de esta Tierra, de nuestra América y si nuestra voz llegara más allá de todo el mundo, que sepamos respetar los derechos de nuestros hermanos, porque ellos constituyen la base estable de una sociedad justa y pacífica.

Así sea.



Honras fúnebres por el Arzobispo de El Salvador, abril de 1980.

MONSEÑOR OSCAR ROMERO

Homilía del Cardenal Arzobispo de Santiago, en la misa de honras fúnebres por el Arzobispo de San Salvador.

Nos reunimos aquí, en este templo que es mudo testigo de las alegrías y de los dolores de este pueblo. Hoy venimos tristes y acongojados. Un hermano nuestro, el Arzobispo de San Salvador, ha muerto víctima del odio: el odio que no perdona, el odio que no respeta, el odio que no construye.

Sentimos pena y amargura porque no hace muchos meses en Puebla de Los Ángeles, la representación de los obispos de este continente, de estas tierras de América, hacía el recuento de los dolores, de la pobreza, de las angustias y miserias de nuestro pueblo y, al mismo tiempo, señalaba que la Iglesia se levantaba para denunciar estas injusticias, para defender a los pobres y desvalidos, para ser la voz de los que no tienen voz; y que esta acción de la Iglesia, de los hijos de esta Iglesia, de su Jerarquía, despertaba

una triste reacción de odio y de violencia y aun de muerte, muerte a que estaban sujetos los hombres y mujeres, los jóvenes y los viejos, los laicos y los sacerdotes y los obispos, por cumplir con el sagrado deber de ayudar al Cristo pobre de América, de consolar, de enjugar sus lágrimas y defender sus derechos.

Y hoy vemos que la profecía de los Obispos de América Latina reunidos en Puebla se ha verificado una vez más.

Ayer, en Bolivia, un sacerdote moría por la misma causa; hoy es monseñor Romero quien da su vida por defender al Cristo pobre de América. Ante este espectáculo que llena nuestros corazones de congoja, ante este espectáculo que nos hace creer que el hombre americano no responderá al llamado del Señor, que nos hace creer que esta Iglesia, que ha clamado desde que llegó a estas tierras por la libertad del indio, por sus derechos y que continúa clamando para obtener que otros hijos de esta misma Iglesia comprendan su deber de amar, de respetar, de salir al encuentro del hermano necesitado; nos hace creer que estas voces que han resonado tantos siglos parece que no encontraran eco en el corazón de piedra de algunos de nosotros.

¡Pero no, no puede ser! La sangre de los mártires es la semilla de los verdaderos cristianos. La sangre de los mártires que bañan la tierra de nuestra América hará surgir de ella la flor

hermosa de la justicia, de la caridad y de la libertad, como hemos rezado al Señor del Cielo y al Padre Nuestro en la Misa de hoy.

Sí. Tenemos fe. Tenemos esperanza y abrigamos la certeza de que esa caridad que renueva todo, que renueva la faz de la Tierra, que hace grandes a los pueblos, que levanta al humilde y al desvalido, esa caridad se impondrá en los corazones de los hombres sensatos y cristianos de esta América nuestra.

Ante este espectáculo, ante esta realidad, los Pastores de toda América hacemos un examen de conciencia y nos preguntamos si es lícito callar ante las circunstancias en que vivimos, y nos preguntamos si habrá alguien que nos intimidará, y nos preguntamos si la violencia, el odio y la muerte serán capaces de apagar la justicia, la caridad y la libertad.

Los obispos de esta tierra, los fieles y los hombres cristianos de verdad de estas tierras, debemos afirmar, una vez más, que nadie nos podrá separar de la caridad de Cristo, el Señor: esa caridad y ese amor a nuestro hermano desvalido y sufriente de esta América que lleva el signo de Cristo en su frente, pero que también lleva la traza del pecado en su corazón. Nadie, con la gracia del Señor que nos señala el camino que nos lleva a la muerte en servicio de nuestros hermanos, nadie hará callar a esta Iglesia que, como la voz de Dios, vendrá a clamar por el desvalido, por el oprimido, por el que no tiene o no recibe justicia.

No sólo vamos a clamar, no sólo vamos a denunciar. Vamos a levantar nuestras voces al Dios del Cielo; los hombres de manos limpias, de corazón sincero, los hombres que aman la verdad, han de ser oídos en el Trono del Señor. Sí, Señor. Nosotros creemos que a pesar de nuestras miserias y pequeñeces, Tú nos vas a oír. Y si no son suficientes nuestras plegarias, nuestras lágrimas, nuestros trabajos y sudores, ciertamente oirás, Señor, el dolor de tantas mujeres, de tantos niños, de tantos hombres que se arrastran por las tierras de este continente y que no tienen la dicha de vivir como hijos tuyos.

Por ellos, Señor, por lo que valen, por lo que son, por su cruz y su martirio, nosotros te pedimos que tu cayado reine en estas tierras de América, reine en nuestra patria y que los hombres de ellas sepan lo que es ser un hombre y ser hermanos.

Madre Tierra de estos pueblos que Tú acunaste en los primeros días de nuestra América, Madre, Virgen India de Guadalupe, acuérdate de estos hijos tuyos que llevan en el color de su piel, en el dolor de sus rostros, en el sudor de su frente, las cadenas de sus miserias y tristezas; pero miran a Ti, te saben Madre, y esperan de Ti. ¡Reina y Señora de América, ven, ven a ayudarnos. Ven a traer a Cristo, el Señor, el amor que se hizo carne, el amor que fue el capullo que Tú engendraste en tu seno virginal!

Homilía 1° de mayo de 1980

BUSQUEMOS LOS CAMINOS DEL ENTENDIMIENTO

**No podía faltar la voz del Pastor a los
trabajadores en las vísperas
de dejar la Arquidiócesis.**

MUY QUERIDOS HIJOS:

Una vez más llegamos al Primero de Mayo, el Día de San José Obrero.

En los 19 años de mi trabajo pastoral en Santiago, siempre, en esta fecha, hemos celebrado a San José Obrero, el padre de todos los obreros cristianos y el hombre encargado por Dios de sustentar, en su vida humana, a la familia de Cristo con su trabajo y esfuerzo. Humilde y fructífero trabajo que entregó a la humanidad el fruto más bello, más noble y al mismo tiempo más rico de gracia, de elevación y de progreso que haya existido en la vida del hombre en esta tierra; es decir, el mejor fruto, el mejor éxito en el desarrollo de la humanidad se debe en parte importantísima al trabajo manual del obrero. José hizo posible con su trabajo la existencia del Hijo de Dios hecho

hombre y por consiguiente la redención de la humanidad. A este trabajo, que tiene tan enormes proyecciones, la Iglesia tributa un homenaje de amor y reconocimiento, y espera que todos los hombres, la sociedad, el mundo y sobre todo las empresas en que el hombre trabajador entrega su energía y capacidad, respeten ese valor.

El trabajo humano tiene derecho a ser considerado como uno de los factores predominantes del desarrollo y de la vida de los pueblos. Para la Iglesia el trabajador es un hombre que entrega su capacidad, su inteligencia y parte de su personalidad en la labor de construir un mundo mejor.

Hubiéramos querido, como todos los años, celebrar con una Santa Misa la festividad de San José Obrero, la festividad del hombre trabajador que la Iglesia respeta, ama y defiende, pero no ha sido posible. Circunstancias ajenas a nosotros nos han inducido a renunciar a esta celebración tan querida.

No hemos querido exponer a nadie, ni mucho menos a hombres humildes que aman a Jesucristo y tratan de servirle, no hemos querido exponerlos a peligros que nos parecían ser graves.

Meditando sobre esta realidad que estamos viviendo, nos parece constatar que la convivencia nacional no ha mejorado, por el contrario, parece ser que la paz en Chile se hace cada día más difícil.

Hay antagonismos muy graves, hay luchas sordas, hay por lo consiguiente represiones que estimamos muy violentas. Y este clima de oposición de tendencias encontradas, de falta de diálogo y de entendimiento impide llegar al consenso para establecer una sociedad basada en la justicia, que consiga encontrar la paz y que pueda vivir en libertad. La Iglesia siente profunda preocupación por esta situación, exhorta a los cristianos a oír la voz de la razón y la voz de la fe, que llama a buscar caminos de entendimiento y no de violencia, teme que el porvenir sea más triste y más duro, sobre todo si se buscan caminos de violencia para superar las dificultades presentes. En realidad, mis queridos hermanos e hijos, tememos por el futuro de nuestra Patria.

Quisiéramos decir algunas palabras serenas que pudieran ayudar a encontrar caminos de solución. Quisiéramos basarnos en la sabiduría milenaria de la Iglesia y su Doctrina Social que, como ha dicho el magisterio de la Iglesia, tiene una experiencia centenaria, quisiéramos encontrar en ella el camino de solución a nuestras dificultades. Creemos firmemente que es el único camino, por eso instamos humildemente, pero con vehemencia, a los hombres de esta tierra, gobernantes y gobernados, a que busquemos los caminos del entendimiento, los caminos del verdadero diálogo, los caminos de la construcción de la paz, del establecimiento de la justicia y del goce de la verdadera libertad.

La primera obligación nos parece ser que se respete el derecho de todos, pequeños y grandes, y por eso hoy, fiesta cristiana del trabajo, nos parece indispensable recordar cuál es la Doctrina de la Iglesia sobre el trabajo humano. El Concilio Vaticano II, la más numerosa y prestigiosa asamblea de la Iglesia Católica de nuestro tiempo, establece lo siguiente: “El trabajo humano que se ejerce en la producción y en el comercio o en los servicios es muy superior a los restantes elementos de la vida económica, pues estos últimos no tienen otro papel que el de instrumentos”.

“Pues el trabajo humano, autónomo o dirigido, procede inmediatamente de la persona, la cual marca con su impronta la materia sobre la que trabaja y la somete a su voluntad. Es para el trabajador y para su familia el medio ordinario de subsistencia. Por él, el hombre se une a sus hermanos y les hace un servicio, puede practicar la verdadera caridad y cooperar al perfeccionamiento de la creación divina. No sólo esto. Sabemos que, con la oblación de su trabajo a Dios, los hombres se asocian a la propia obra redentora de Jesucristo, quien dio al trabajo una dignidad sobreeminente laborando con sus propias manos en Nazareth. De aquí se deriva para todo hombre el deber de trabajar fielmente, así como también el derecho al trabajo. Y es deber de la sociedad, por su parte, ayudar, según sus propias circunstancias, a los ciudadanos para que puedan encontrar la oportunidad de un trabajo suficiente. Por último, la remuneración del trabajo debe ser

tal que permita al hombre y a su familia una vida digna en el plano material, social, cultural y espiritual, teniendo presentes, el puesto de trabajo y la productividad de cada uno, así como las condiciones de la empresa y el bien común.

“La actividad económica es de ordinario fruto del trabajo asociado de los hombres; por ello es injusto e inhumano organizarlo y regularlo con daño de algunos trabajadores. Es, sin embargo, demasiado frecuente también hoy día que los trabajadores resulten en cierto sentido esclavos de su propio trabajo. Lo cual de ningún modo está justificado por las llamadas leyes económicas. El conjunto del proceso de la producción debe, pues, ajustarse a las necesidades de la persona y a la manera de vida de cada uno en particular, de su vida familiar, principalmente por lo que toca a las madres de familia, teniendo siempre en cuenta el sexo y la edad. Ofrézcase además a los trabajadores la posibilidad de desarrollar sus cualidades en el ámbito mismo del trabajador” (*Cfr. Gaudium et Spes*, 67).

En esta enumeración se puede decir que están todos los valores que la Iglesia defiende en este caso; y esta enumeración es también para nosotros un llamado a nuestras conciencias para examinar lo que hemos hecho en la vida pública, en las relaciones mutuas entre los hombres de esta tierra, entre los chilenos. Se nos echa siempre en cara que la Iglesia no es técnica en estas materias, es decir, la Iglesia reconoce que no es técnica en política, que no es técnica en tantos otros campos

del saber humano, pero Ella sostiene —y su afirmación está avalada por la experiencia de los milenios— que es técnica o experta en humanidad, es técnica en calificar las relaciones humanas, en saber decir cuándo cualquiera de los procedimientos científicos es moral o inmoral, cuándo se puede aplicar de acuerdo con las normas del Evangelio y cuándo no. Y por eso, cuando dice que el trabajo humano es no sólo un servicio, sino que es superior a todos los otros elementos de la vida económica, y que por lo tanto debe ser tratado de acuerdo a esa superioridad, cuando dice que el trabajo del hombre no sólo es un deber sino también un derecho y es deber de la sociedad por su parte ayudar según sus propias circunstancias a los ciudadanos para que puedan encontrar la oportunidad del trabajo suficiente, cuando dice cuáles son las condiciones que deben tener esos trabajos, cuando defiende el derecho de los trabajadores a asociarse y a determinar ellos cuáles son sus verdaderos intereses, cuando los insta también a obrar con justicia, con comprensión de las situaciones reales en que se encuentra la sociedad, la Iglesia no pretende dar normas científicas de economía, pero sí da normas que tienen todo el calor de las normas científicas en el campo de la convivencia humana y en el campo de la moralidad de los actos de esa convivencia.

La Doctrina Social de la Iglesia es la expresión del Evangelio —ha dicho el Papa Juan— aplicada a la vida económica y social. Es por lo tanto obligatoria para todos los cristianos y nadie puede

decirse cristiano, si no observa estas normas.

Creemos que una de las causas de disturbios, de violencia, de tensiones en nuestra vida social y política, es precisamente el no oír la voz de la Iglesia en un campo de tanta trascendencia para la vida del hombre, para su familia y para sus relaciones sociales.

Una segunda norma que nos parece elemental para ayudar a la convivencia humana en el campo de las relaciones humanas es la participación. La Iglesia desea que el hombre sea tratado como persona, la Iglesia afirma que el trabajo humano es lo más importante en el campo de la producción, la Iglesia afirma que el desarrollo está al servicio del hombre y que el hombre está por sobre los valores de la técnica o de la economía en el campo del desarrollo y de la vida económica. Sostiene que es indispensable la participación de los trabajadores en los procesos económicos, en la actividad del comercio y en las empresas y también en el campo político. El suprimir esta participación o el privar a un gran número de personas comprometidas en las consecuencias de estas actividades humanas, significa crear un motivo de tensión. Los hombres de América Latina —dicen los Obispos en Puebla— tienen hoy día más que nunca conciencia de su dignidad, lo cual es un elemento positivo, según ellos, y por lo mismo que tienen esta conciencia, es mucho más difícil crear mucho más antagonismos y violencias el querer desconocer los derechos que la dignidad

de la persona humana exigen. Por eso los Obispos de Chile, en una declaración de hace pocos días, hemos dicho: “que estimamos que es deber de todo católico, trabajar para que el país vuelva a la normalidad institucional, e influir para que este retorno se haga por medios moralmente legítimos, que una situación de emergencia no puede convertirse en permanente. Allí donde por razones de bien común, se restringe temporalmente el ejercicio de los derechos, restablézcase la libertad cuando antes, una vez que hayan cambiado las circunstancias” (*Gaudium et Spes*, 75)”.

El que no hayamos sido capaces de restablecer todavía un régimen de participación y de normalidad institucional, lleva cada vez más a crear violentos antagonismos, y estamos convencidos que dicha normalidad no se va a lograr por la fuerza. La violencia puede llevarnos a una lucha estéril, dolorosísima, que hará un daño inmenso a nuestra Patria.

Hay diferencias demasiado grandes entre pobres y ricos, y que hacen decir que en Chile hay dos sociedades, una desarrollada y pudiente y otra subdesarrollada, pobrísima, que no tiene ni las cosas indispensables para la vida. Esta situación genera siempre un antagonismo que desgraciadamente tiende a crear centros de violencia y a establecer condiciones que alteran la paz. Esta situación no es cosa sólo de ahora, hace muchos años que la Iglesia de Chile ha venido reclamando por una mayor justicia social

y una mejor distribución de las riquezas de nuestra patria. Pero hoy parece acentuarse una situación económica que no considera debidamente el valor de la persona humana y el costo social que significan las reformas que se han establecido, y esto sin lugar a dudas exacerba los antagonismos y los odios.

“La actividad económica, por su carácter necesario puede, si está al servicio del hombre, ser fuente de fraternidad y signo de la Providencia divina. Es ella la que da ocasión a los intercambios concretos entre los hombres, al reconocimiento de derechos, a la prestación de servicios y a la afirmación de la dignidad en el trabajo. Terreno frecuentemente de enfrentamiento y dominio, puede dar origen al diálogo y suscitar la cooperación”.

Los Obispos en Puebla de Los Ángeles hemos dicho: “Los bienes de la tierra se convierten en ídolos y en serio obstáculo para el Reino de Dios (Cfr. Mt. 19,23,26), cuando el hombre concentra toda su atención en tenerlos o aún en codiciarlos. Se vuelven entonces absolutos. “no podéis servir a Dios y al dinero” (Lc. 16,13)... La riqueza absolutizada es obstáculo para la verdadera libertad. Los crueles contrastes de lujo y extrema pobreza, tan visibles a través del continente, agravados, además, por la corrupción que a menudo invade la vida pública y profesional, manifiestan hasta qué punto nuestros países se

encuentran bajo el dominio del ídolo de la riqueza... Estas idolatrías se concentran en dos formas opuestas que tienen una misma raíz: el capitalismo liberal y, como reacción el colectivismo marxista. Ambos son formas de lo que puede llamarse “injusticia institucionalizada”... El nuevo humanismo proclamado por la Iglesia que rechaza toda idolatría, permitirá “al hombre moderno hallarse a sí mismo, asumiendo los valores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación. Así podrá realizar en toda su plenitud el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas (Populorum Progressio 20). De este modo se planificará la economía al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía (Cfr. Populorum Progressio 34) como sucede en las dos formas de idolatría, la capitalista y la colectivista. Será la única manera de que el “tener” no ahogue al “ser” (Cfr. Gaudium et Spes 35; Doc. Puebla 493-94-95 y 97).

“La falta de respeto a la dignidad del hombre –dicen los Obispos en Puebla– se expresa también en muchos de nuestros países en la ausencia de participación social a diversos niveles. De manera especial nos queremos referir a la sindicalización. En muchos lugares la legislación laboral se aplica arbitrariamente o no se la tiene en cuenta. Sobre todo en los países donde existen regímenes de fuerza, se ve con malos ojos la organización de obreros, campesinos y sectores populares y se

adoptan medidas represivas para impedirlos. Este tipo de control y de limitación de la acción no acontece con las agrupaciones patronales que pueden ejercer todo su poder para asegurar sus intereses... en algunos casos, la politización exasperada de las cúpulas sindicales distorsiona la finalidad de su organización” (Cfr. Doc. Puebla 44-45).

“Por eso, decíamos los Obispos, desde el seno de los diversos países del continente, está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos” (Cfr. Doc. Puebla 87).

Vemos la necesidad de ser solidarios con nuestros pueblos, hemos querido escrutar sus aspiraciones y en este momento me parece que son las mismas voces que oímos los Obispos en Puebla. El que no hayan sido suficientemente oídas en nuestra tierra, es lo que está causando las dificultades graves de la hora presente.

Mientras haya grandes sectores que no logran satisfacer estas legítimas aspiraciones, mientras otros las alcanzan con exceso, los bienes reales del mundo moderno se traducen en fuente de frustraciones crecientes y de trágicas tensiones. El contraste notorio e hiriente de los que nada poseen y los que ostentan opulencia es un obstáculo insuperable para establecer el Reinado de la Paz.

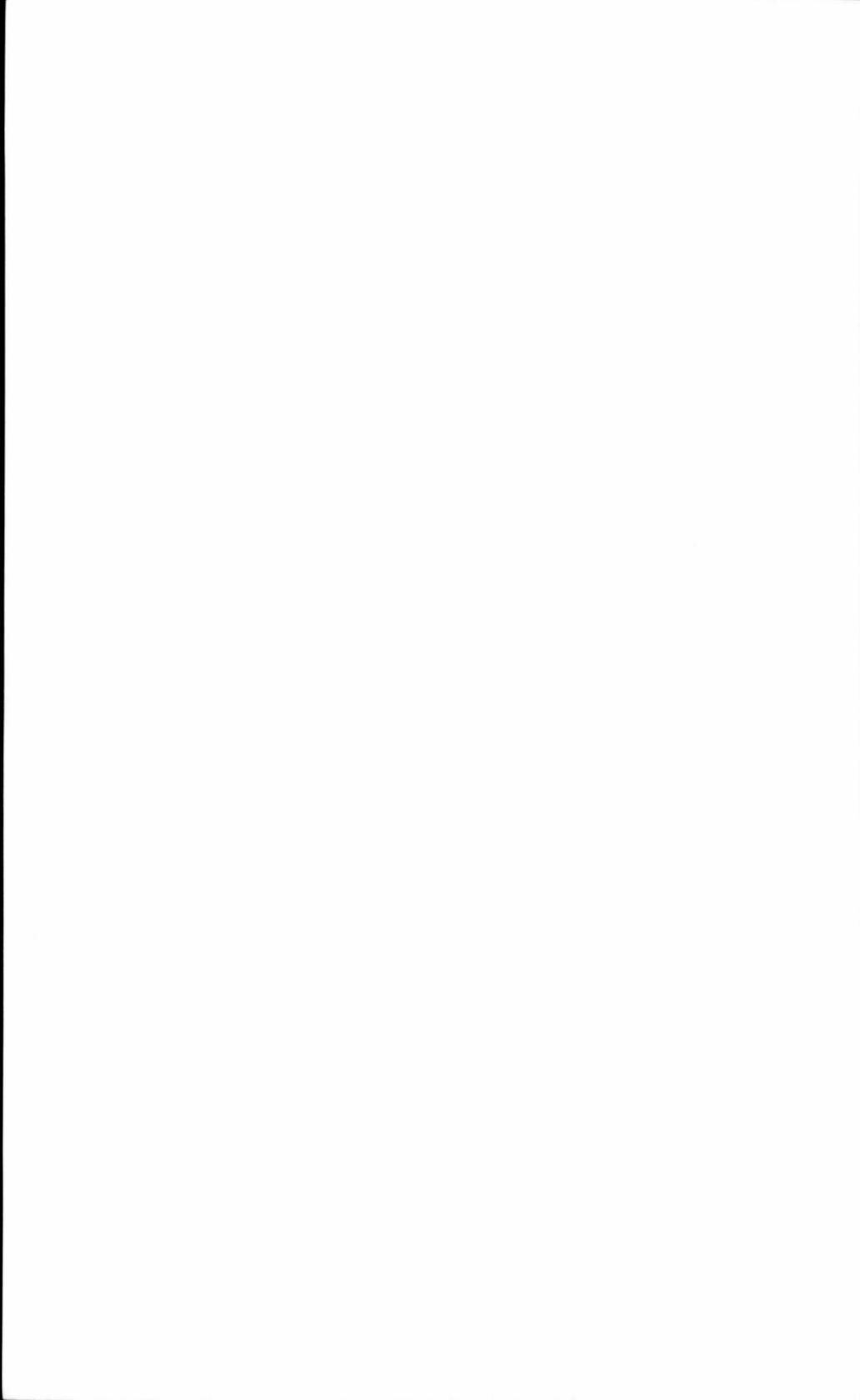
La civilización del amor que predica la Iglesia, que predicamos los Obispos y Sacerdotes, “repudia la violencia, el egoísmo, el derroche, la explotación y los desatinos morales. A primera vista, parece una expresión sin la energía necesaria para enfrentar los graves problemas de nuestra época. Sin embargo, os aseguramos: no existe palabra más fuerte que ella en el diccionario cristiano. Se confunde con la propia fuerza de Cristo. Si no creemos en el amor, tampoco creemos en AQUEL que dice: “Un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn. 15,12).

“...La civilización del amor condena las divisiones absolutas y las murallas psicológicas que separan violentamente a los hombres, a las instituciones y a las comunidades nacionales. Por eso, defiende con ardor la tesis de la integración de América Latina...”. Conviene recordar a nuestros países de América Latina la urgencia y necesidad de conservar e incrementar el patrimonio de la paz... Creemos en el poder del Evangelio. Creemos en la eficacia del valor evangélico de la comunión y de la participación, para generar la creatividad, promover experiencias y nuevos proyectos pastorales. Creemos en la gracia y en el poder del Señor Jesús que penetra la vida y nos impulsa a la conversión y a la solidaridad. Creemos en la esperanza que alimenta y fortalece al hombre en su camino hacia Dios, nuestro Padre. Creemos en la civilización del amor” (Cfr. Doc. Puebla, págs. 51 y 53).

Exhortamos a la Virgen Madre que nos haga comprender cuál es el camino que debemos seguir en esta hora delicada y difícil. Tenemos fe en la comprensión de los hombres que tienen responsabilidades en nuestra tierra, tenemos fe en la comprensión de nuestro pueblo que sabrá buscar los caminos de la paz, de la justicia y de la verdadera libertad.

Felicítamos de todo corazón a todos los que se esfuerzan por lograr hacer que esta convivencia nuestra sea más humana y más cristiana.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ



Nuevamente la Palabra del Cardenal resonó en la Catedral,

CON ESPERANZA

**En el Te Deum Ecuménico
el 18 de septiembre de 1980.**

Hoy como ayer, al celebrar el Día de la patria debemos decir: en una hora difícil para el mundo entero; una hora que marca el fin de una época y el comienzo de otra; una hora en que la Humanidad toda parece gemir en trance de doloroso alumbramiento, nos encontramos reunidos en este Templo, mudo testigo de nuestra historia, para elevar nuestra oración a Dios por Chile y su pueblo, en el día de la Patria.

Hemos venido aquí movidos por la esperanza, es la esperanza cristiana, esperanza del hijo de Dios que confía en la omnipotencia, bondadosa y fiel del Señor de la Historia y Padre de todos los chilenos.

Cristo es la luz de los pueblos. La Iglesia prolongando y continuando la misión de su Señor y fundador, desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura con la claridad de Cristo. Hoy, como al principio de nuestra historia Dios quiere iluminar el quehacer de Chile por medio de su Iglesia.

Desde la alborada del descubrimiento hasta la época de su plena madurez de nación libre y soberana, la Iglesia ha querido ser como el alma de este pueblo, signo animador de su indestructible cohesión, madre de su fe, educadora y centinela de su patrimonio moral, manantial de su esperanza.

Construir sobre la roca que es Cristo

Continuamos abocados a una inmensa y permanente tarea: edificar la patria. No sobre cimientos cualesquiera, sino sobre aquellos –perennes, inmovibles– sobre los que se construye el edificio humano, que Dios nos ha revelado en Jesucristo. “Yo, como buen arquitecto –dice el Apóstol– puse las bases según la capacidad que Dios me ha concedido; otro después ha de levantar el edificio. Que cada uno, sin embargo, se fije cómo construye encima. Porque un cimiento diferente del ya puesto, que es Jesucristo, nadie puede ponerlo” (I Cor. 10-11).

Y al pensar que debemos edificar nuestra patria sobre Cristo, el Señor, la Iglesia recurre al tesoro inagotable del Mensaje de la Palabra de Dios y del Magisterio de sus pastores, para hablarnos al corazón y señalarnos los grandes valores que no podemos olvidar; las verdades que no pasan y que en todos los tiempos la Iglesia ha anunciado en toda la tierra. “Señor, ¿a quién iríamos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna (Jn. 6, 68). ¡Te confesamos, Señor –una vez más– como la roca sólida sobre la cual queremos construir la nación

chilena (Cfr. Mt. 7, 24ss). Isaías, señalando proféticamente al Mesías venidero se expresa: “He aquí mi siervo, a quien yo sostengo, mi elegido, el preferido de mi corazón. He puesto mi Espíritu sobre él. El enseñará el derecho a las naciones. No clamará, no gritará, ni alzaré en las calles su voz. No romperá la caña quebrada ni aplastará la mecha que está por apagarse. Enseñará a las naciones mis juicios sin dejarse quebrar ni aplastar, hasta que reine el derecho en la tierra. Los países lejanos esperarán en él” (Isaías, 41, 1-4).

El ha venido a enseñar el derecho a todas las naciones; nuestro Chile, desde sus albores ha bebido y amado este Mensaje de justicia, de derecho y de libertad, sobre el cual ha querido forjar las características de su nacionalidad. La Iglesia, junto a los hombres de buena voluntad, ha tenido y continuará teniendo el privilegio de defender y predicar la justicia y el derecho, haciéndose eco de la situación y los sentimientos de los pobres y humildes. Así ha entendido su misión universal y quisiera que todos hagan suyo su convencimiento de que, asegurados los derechos de los más humildes, con sagrado respeto, porque son rostro del Señor, se asegura el derecho de todos.

Construir el edificio de la paz.

Sobre la piedra angular, que es Cristo el Señor, se puede construir con confianza y esperanza. Debemos construir sobre ella como nos lo pide el Apóstol, con los mejores materiales, para que

bajo el alero del sólido edificio de la nación chilena sus habitantes encuentren la paz, aquella que los ángeles anunciaron en Belén “a todos los hombres que ama el Señor” (Lc. 2, 14). No sólo debemos construir con los mejores materiales; la casa que edificamos es de piedras vivas. Todos estamos llamados a poner de lo nuestro. Cuando la patria es edificada con la colaboración de todos y así todos pueden llamarla desde el corazón “nuestra patria”, la obra es también amada y cuidada por todos.

El Santo Padre Juan XXIII, de querida memoria, nos exhorta en su Carta Encíclica sobre la Paz en la Tierra, a construirla fielmente, respetando el orden establecido por Dios, para que ella se establezca y se consolide (Cfr. *Pacem in Terris*, N° 1). Los fundamentos indispensables para alcanzar este ideal los señala el Santo Padre en los siguientes términos: “Pero la paz será palabra vacía mientras no se funde sobre el orden, cuyas líneas fundamentales, movidos por una gran esperanza, hemos como esbozado en esta nuestra encíclica: un orden basado en la verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia, sustentado y henchido por la caridad y, finalmente, realizado bajo los auspicios de la libertad” (Cfr. *Pacem in Terris*, N° 167).

“Por esto —dice el Papa— la convivencia civil sólo puede juzgarse ordenada, fructífera y congruente con la dignidad humana si se funda en la verdad. Esto ocurrirá ciertamente, cuando cada cual reconozca, en la debida forma, los derechos que

le son propios y los deberes que tiene para con los demás. Pero, no basta esto solo, porque la sociedad humana se va desarrollando conjuntamente con la libertad, es decir, con sistemas que se ajusten a la dignidad del ciudadano, ya que, siendo éste racional por naturaleza, resulta, por lo mismo responsable de sus acciones” (Pacem in Terris, N° 35).

Hoy, Señor, venimos a pedirte que sepamos dedicar nuestra vida a estos valores perennes, signos de la presencia de tu Reino. Como Pablo, te pedimos aborrecer lo malo y abrazarnos al bien. Te pedimos ser generosos con todos; no desmayar en el difícil trabajo de construir una patria en el Derecho, la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Que estos valores guíen los pasos de nuestros gobernantes en esta delicada y hermosa tarea. Que la esperanza nos mantenga alegres; que seamos fuertes ante las dificultades y que sepamos sacar nuestra fuerza de la oración; que a nadie queramos mal; que la bendición sea la palabra que surja siempre de nuestros labios; que sepamos alegrarnos con los que ríen y, sobre todo, llorar con los que lloran; que busquemos la concordia entre los habitantes de nuestra querida nación, y ser los artífices de la paz, para recibir la bendición de Cristo, el Señor: “Felices los que trabajan para construir la paz porque serán reconocidos como hijos de Dios” (Mt. 5, 10).

Al terminar, elevo mis preces al Señor. La Iglesia, puesta al servicio de los hijos de esta tierra, en nombre de Dios, quiere únicamente ayudar a

construir un nuevo orden social. Le ha preguntado a su Maestro cuál es el fundamento inamovible de ese orden y El le ha respondido: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y toda tu mente. Este es el primero y el más importante de los mandamientos. Pero hay otro semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. Toda la Ley y los Profetas se fundamentan en estos dos mandamientos” (Mt. 22, 37-40). Toda la voluntad del Señor para la felicidad de los hombres se encuentra resumida aquí. El amor es el único camino, el único cimiento de la patria que soñamos. Estamos aquí porque creemos en ella. Salgamos de aquí para crearla. Pero antes oremos. Oremos por Chile y en particular por nuestros gobernantes. Sólo el Señor puede darles esa fe, esa constancia y ese amor, que les permitirán, con la colaboración de todo su pueblo, hacer de Chile un santuario del hombre y una familia de hermanos.

ASÍ SEA

Punta Arenas, 2 de febrero de 1981

DON BOSCO ME HA CONQUISTADO

**Homilía del Sr. Cardenal Raúl Silva
Henríquez, tenida en la Catedral de Punta
Arenas, con motivo de sus BODAS DE ORO
de profesión religiosa, en la Congregación
Salesiana (1931- 2 de febrero - 1981).**

Señores obispos. Mis queridos hermanos salesianos. Queridas hermanas salesianas. Muy queridos amigos:

Yo no esperaba que ustedes se molestaran en esta tarde para acompañarme a rezar esta Misa; es una Misa, más bien, íntima, de familia.

Hace cincuenta años, con uno de los sacerdotes que aquí está, el P. Passone, en este día, en la mañana de este día, en la Casa de Macul, en una pequeña iglesia de campo, hacíamos los primeros votos en la Congregación Salesiana.

Yo había entrado a la congregación por una extraña disposición del Señor. Los caminos del Señor sólo El los conoce y nosotros debemos seguir lo que El quiere de nosotros.

Desde niño, yo había sido un hombre, un muchacho, un niño diré mejor, piadoso; en el colegio, sin que nadie me obligara ni que me lo dijera, yo comulgaba todos los días. Es de advertir que no era mi costumbre; en el colegio, en Santiago, donde estaba interno, sólo dos niños, del centenar de internos, sólo dos, comulgábamos todos los días. Y lo hacíamos con gran devoción, por amor al Señor. Y entre las cosas, o diría yo, entre los propósitos y las gracias que yo le pedía al Señor, era la de que yo hiciera su voluntad, lo que Él quería de mí; tenía miedo de no hacerlo, tenía miedo de serle infiel, tenía miedo de no conocer cuál era su voluntad.

Y, por eso, le pedía con instancia, en la Sagrada Comunión, que me guiara para hacer su voluntad.

Siendo muy niño, en el Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en Talca, había querido ser religioso de esa congregación. Mi padre me dijo: “Mire, usted va a terminar sus estudios de Humanidades, se recibe de bachiller y después, escoja lo que usted quiera”. Pero él me sacó del colegio en que estaba, pensando, no sin razón, que un niño de diez años se deja inducir fácilmente por sus superiores. Queriendo él resguardar mi libertad, me puso en otro colegio de religiosos.

Después pensé que debía seguir la carrera de Leyes..., y empecé a estudiar Leyes. Yo a los salesianos los conocía muy poco; los conocía, porque una pariente de mi padre, doña Mariana Silva de Garcés, era la “mamita” de los salesianos

en Talca, y a toda la familia nos obligó, la obligó, a ser “Cooperadores Salesianos”. Mi padre y mi madre eran “Cooperadores Salesianos”; yo sabía de esto. A mi casa llegaba el Boletín Salesiano y una hojita, el Semanario de María Auxiliadora, que editaba el Padre Juan Zin. Yo ni sabía quién lo editaba; pero tenía un cuento muy bonito, que era la “Vida de Don Bosco para niños”, y yo la leía... Esas eran mis relaciones con los salesianos.

Más tarde, supe que María Auxiliadora, la devoción a la Virgen María Auxiliadora, le había salvado la vida a mi padre... En la Revolución del 91 (hace años de esto, ¿no?) mi padre era revolucionario, y había tomado parte activa; cuando el Ejército Revolucionario bajaba del Norte y desembarcaba en Concón, él quiso tomar parte activa... Lo descubrieron y lo condenaron a muerte; él, entonces, se fue a un fundo que tenía la familia en San Clemente, y desde allá volvía a Talca, creyendo que no se habían dado cuenta. Mi madre, que había sabido que estaba condenado a muerte si lo pillaban, salió en un coche, encomendándose con todo fervor a la Virgen María Auxiliadora, para poder salvar a mi padre. Lo encontró por el camino, le dijo que lo estaban buscando para fusilarlo, y entonces mi padre volvió atrás, y por la cordillera pasó a la Argentina, a esperar el resultado de la guerra que estaba definiéndose en esos momentos.

Si la Virgen no salva a este hombre, yo no habría nacido, porque en ese momento mi familia consistía solamente en dos de mis hermanos: uno,

Eugenio, murió joven, y la otra, Marina, está viva, y lleva el nombre de “Marina”, porque nació el año 1891. Así que la Virgen tenía un crédito con esta familia, la Virgen “Auxiliadora”, y lo cobró..., y cobró un hijo.

Cuando mis padres supieron (yo estaba estudiando el Cuarto Año de Leyes) que pensaba irme a los salesianos, algunas personas de la familia o de las amistades les dijeron que no era posible que yo entrara a los salesianos, una congregación tan humilde, de personas desconocidas..., “¿cómo va a entrar tu hijo ahí...?”

Mi padre me escribió una carta, diciendo: “ mire, haga lo que usted crea. Nosotros no tenemos ningún reparo en que usted entre a los salesianos; por el contrario, lo único que le pedimos es que piense bien lo que va a hacer y que sea definitiva su elección, para que no mate de pena a sus viejos padres...”

Entonces entré a los salesianos como aspirante..., a conocerlos...

Un pequeño preámbulo: yo había querido entrar a la Compañía de Jesús. Cuando me di cuenta, estudiando Leyes, de que el Señor quería que yo fuera sacerdote, había querido entrar a la Compañía de Jesús, porque... mis hermanos, mi padre y algunos de sus hermanos se habían educado en los colegios de la Compañía y tenían una gran estimación por la Compañía de Jesús; porque mis confesores estaban en los Padres de San Ignacio, y entonces, para consultar con mi

confesor sobre la vocación, le pedí: “Padre, yo quiero conversar con usted sobre esto...”; me dijo: “Ven, ven esta tarde”.

Yo fui al Colegio de San Ignacio en Santiago, a hablar con este padre, y lo encontré que estaba afeitándose y me dijo: “Mira, Raúl, no puedo, porque... me llama el Señor Nuncio, pero... ven, ven mañana en la noche, después de comer. Te espero...”

¡Bueno! Fui. Encontré el colegio cerrado..., una puerta inmensa, no había timbre ni campana donde clamar; golpeé... (ridículo); la portería estaba a cincuenta metros por lo menos de la primera pieza de un Padre. No..., no me oyó nadie... Yo dije: “No, no está de Dios que me oigan... Estaba con estas dudas cuando un compañero de Leyes me dijo: “¿Por qué no vas a hablar con los salesianos...?, con el padre Valentín Panzarasa... (el nombrecito que se gastaba...); Entonces le dije: “Pero, ¿quién es ese Padre? “Ah, me dijo, es un Padre muy bueno, es muy inteligente, profesor de la Universidad, es un hombre muy bueno, es mi confesor...” “Bueno, llévame...” y fuimos al Patrocinio de San José en el mes de diciembre de 1926.

Y nos encontramos con un Padre que estaba en el jardín leyendo una revista de Filosofía; y entonces mi compañero le dijo: “Padre, le presento a mi compañero Raúl Silva. Él quisiera, si usted lo tiene a bien, presentarle sus dificultades y sus dudas... No sé si usted pueda recibirlo...”

“¡Cómo no...!—dijo el Padre—, ahora mismo... “Y entramos en plática con este caballero, con este Padre.... un hombre extraordinario, de gran bondad, de gran espiritualidad, de profunda espiritualidad; un hombre de “cáscara” un poco dura, de apariencia dura, pero de gran corazón. Nos hicimos grandes amigos. Yo lo entendí perfectamente; él me entendió a mí, y yo le dije: “Mire, yo quería hacerme jesuita...” “Ah, me dijo, con todo gusto... Acabo de mandar de este colegio a dos de mis exalumnos que han querido hacerse jesuitas”.

Entonces le dije: “Mire, Padre, esperemos un poco... Quiero hacer lo que el Señor quiera, y me he encontrado con una dificultad tan grande para llegar a los jesuitas... y con ustedes me he encontrado con una facilidad tan enorme. Déjeme conocer un poco quién es Don Bosco, quiénes son los salesianos; deme unos libros (me dio unos libros de Don Bosco...)

Me fui a las vacaciones después de pasar al Cuarto Año de Leyes...; me fui a las vacaciones y empecé a leer algo sobre la Congregación Salesiana. De vuelta de vacaciones, le dije: “Mire, Padre, yo creo que el Señor me llama a ser salesiano... Don Bosco me ha conquistado: un hombre moderno, un hombre amante de Dios, amante de su patria, amante de los pobres..., un hombre que no trepidaba ante ninguna dificultad; un hombre lleno de fe, con una caridad infinita, un hombre de Dios, al parecer, sin que nadie se diera cuenta... Me gusta Don Bosco..., ¿qué hay que hacer?”

“Mire, me dijo, para poder entrar a la Congregación Salesiana hay que vivir con los salesianos, porque los que no son alumnos de la congregación no pueden entrar al noviciado sin pasar un tiempo viviendo en ella”.

“Y, ¿cómo puedo solucionar esto?”

“Muy fácil, me dijo: véngase usted a vivir aquí, es pensionista nuestro, va a la Universidad, termina sus estudios, y entonces usted nos conoce mejor, nosotros lo conocemos mejor a usted... , y decide la cosa”. Y así lo hice.

El año 29 yo me recibí de abogado a fines de año, y había vivido desde mediados del 27, todo el año 28 y año 29 con los salesianos... Conocí su vida, conocí las personas que eran; me encontré bien, creí que el Señor me llamaba a esto, y entonces hice la solicitud de entrar al noviciado. Me admitieron: empezamos el noviciado el año 30, el día 28 de enero, que era, entonces, el día de San Juan Crisóstomo, un gran santo, y al día siguiente, el día de San Francisco de Sales. Empezamos el noviciado (un noviciado bastante numeroso). Había un grupo de jóvenes que venían de Italia y otro grupo de jóvenes chilenos entre los cuales éramos dos abogados, porque otro compañero mío también entró a conocer al Padre Valentín; también él tenía la inquietud del sacerdocio y entró a la congregación. Se llama el Padre Alberto Muñoz.

Y..., aquí comienza mi vida salesiana. Al año siguiente hicimos los votos. En realidad tengo cincuenta y un años de vida salesiana: pero

después de treinta años de vida salesiana, el Santo Padre me “jubiló” como salesiano..., al menos por el momento, y me nombró Obispo de Valparaíso, en 1959. Fui nombrado, fui “consagrado”, como decíamos entonces, u “ordenado” Obispo, como decimos hoy, el 29 de noviembre de 1959. Y comenzó una vida totalmente diversa. Después de un año y medio, un buen día, la Virgen Auxiliadora se atraviesa en mi camino de nuevo. Ella se nota que tiene cierto dominio, cierto derecho sobre esta pobre persona, porque el día 23 de mayo del año 61, el Señor Nuncio me llama por teléfono desde Santiago a Valparaíso, y me dice: “Felicidades (“auguri” me dijo en italiano)... felicidades Señor Obispo. Mañana, día de María Auxiliadora, en L’Osservatore Romano aparece su nombramiento como Arzobispo de Santiago...”

¡Que Dios lo perdone, Señor Nuncio...! le dije. Y en ese momento cayó sobre mis hombros la Cruz ciertamente más pesada que he recibido. Han pasado tantas vicisitudes... Sería largo contarlas.

Pero Don Bosco me había enseñado varias cosas interesantes. La primera, a confiar siempre en Dios. ¿Qué irá a ser de mí?, ¿qué me irá a pasar?; ¿cómo voy a ir a Santiago?, ¿cuántas luchas me esperan? No lo sé. Si Dios me llama, El pensará por mí...; he de confiar en el Señor...; Dios me ayudará. Y la Virgen Santa, bajo cuyo patrocinio yo empezaba esta nueva etapa de mi vida, ciertamente no se olvidará de mí.

Segunda cosa que me enseñó Don Bosco: el amor a los pobres y a los niños, un amor profundo, un

amor que desea ardientemente trabajar por ellos, ganarlos a ellos, hacerlos felices, que realmente se realicen como hombres y que puedan llegar un día a la Patria del Padre. Dedicarme a ellos con el tesón, con la generosidad, con la confianza, con el sacrificio con que lo hacía Don Bosco, fue para mí un bello ideal.

Me enseñó también, otra cosa importante: amar al terruño, la patria, donde uno ha nacido, pero desprendiéndose de los entusiasmos o de las pasiones; no amar con la pasión, con la violencia, en forma irracional; hacer que en la vida de uno predomine la razón..., la razón. El valor que le da Don Bosco a la razón, en su sistema, es extraordinario; y el Padre que era mi confesor y mi director espiritual, me hizo ver que Dios le daba al hombre la razón para guiarlo, y el negarse a oír la voz de la razón, era negar el camino que el Señor le señala al hombre, que debía ser yo un hombre de razón y no de pasiones, que debía dominar las pasiones... Eso lo aprendí de Don Bosco y del santo sacerdote que me guiaba; me parecía muy difícil. Uno cree que la religión es cuestión de sentimiento, y ahora aprendí que la religión es cuestión de razón... que el corazón debe seguir a la razón y no al revés. Esto fue como cambiarme totalmente... y por eso... cuando uno ve (así me lo enseñaron), cuando uno ve lo que debe hacer, con serena tranquilidad debe hacerlo, pase lo que pase, siempre que sea viable...

Pero Don Bosco, a su vez, me enseñó otra cosa: no siempre se puede obtener lo que uno debiera

hacer, y en el camino de la evangelización no siempre se puede conseguir, a primera vista, en el primer momento, diré mejor, lo que uno debe alcanzar, y entonces Don Bosco decía: “Bueno, si hay una piedra inmensa en el camino, yo la rodeo... y sigo adelante (...) y si el diablo se pone adelante, yo soy capaz de sacarme el sombrero, darle un gran saludo, con tal de que me deje pasar a salvar un alma.

Es una cosa bastante extraña, en la cual yo no había reparado; y al ver la vida de Don Bosco durante las guerras de la Unificación Italiana, cómo él, a pesar de ser el amante enfervorizado de la Iglesia y del Papado, supo ganarse la amistad de los hombres políticos de la época, que confiaban en él, y pudo resolver un problema enorme, el problema de la elección de los obispos en las diócesis italianas después del 70. Había una cantidad inmensa de diócesis sin Obispo y las relaciones con la Santa Sede estaban rotas. Don Bosco fue el intermediario y consiguió esto...

Bueno, no sigo más porque ya me he alargado demasiado... Sólo les pido a ustedes una cosa: recen por este salesiano; en cincuenta años, vosotros podéis creer que ha cometido muchas faltas..., recen por él...; que el Señor y que la Virgen Santa no se hayan arrepentido de haberme escogido para ser salesiano..., para ser su Obispo, su Representante, su Vicario..., para ser Arzobispo y Cardenal de la Santa Iglesia.

Gracias a ustedes, gracias a Dios y digan una oración por este pobre salesiano.

Concedida a la Agencia ANSA.

12 de abril de 1981.

ENTREVISTA POLÉMICA

En Punta de Tralca, el periodista italiano Ricardo Benozzo, de la Agencia ANSA, entrevistó al Cardenal Raúl Silva Henríquez. El reportaje fue difundido ampliamente en la prensa chilena. El siguiente es su texto:

“Ningún totalitarismo es un modelo de vida cristiano; para el bien del pueblo, para el bien de la nación, existe un solo camino: el del respeto de todos los derechos y el de la justicia social.”

Así lo afirmó el Cardenal de Chile, Monseñor Raúl Silva Henríquez, en una entrevista concedida a la Agencia ANSA, hace algunos días, en este pequeño pueblo (Punta de Tralca), ubicado a 120 kilómetros de Santiago, donde el Cardenal, cuando puede, pasa sus fines de semana.

“He pasado a través de regímenes muy distintos - recordó el “señor Cardenal”, como se lo llama afectuosamente en Chile: el gobierno liberal del señor Jorge Alessandri, el democristiano del señor Eduardo Frei, el de preparación de la dictadura del proletariado del señor Salvador Allende y el gobierno de los militares”.

“Cuesta más entenderse con los regímenes totalitarios que con un gobierno democrático. En estos últimos se puede estar o no de acuerdo, pero no existe ningún peligro, no se deviene enemigo personal porque se disiente con lo que afirma el gobierno”.

“Para un chileno que ha vivido toda su vida en democracia, un régimen totalitario es el más difícil, pero de cualquier manera debemos hacer todos los sacrificios para entendernos”.

-Pero, ¿por qué se ha llegado a un régimen militar en Chile?

-Nadie creía que la lucha contra una dictadura, la del proletariado, terminaría con un régimen dictatorial de signo completamente opuesto... El hecho es que aquí no teníamos una democracia anglosajona; las relaciones entre los partidos han sido muy violentas. Se ha buscado aniquilar de cualquier modo al que llegara al poder, y esto ha llevado a destruir la imagen de los partidos entre los militares. Otra gente ha pensado en avivar el fuego, y al fin los militares tomaron el poder, creyendo que podrían imponer un régimen que llevara a Chile a un pleno desarrollo. Es cierto que para ellos es más fácil comandar que pedir consenso o dialogar.

Hay regímenes que creen que se puede gobernar a un pueblo solamente sobre la base de la violencia. Y es difícil que la violencia no se

extienda. La injusticia institucionalizada, como la Iglesia latinoamericana lo ha dicho en Puebla, es la más desastrosa. Pero la Iglesia continuará luchando. No perderemos nuestra paz, nuestra tranquilidad; no interrumpiremos nuestra obra, con el objeto de que la sociedad un día comprenda que el verdadero camino de la paz es el camino del Evangelio.

-Existen gobernantes autoritarios que afirman defender valores "occidentales y cristianos" con su obra de gobierno.

-No. Ningún totalitarismo puede ser un modelo de vida cristiano. Dicen que son cristianos, pero no creemos que lo sean.

-El gobierno militar chileno ha cambiado profundamente la situación económica del país.

-Para nosotros, obispos, no se trata de una situación justa, porque se va hacia la creación de grandes capitales y el pueblo debe pagar los costos. Creemos que no se puede sacrificar a una generación para llegar a una liberalización total del sector económico. En Chile las diferencias entre ricos y pobres son cada día mayores y ésta no será una solución para el problema social.

-¿La Iglesia ha influido sobre el régimen militar?

-Algunas cosas hemos obtenido... Pero especialmente gracias a las presiones de las

circunstancias, no por convicción. No conseguimos convencer que es inmensamente mejor un régimen de respeto a todos los derechos que un régimen autoritario. No lo hemos conseguido. Vemos que el camino de la violencia nos puede llevar a un desastre. Lo decimos y no nos creen.

-¿Puede trazar una imagen de la Iglesia chilena?

-Es una Iglesia muy viva, una Iglesia evangelizadora, una Iglesia misionera. En ella existen muchas acciones, incluso divergentes. La Vicaría de la Solidaridad es la expresión de nuestro amor hacia los perseguidos, hacia los pobres, de nuestro deseo de que se respeten los derechos de todos los hombres. Hemos ayudado a muchas personas, hemos salvado muchas vidas en esta lucha tan violenta que es la revolución, porque las luchas entre hermanos son las más violentas.

-¿Existen divergencias?

-Claro, pero no sobre temas fundamentales, como la acción preferencial por los pobres, la libertad, el respeto del hombre. Quizá nuestra mayor divergencia, entre los obispos, es la relativa a la actitud ante el comunismo -esta especie de herejía cristiana-, muchas de cuyas tesis pueden ser suscritas por un cristiano, mientras otras son paganas, ateas.

“Algunos obispos creen eficaz la acción de los militares chilenos contra el comunismo, pero para la mayoría son justamente este régimen y la estructura social que se está creando, las que preparan el advenimiento del comunismo. No se derrota al comunismo si no es con la realización de una justicia social plena y total.”

-¿El Papa sigue de cerca los acontecimientos chilenos?

-Sí, el Papa conoce a Chile. Ha conversado muchas veces conmigo y me hace siempre preguntas muy claras sobre lo que está sucediendo y sus juicios son muy similares a los míos. Me siento verdaderamente interpretado por el Papa, y para un Obispo es un gran apoyo saber que el Papa aprueba y está de acuerdo con lo que hace.

-Juan Pablo II está llevando a cabo una mediación entre Chile y la Argentina por el pleito en la zona del Canal del Beagle...

-Creo que la Iglesia chilena y la argentina han influido de manera determinante para que se recurriese a la Mediación. Creemos que entre los dos pueblos no existe ninguna dificultad, ningún problema. Pero que los gobernantes puedan entenderse es otra cosa, aunque esperamos que pueda ocurrir.

-La Iglesia y el pueblo de Chile...

-El pueblo se ha dado cuenta de que la Iglesia es una institución que lo defiende al precio de graves sacrificios y así ha nacido una relación muy íntima. Se han olvidado viejos prejuicios. Pero nosotros deseamos que, apenas sea posible, esta situación termine; que el pueblo tenga medios y maneras de expresarse por sí solo, para defenderse en libertad.

-*¿Y el futuro de Chile?* (El Cardenal sonrío.)

-No sé. Espero que sea bueno, me temo que pueda ser malo.

La entrevista ha terminado.

Homilía pronunciada
el 1° de mayo de 1981,
a meses de dejar de ser Arzobispo de
Santiago.

HOY NO QUIERO HABLAR YO: ESCUCHEMOS AL SANTO PADRE

MUY QUERIDOS HIJOS:

Dentro de pocos días, el primero de mayo, los obreros del mundo entero celebrarán su Fiesta. Nosotros, nos reunimos hoy en el salón de la Vicaría de Pastoral Obrera, para celebrar también en esta oportunidad la Fiesta de San José Obrero. Es decir, que en una misma fecha los trabajadores del mundo celebran el recuerdo de sus mártires; de sus héroes y de sus triunfos. En este día, pues, los hombres de trabajo recuerdan los acontecimientos del pasado, y el sacrificio de los hombres que han contribuido a obtener el reconocimiento de sus derechos. La Iglesia se asocia a esta Fiesta celebrando al obrero que fuera el padre adoptivo de Jesús y a quien estuviera confiada la salvaguarda y el honor de la Sagrada Familia.

Por circunstancias que conocemos, no quiero hablar yo. Hoy quiero recordar a todos los hombres de buena voluntad de nuestra tierra cuáles son los principios morales y religiosos que la Iglesia aplica a la conducta humana, tanto en el campo social, como en el político. Lo haré citando literalmente el Magisterio del Sumo Pontífice y de la Iglesia. Así se verá la plena coincidencia del pensamiento del Papa y de la enseñanza social de la Iglesia con el pensamiento del Arzobispo de Santiago y con la doctrina que él enseña.

¿Por qué la Iglesia interviene en las cuestiones del trabajo? El Santo Padre contesta a esta pregunta afirmando las razones religiosas y espirituales de la íntima unión del trabajo y del Evangelio:

“...Todos, en efecto, sabemos que en el trabajo del hombre está profundamente grabado el misterio de la cruz, la ley de la cruz. ¿No se verifican tal vez en ella las palabras del Creador pronunciadas después de la caída del hombre: ‘con el sudor de tu rostro comerás el pan’ (Gen. 3,19).

Tanto el antiguo trabajo en el campo que hace nacer el trigo, pero también espinas y cardos, como el nuevo trabajo en los altos hornos y en las nuevas fundiciones, siempre se efectúa ‘con el sudor de la frente’. La Ley de la cruz está inscrita en el trabajo humano.

Con el sudor de la frente ha trabajado el labrador. Con el sudor de la frente trabaja el obrero en la industria. Y con el sudor de la frente (con el tremendo sudor de la muerte) agoniza Cristo en la cruz”.

“No se puede disociar la cruz del trabajo humano. No se puede separar a Cristo del trabajo humano... El cristianismo y la Iglesia no tienen miedo del mundo del trabajo. No tienen miedo del sistema basado en el trabajo. El Papa no tiene miedo a los hombres de trabajo. Los ha sentido siempre muy cerca de él. A través de todos los ambientes, a través de las experiencias personales de trabajo —me permito decir— el Papa ha aprendido nuevamente el Evangelio. Se ha dado cuenta y se ha convencido de cuán profundamente está grabada en el Evangelio la problemática contemporánea del trabajo humano. De cómo es imposible resolverla a fondo sin el Evangelio” (Juan Pablo II. Homilía a los obreros de Nowa Huta, Polonia, N° 2).

“La Iglesia, cuando proclama el Evangelio, procura también lograr, sin por ello abandonar su papel específico de evangelización, que todos los aspectos de la vida social, en los que se manifiesta la injusticia, sufran una transformación para la justicia. El bien común de la sociedad requiere como exigencia fundamental, que la sociedad sea justa. La persistencia de la injusticia, la falta de justicia, amenaza la existencia de la sociedad

desde dentro, así como todo cuanto atenta contra su soberanía o procura imponerle ideologías y modelos, todo chantaje económico y político, toda fuerza de las armas puede amenazarla desde fuera” (Juan Pablo II, discurso a los Obreros en el Estadio de Morumbi, Brasil, N° 3).

Instrumentalizar el trabajo y el trabajador por razones económicas de otros no es compatible con la doctrina de la Iglesia. El Santo Padre lo afirma en hermosas frases:

“...Cristo no aprobará jamás que el hombre sea considerado —o se considere a sí mismo— únicamente como instrumento de producción, que sea apreciado, estimado y valorado según este principio. ¡Cristo no lo aprobará jamás! Por esto se dejó clavar en la cruz, como sobre el gran umbral de la historia espiritual del hombre, para oponerse a cualquier degradación mediante el trabajo. Cristo permanece ante nuestros ojos en su cruz, para que todo hombre sea consciente de la fuerza que él ha dado: “Dioles poder de venir a ser hijos de Dios” (Jn 1,12). De esto debe acordarse tanto el trabajador como el patrón, el sistema de trabajo y el de la retribución lo deben acordar el Estado, la nación y la Iglesia” (Juan Pablo II. Homilía a los obreros de Nowa Huta, Polonia, N° 2).

“...(Debemos tener) la convicción de que Dios está con nosotros. ¡Dios nos visita! ¡El Reino de Dios

está en medio de nosotros! Aquí está la fuente inagotable de nuestra alegría; saber que Dios nos ama y nos reconoce, saber que estamos libres del pecado, que hemos sido elevados a la dignidad insuperable de hijos de Dios, ricos de fe, de esperanza y de amor, que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones” (Juan Pablo II, Discurso a los obreros en el Estadio de Morumbi, Brasil, N° 2).

El deber de los cristianos para construir una sociedad justa y la tarea de la Iglesia de servir a la sociedad en esta noble empresa, hacen decir al Sumo Pontífice:

“Los cristianos tienen el derecho y el deber de contribuir en la medida de sus capacidades para la construcción de la sociedad. Y lo hacen a través de los cuadros asociativos e institucionales que la sociedad libre elabora con la participación de todos. La Iglesia como tal no puede administrar la sociedad, ni ocupar el lugar de los legítimos órganos de deliberación y de acción. Sólo pretende servir a todos aquellos que, a cualquier nivel, asumen las responsabilidades del bien común. Su servicio es esencialmente de índole ética y religiosa. Pero para garantizar ese servicio, de acuerdo con su misión, la Iglesia exige con todo derecho un espacio de libertad indispensable y procura mantener su acción específicamente religiosa.

Y así, todas las comunidades de cristianos, tanto las comunidades de base, como las parroquiales,

las diocesanas o cualquier comunidad nacional de la Iglesia, deben dar su contribución específica para la construcción de la sociedad justa. Todas las preocupaciones del hombre deben ser tomadas en consideración, pues la evangelización, razón de ser de toda comunidad eclesial, no sería completa si no se tuviesen en cuenta las relaciones que existen entre el Mensaje del Evangelio y la vida personal y social del hombre, entre el mandamiento del amor al prójimo que sufre y pasa necesidades y las situaciones concretas de injusticia que hay que combatir y de la justicia y de la paz que hay que instaurar” (Juan Pablo II, Discurso a los obreros en el Estadio de Morumbi, Brasil N° 8 y 9).

La Doctrina Social de la Iglesia tiene un valor insustituible y es una exigencia legítima; la tarea de aplicarla es delicadísima, pero la solución de los grandes problemas laborales no se puede esperar del espontáneo desarrollo de la economía:

“Es de justicia que las condiciones de trabajo sean lo más dignas posible, que se perfeccione la previsión social para permitir a todos, sobre la base de una creciente solidaridad, afrontar los riesgos, las dificultades y las cargas sociales. Ajustar el salario, en sus modalidades diversas y complementarias, hasta el punto de que se pueda decir que el trabajador participa real y equitativamente en la riqueza para cuya creación él contribuyó solidariamente en la empresa, en la profesión y en la economía nacional, es una

exigencia legítima. Sobre todos estos puntos, la Iglesia, principalmente a partir de la primera gran Encíclica Social, la *Rerum Novarum*, no ha dejado de desarrollar una enseñanza muy provechosa. Invito a todos, trabajadores y responsables políticos, profesionales y sindicales, a prestar renovada atención a esas enseñanzas. Nadie va a encontrar esclarecimiento y estímulos para la propia reflexión y práctica. La tarea es delicada y este conjunto completo de problemas en que todos los factores —empleo, inversión, salario— se enlazan unos con otros, no se ha de regular ni con la demagogia, ni mediante sortilegios ideológicos, ni con un cientifismo frío y teórico que, al contrario del verdadero espíritu científico, dejase para un futuro incierto la rectificación de sus presupuestos. Vuelvo a afirmar aquí lo que ya declaré a propósito del empleo: esperar que la solución de los problemas del salario, de la previsión social y de las condiciones de trabajo brote de una especie de extensión automática de un orden económico no es realista, y por tanto, es inadmisibile. La economía sólo será viable si es humana para el hombre y por el hombre” (Juan Pablo II, Discurso a los obreros en el Estadio de Morumbi, Brasil, N° 6).

Ante las dificultades que impiden a los países de América Latina llegar a una participación cada vez más efectiva, nunca pueden justificar ni aun en casos de situaciones de excepción, un ataque contra los derechos humanos:

“Incluso las situaciones excepcionales que pudieran surgir a veces, nunca se puede justificar la violación de la dignidad fundamental de la persona humana o de los derechos básicos que salvaguardan esta dignidad. El legítimo interés por la seguridad de una nación, exigido por el bien común, podría llevar a la tentación de someter al Estado al ser humano, al igual que su dignidad y sus derechos. Cualquier conflicto que surja entre las exigencias de la seguridad y de los derechos fundamentales de los ciudadanos debe ser resuelto de acuerdo con el principio fundamental —defendido siempre por la Iglesia— de que una organización social existe sólo para el servicio del hombre y para la protección de su dignidad, y que no puede pretender servir al bien común cuando los derechos humanos no quedan salvaguardados. El pueblo tendrá fe en la salvaguarda de su seguridad y en la promoción de su bienestar sólo en la medida en que se sienta verdaderamente partícipe y apoyado en su auténtica humanidad” (Juan Pablo II, Mensaje al Presidente y Nación Filipina, N° 6).

Una actitud contraria a este respecto cesa en el mismo momento de ser cristiana y es gravemente escandalosa:

“Aunque tales dificultades y experiencias pueden exigir a veces medidas excepcionales y un cierto período de maduración en la preparación de nuevos avances en la distribución de responsabilidades, nunca jamás justifican un

ataque a la dignidad inviolable de la persona humana y a los derechos auténticos que protegen su dignidad. Si ciertas ideologías y ciertas formas de interpretar la legítima preocupación por la seguridad nacional dieran como resultado el subyugar al Estado al hombre y sus derechos y dignidad, cesarían, en la misma medida, de ser humanas y sería imposible compaginarlas con un contenido cristiano sin un gran escándalo. En el pensamiento de la Iglesia es un principio fundamental que la organización social ha de estar al servicio del hombre y no viceversa. Esto es válido también para los más altos niveles de la sociedad, donde se ejerce el poder de coerción y donde los abusos, cuando los hay, son particularmente serios. Además, una seguridad en la que los pueblos ya no se sienten implicados, porque no los protege en su verdadera humanidad, es solamente una farsa; a medida que se va haciendo cada vez más rígida mostrará síntomas de crecientes debilidades y de una ruina inminente” (Juan Pablo II. Heraldo de la Paz”, discurso a la OEA, pág. 404, N° 4).

Hay que reaccionar ante una economía materialista y depravada y se debe llegar a una economía humana. Para el hombre, este es el deber ineludible del cristianismo:

“Muchas veces la lógica económica exclusivista, e incluso depravada por un materialismo burdo, invadió todos los campos de la existencia, comprometiendo el ambiente, amenazando las

familias y destruyendo todo el respeto por la persona humana. Las fábricas lanzan sus detritus, deforman y contaminan el ambiente, hacen el aire irrespirable. Oleadas de emigrantes se amontonan en edificios viejos indignos, donde muchos pierden la esperanza y acaban en la miseria. Los niños, los jóvenes, los adolescentes, no encuentran espacios vitales para desarrollar plenamente sus energías físicas y espirituales, muchas veces limitados en ambientes malsanos, o errantes por las calles, donde se intensifica la circulación entre los edificios de cemento y el anonimato de la multitud que se desgasta sin jamás conocerse. Al lado de los barrios donde se vive con todo confort moderno, existen otros donde faltan las cosas más elementales y algunos suburbios van creciendo desordenadamente. Muchas veces el desarrollo se convierte en una versión gigantesca de la parábola del rico y de Lázaro. La proximidad entre el lujo y la miseria acentúa el sentimiento de frustración de los desafortunados. De ahí que se imponga una pregunta fundamental: ¿Cómo transformar la ciudad en una ciudad verdaderamente humana, en su ambiente natural, en sus construcciones, y en sus instituciones?” (Juan Pablo II, Discurso a los obreros en el Estadio de Morumbi, Brasil, N° 8).

“Una condición esencial es la de dar a la economía un sentido y una lógica humana. Vale aquí lo que dije respecto al trabajo. Es preciso liberar a los diversos campos de la existencia del dominio de un economicismo avasallador. Es preciso poner las exigencias económicas en su debido lugar y

crear un tejido social multiforme, que impida la masificación. Nadie está dispensado de colaborar en esa tarea. Todos pueden hacer algo en sí mismo, en su derredor. ¿No es verdad que los barrios más desatendidos son muchas veces el lugar donde la solidaridad suscita gestos de mayor desprendimiento y generosidad? Cristianos como sois, en cualquier lugar que os halléis, debéis asumir vuestra parte de responsabilidad en este inmenso esfuerzo por la reestructuración humana de la ciudad. La fe hace de esto un deber. Fe y experiencia, juntas, darán a veces luchas y energías para caminar”.

La Iglesia proclama la primacía del hombre por su carácter de Hijo de Dios. La Iglesia proclama como su deber fundamental la defensa de los derechos humanos cuya enumeración hecha por las Naciones Unidas, el Papa canoniza y hace suya:

“¡El hombre! El hombre es el criterio decisivo que ordena y dirige todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre —palabras como justicia, paz, desarrollo, solidaridad, derechos humanos— quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria. De este modo, pueden usar su poder para movilizar y atraer. Lo recobran solamente si el respeto por la persona humana y el empeño a favor de la misma son puestos de

nuevo explícitamente en el centro de todas las consideraciones. Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana. Es esta persona humana la que la fe nos hace reconocer como creada a imagen de Dios y destinada a una meta eterna. Es esta persona la que se encuentra frecuentemente amenazada y hambrienta, sin vivienda y trabajo decentes, sin acceso al patrimonio cultural de su pueblo o de la humanidad y sin voz para hacer oír sus angustias. A la gran causa del pleno desarrollo en la solidaridad deben dar nueva vida aquellos que en uno u otro grado gozan estos bienes, para el servicio de todos aquellos —y son todavía tantos en vuestro continente— que están privados de ellos en medida a veces dramáticas” (Juan Pablo II. Discurso en la OEA, N° 5).

“Cuando la técnica, en su progreso unilateral, era aplicada a fines bélicos, de hegemonías y de conquistas para que el hombre matara al hombre y una nación destruyera a la otra privándola de la libertad y del derecho de existir —y tengo siempre ante mi mente la imagen de la Segunda Guerra Mundial en Europa iniciada hace cuarenta años el 16 de septiembre de 1939, con la invasión a Polonia y terminada el 9 de mayo de 1945— precisamente entonces surgió la Organización de las Naciones Unidas. Y tres años después el documento que —como he dicho— hay que

considerar como una piedra miliar en el camino del progreso moral de la humanidad: la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Gobiernos y Estados del mundo entero comprendieron que, si no quieren enfrentarse y destruirse recíprocamente, deben unirse. El camino real, el camino fundamental que lleva a éstos pasa a través de cada hombre, a través de la definición, el reconocimiento y el respeto de los derechos inalienables de las personas, de las comunidades de los pueblos” (Juan Pablo II, Discurso a la ONU, pág. 170-71).

“Séame permitido enumerar entre los más importantes de los derechos humanos que son universalmente reconocidos: el derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de la persona; el derecho a los alimentos, al vestido, a la vivienda, a la salud, al descanso y al ocio; el derecho a la libertad de expresión, a la educación y a la cultura; el derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión y el derecho a manifestar su propia religión, individualmente o en común, tanto en privado como en público; el derecho a elegir estado de vida, a fundar una familia y a gozar de todas las condiciones necesarias para la vida familiar; el derecho a la propiedad y al trabajo, a condiciones equitativas de trabajo y a un salario justo; el derecho de reunión y de asociación, el derecho a la libertad de movimiento y a la emigración interna y externa; el derecho a la nacionalidad y a la residencia; el derecho a la participación política y el derecho a participar en

la libre elección del sistema político del pueblo a que se pertenece. El conjunto de los derechos del hombre corresponde a la sustancia de la dignidad del ser humano, entendido integralmente y no reducido a una sola dimensión; se refieren a la satisfacción de las necesidades esenciales del hombre, al ejercicio de sus libertades, a sus relaciones con otras personas; pero se refieren también siempre y dondequiera que sea, al hombre, a su plena dimensión humana” (Juan Pablo II. “Heraldo de la Paz” Discurso a la ONU, pág. 179-80, N° 13).

“Es muy importante que todos los protagonistas de la vida económica tengan la posibilidad afectiva de participar libre y activamente en la elaboración y control de las decisiones que le afectan en todos los niveles. Ya el Papa León XIII en la “Rerum Novarum” afirmó claramente el derecho de los trabajadores a reunirse en asociaciones libres, con la finalidad de hacer oír su voz, de defender sus intereses y de contribuir, de manera responsable, al bien común, cuyas exigencias y disciplinas se imponen a todos en el ámbito de leyes y contratos siempre perfectibles. La Iglesia proclama y sostiene estos diversos derechos de los trabajadores porque están en juego el hombre y su dignidad. Y lo hace con profunda y ardiente convicción, tanto más cuanto que para Ella, el hombre que trabaja se hace cooperador de Dios. Hecho a imagen de Dios, el hombre recibe la misión de administrar el universo para desarrollar sus riquezas y garantizarles un destino universal,

para unir a los hombres en el servicio mutuo y en la creación común de un sistema de vida digno y bello, para la gloria del Creador” (Juan Pablo II, Discurso a los obreros en el Estadio de Morumbi, Brasil, N° 7).

La Iglesia agradece a todos los constructores de la sociedad civil todo lo que han hecho por solucionar los grandes problemas sociales:

“Recientes iniciativas, que son dignas de elogio, auguran buenas esperanzas de futuro, desde el momento que manifiestan confianza en la capacidad del pueblo para asumir su legítima participación en la responsabilidad por construir una sociedad que trabaje por la paz y la justicia y que proteja a todos los derechos humanos.

“...Quiero expresarles la gran estima con que considera la Iglesia a quienes están investidos de la responsabilidad para el bien común y el servicio de sus semejantes. Cuán alta es la misión de aquellos a quienes el pueblo ha confiado la dirección de la nación y en quienes pone su confianza de ver realizadas aquellas reformas y programas que tienden a establecer una sociedad verdaderamente humana, en la que todos, hombres, mujeres y niños, reciban lo que les corresponde para vivir con dignidad, en la que de un modo especial los pobres y los menos privilegiados son objeto del interés prioritario por parte de todos. Aquellos a quienes les han sido confiadas las tareas del Gobierno honran al

cristianismo cuando confirman su credibilidad poniendo los intereses de la comunidad por encima de cualquier otra consideración y teniéndose a sí mismos primero y ante todo por servidores del bien común” (Juan Pablo II, Mensaje al Presidente y Nación Filipina, Nos. 6 y 7).

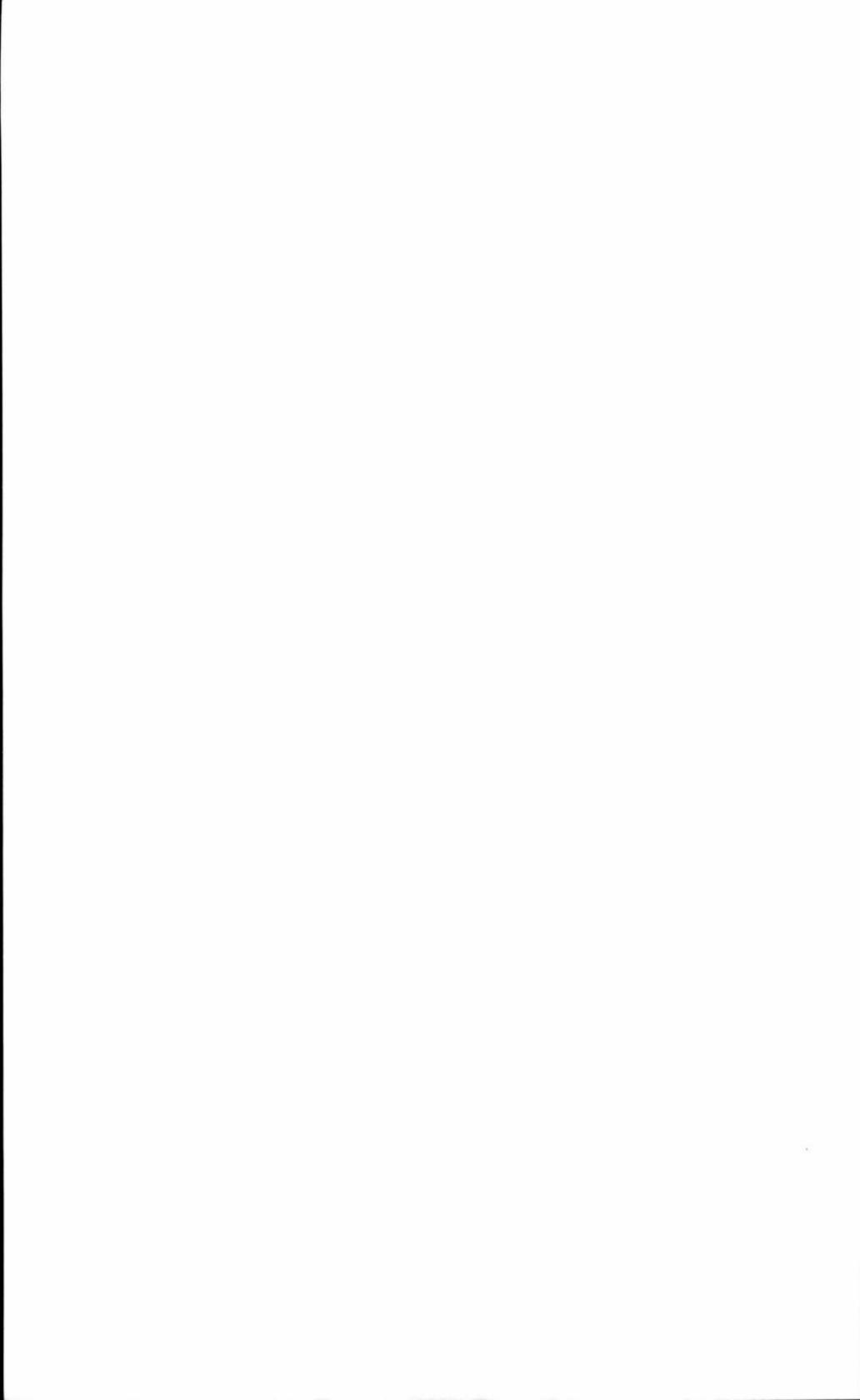
El gran desafío de los pueblos de nuestra América.

“Quien reflexione sobre la realidad de América latina tal y como se presenta en la hora actual, tiene que concordar con la afirmación de que la realización de la justicia en este continente está ante un claro dilema; o se hace a través de reformas profundas y valientes, según principios que expresan la supremacía de la dignidad humana, o se hace –pero sin resultado duradero y sin beneficio para el hombre, de esto estoy convencido- por la fuerza de la violencia. Cada uno de nosotros tiene que sentirse comprometido por este dilema, cada uno de vosotros tiene que hacer su elección en esta hora histórica” (Juan Pablo II, Encuentro con los constructores de la sociedad pluralista en Campo Grande, Salvador de Bahía, Brasil, N° 9).

“Que de este nuestro encuentro de hoy, en torno a Jesucristo llevéis con vosotros la certeza de que la Iglesia quiere estar presente, con todo su mensaje evangélico, en el corazón de la ciudad, en el corazón de las poblaciones más pobres de la ciudad, en el corazón de cada uno de vosotros. Dios os ama a vosotros, trabajadores. Vosotros

debéis amar a Dios. Ese es el secreto de vuestra alegría, de una alegría que, brotando de vuestros corazones, irradiará en vuestros rostros y en la faz de la ciudad, como señal de que es una ciudad humana” (Juan Pablo II, discurso a los obreros en el Estudio de Morumbi, Brasil, N° 9).

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ



Congreso Mundial de UNIAPAC.
Abidján, 3 de mayo de 1981.

EMPRESARIO Y HOMBRE DE FE

Invitado por UNIAPAC el Cardenal viajó a África, Abidján, donde pronunció este macizo discurso ante los empresarios que celebraban su Congreso Mundial, el 3 de marzo de 1981:

Ilustres señores:

Ante todo quiero agradecer la invitación que he recibido de ustedes y el tema que me han asignado: Empresario y Hombre de Fe.

Antes de iniciar mi breve exposición, quisiera expresar mi convicción que domina en mí desde hace mucho tiempo.

Que este Congreso Mundial se realice en un país del Tercer Mundo muestra, me parece, una vez más, el interés que tiene UNIAPAC en que los hombres de empresa tomen conciencia sobre la responsabilidad social frente a los grandes problemas de esta parte más desposeída de la humanidad.

¿No creen ustedes que es un pecado social enorme el que coexistan países y sectores sociales desarrollados, con altos niveles de ingreso y de producto, junto a grandes países y sectores que subsisten en el subdesarrollo y la pobreza? Los Obispos de América Latina lo hemos afirmado en Puebla:

“Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres” (N. 28) Porque Dios nos ha entregado todo el mundo para que dominemos la materia y la pongamos al servicio del hombre, de todo hombre y de todos los hombres, de tal manera que el rostro de Dios se haga más visible en esta Tierra que se nos dio para administrar.

Yo quiero hablar a ustedes y ante ustedes como Pastor de la Iglesia, no como técnico. No soy especialista en Ciencias Sociales, pero sí he querido serlo y pretendo serlo en “humanidad”, tal como la Iglesia y sus Pastores lo han hecho a lo largo de estos dos milenios, y tal como lo ha repetido Juan Pablo II: “La Iglesia, en consideración de Cristo y en razón del misterio que constituye la vida de la Iglesia misma, no puede permanecer insensible a todo lo que sirve al verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que lo amenaza” (*Red. Hom. 13.*)

Mi visión y mis palabras van a estar condicionadas por mi experiencia y esto quiero que ustedes lo tengan presente.

Mis raíces más profundas son latinoamericanas: están embebidas en el drama de un continente hoy día señalado como la “clase media” del mundo, porque no está considerado, por su nivel promedio de ingreso y producto, entre los cuarenta países más pobres, y dista mucho de acercarse siquiera a los más ricos. Pero más allá de los promedios, vivimos la experiencia dolorosa de compartir la suerte con tantos y tantos pobres sin casa, sin empleo, con insuficiente ingreso, muchas veces desnutridos, y, coexistiendo con ellos, un grupo de personas muy ricas, con niveles de vida —y, por lo tanto, de ingreso— como los más ricos de los países desarrollados. Y comprobamos con pena que “el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas” (*Puebla 28.*)

Y éste es el drama que he vivido y que sé que viven muchos obispos de América Latina.

¿Cómo es posible que en un continente que se dice cristiano y humanista, donde más del 80 por ciento de la población es bautizada, y donde existen los medios técnicos para mejorar la situación de los más pobres, esta situación de pecado social no cambie? ¿Es que Dios puede querer “la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada, por ejemplo, en mortalidad infantil, falta de viviendas adecuadas, problemas de salud, salarios de hambre, desempleo y subempleo, desnutrición, inestabilidad laboral, migraciones masivas, forzadas y desamparadas, etc.?” (*Puebla 29.*)

Yo no soy técnico, y si uso palabras técnicas, no lo hago en cuanto técnico, sino como cristiano y obispo, deseoso de conocer la realidad en la que estoy situado para evangelizarla, para comunicarle el designio salvífico del Padre, que El nos ha dado en la Vida, Muerte y Resurrección de su Hijo, por medio del cual nos ha liberado del pecado y nos ha reconciliado con El, y, por lo tanto, entre nosotros y con la naturaleza.

Pero esta Redención, incoada para siempre, tenemos que hacerla presente a través de nuestra libertad, de nuestro sí profundo a Dios en Cristo: sí que compromete de manera radical nuestro estilo de vida. Y ésta es la tragedia de nuestro continente cristiano; tanto, que se nos podrían aplicar las palabras del Señor contra el formalismo religioso: "Aborrezco el incienso, los novilunios, el sábado y las otras fiestas no puedo sufrirlas: en vuestras asamblea reina la iniquidad. Vuestros novilunios y vuestras solemnidades odia mi alma, son para mí un peso, estoy cansado de soportarlos. Y cuando extendáis vuestras manos, Yo voy a volver mi mirada lejos de vosotros; aunque multipliquéis vuestras plegarias, no os escucharé; vuestras manos, de sangre están llenas. Lavaos, purificaos, quitad de delante de mis ojos la maldad de vuestras intenciones, cesad de vuestra maldad; aprended a hacer el bien, buscad lo que es justo, aliviad al oprimido, haced justicia al huérfano y abogad por la viuda" (*Is. 1, 12-17.*)

Si el Señor fuera realmente importante en nuestra vida, si lo amáramos con toda el alma, con todo nuestro corazón y nuestra mente y quisiéramos al prójimo como nos amamos a nosotros, ¿subsistirían tanta extrema pobreza, tanta angustia por la ausencia de vivienda, de ingreso suficiente, de empleo seguro?

Los cristianos tenemos que reconocer la realidad que nos rodea para proclamar el Evangelio, que es conversión personal y de las estructuras sociales. Pero no hay una única forma de conocer nuestra realidad.

Nuestro conocimiento es histórico, es cultural. Los medios de comunicación modernos han acercado las culturas, pero, además, han impuesto el dominio de unas formas culturales sobre otras. En el nivel de las Ciencias Sociales, la misma realidad es vista y expresada de manera diferente por las ideologías vigentes, sean neoliberales o neomarxistas. Aquí ya existe una primera tarea para los científicos sociales cristianos: saber criticar desde su fe los presupuestos y valores implícitos sobre los que se edifica su visión de la realidad. Y una segunda tarea me parece importante: que los cristianos tomen conciencia de que su fe, su sí a Dios, también abarca estos aspectos culturales. Su vinculación con Dios, expresada en los sacramentos y en el culto, especialmente en la Eucaristía, es inseparable de su vinculación con el hombre, con el hermano. Por lo tanto, la manera como aborda la realidad social esté constituida por problemas de

desempleo, de inflación, de negociación colectiva o de leyes que regulan la práctica sindical, etc.- no puede disociarse de su relación con Dios.

El cristiano es siempre aquel que busca, con honestidad y ahínco, el mayor bien común, porque cree y ama a Dios y está comprometido con su hermano.

Yo quisiera ahora, después de este largo preámbulo, exponer algunos de los problemas acuciantes que nos desafían a los cristianos de América Latina a vivir con mayor compromiso nuestra fe.

Nuestros países, como creo que ocurre con todos los del Tercer Mundo, están flagelados por la extrema pobreza. Es decir, cerca de un tercio de nuestra población tiene niveles de ingreso familiar y personal con los que es casi imposible que puedan satisfacer las necesidades fundamentales del ser humano. Pero la extrema pobreza no atañe sólo al problema del nivel de ingreso, sino que compromete también el nivel cultural -los más pobres o son analfabetos o tienen escasa educación formal- y, también, social y político: son marginados, no tienen organización social que los represente y haga valer sus derechos, no tienen participación política. Son “nuestros indígenas, campesinos, obreros marginados urbanos y muy especialmente la mujer de estos sectores, por su doble condición de oprimida y marginada” (*Puebla* 1134, nota.)

La extrema pobreza tiene consecuencias socioeconómicas y culturales enormes, en cuanto condiciona la calidad de la vida de las personas, su nutrición, las relaciones que se establecen entre cónyuges, y entre éstos y los hijos; la recepción y forma de vivir los valores cristianos, etc.

No quiero detenerme en lo que significa, aun para las futuras generaciones, la malnutrición, que incapacitará más a esos futuros hombres para dar su aporte al crecimiento de la humanidad; el hacinamiento humano por falta de vivienda; la baja esperanza de vida; la imposibilidad de acceso a los bienes y servicios de esa sociedad, cuyo ingenio y tecnología han logrado tantos avances, pero que son tan mal compartidos por todos.

Otro hecho gravísimo que va muy unido a la extrema pobreza es la desocupación o desempleo oculto. América Latina tiene una fuerza de trabajo calculada en 113 millones de personas. De éstos, 30 millones son considerados desempleados o con “desempleo equivalente”, y forman esa ingente cifra de hombres que con un desempleo oculto vemos pulular en nuestras ciudades, en una actividad casi totalmente improductiva: la venta y reventa de cualquier producto. ¿Qué se puede esperar de esa masa de hombres frustrados que no se sienten padres o esposos, por no poder aportar casi nada de sus esfuerzos para mantener su familia?

El futuro no nos da mucha esperanza. Sólo en América Latina se calculan en 40 millones los

desempleados y subempleados que tendremos a fines de siglo. Para paliar el problema, habría que crear casi 80 millones de nuevas fuentes de trabajo de aquí al año dos mil.

¿Seremos capaces los cristianos de América Latina de responder a estos desafíos en el presente y en el futuro próximo?

El problema del desempleo encubierto no es ajeno al problema de extrema pobreza: normalmente ambos están interrelacionados.

Los Obispos de América Latina hemos señalado las raíces profundas de estos hechos:

- La vigencia de sistemas económicos que no consideran al hombre como centro de la sociedad y no realizan los cambios profundos para una sociedad justa.
- La falta de integración entre nuestras naciones.
- El hecho de la dependencia económica, tecnológica, política y cultural.
- La carrera armamentista, gran crimen de nuestra época, producto y causa de las tensiones entre países hermanos.
- La falta de reformas estructurales en la agricultura, adecuadas a cada realidad, que ataquen con decisión los graves problemas sociales y económicos del campesinado.
- La crisis de valores morales: la corrupción pública y privada, el afán de lucro desmedido, la carencia de sentido social.

- Y, finalmente, en lo más profundo de todas ellas, un misterio de pecado (*cf. Puebla 64-70.*)

Y al comprobar todos estos grandes problemas, al ver esta realidad tan triste y tan difícil de cambiar, hemos auscultado cuáles son las grandes aspiraciones de nuestros pueblos, que expresan sus justos anhelos y son como la voz de la conciencia que nos interpela y el desafío que se nos presenta y al cual debemos responder.

Podemos, pues, resumir los íntimos anhelos de nuestros pueblos en los siguientes términos:

1. Los pueblos de América Latina luchan por “una calidad de vida más humana”, sobre todo por su irrenunciable dimensión religiosa, su búsqueda de Dios, el Reino que Cristo nos trajo, a veces confusamente intuido por los más pobres con fuerza privilegiada.
2. Una distribución más justa de los bienes y las oportunidades. Un trabajo justamente retribuido que permita el decoroso sustento de los miembros de la familia y disminuya la brecha entre el lujo desmedido y la indigencia.
3. Una convivencia social fraterna donde se fomenten y tutelen los derechos humanos, donde las metas que se deben alcanzar se decidan por el consenso y no por la fuerza o la violencia, donde nadie se sienta amenazado por

la represión, el terrorismo, los secuestros y la tortura.

4. Cambios estructurales que aseguren una situación justa para las grandes mayorías.

5. Ser tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia, capaz de participar libremente en las opciones políticas, sindicales, etc., y en la elección de sus gobernantes.

6. Participar en la producción y compartir los avances de la ciencia y la técnica modernas, lo mismo que tener acceso a la cultura y al esparcimiento digno (*Puebla* 132-136).

Ante esta realidad y estos anhelos, ¿cuál debería ser el papel de la Iglesia y de todos sus hijos y sobre todo de los que tienen un papel directivo en la sociedad?

La Iglesia, a través de su acción y de su doctrina social, hace suyas estas aspiraciones. “La Iglesia asume la defensa de los derechos humanos y se hace solidaria con quienes los propugnan”. A este propósito nos place recordar aquí, por su especial valor entre la vasta enseñanza sobre la materia, el discurso de Su Santidad Juan Pablo II al cuerpo diplomático, el 20 de octubre de 1978: “La Santa Sede actúa en esto sabiendo que la libertad, el respeto de la vida y de la dignidad de las personas —que jamás son instrumentos—, la igualdad de

trato, la conciencia profesional del trabajo y la búsqueda solidaria del bien común, el espíritu de reconciliación, la apertura a los valores espirituales, son exigencias fundamentales de la vida armónica en sociedad, del progreso de los ciudadanos y de su civilización” (*Puebla* 146).

La palanca que mueve toda la economía en los tiempos modernos es la empresa. En el pensamiento cristiano la empresa es una asociación de personas, es decir, de hombres libres y autónomos, creados a imagen de Dios: son todos hijos del mismo Padre y, por lo tanto, hermanos llamados a la tarea de participar en la obra creadora para hacer un mundo según el plan divino, que sea realmente la morada del hombre, él cual es, según la Escritura, el rey de esta creación (*cfr. Génesis*).

Por lo tanto, esta situación de vicarios de Dios en su obra creadora dignifica enormemente el papel de la empresa y de los hombres que en ella laboran. “Esto exige —dice la Iglesia— que las relaciones mutuas entre empresarios y dirigentes, por una parte, y los trabajadores, por la otra, lleven el sello del respeto mutuo, de la estima, de la comprensión, y además, de la leal y activa colaboración e interés de todos en la obra común; y que el trabajo, además de ser concebido como fuente de ingresos personales, lo realicen también todos los miembros de la empresa como cumplimiento de un deber y prestación de un servicio para la utilidad general. Todo ello implica la conveniencia de que los

obreros puedan hacer oír su voz y aporten su colaboración para el eficiente funcionamiento y desarrollo de la empresa .

Observaba Pío XII que “la función económica y social que todo hombre aspira a cumplir exige que no esté sometido totalmente a una voluntad ajena al despliegue de la iniciativa individual. Una concepción de la empresa que quiera salvaguardar la dignidad humana debe, sin duda alguna, garantizar la necesaria unidad de una dirección eficiente; pero de aquí no se sigue que pueda reducir a sus colaboradores diarios a la condición de meros ejecutores silenciosos, sin posibilidad alguna de hacer valer su experiencia, y enteramente pasivos en cuanto afecta a las decisiones que contratan y regulan su trabajo” (*Mater et Magistra* 92).

La empresa no puede ser, por lo tanto, ajena a la situación social que hemos descrito. Ella es un microcosmos que refleja los problemas importantes que afectan a la sociedad global. Por una parte, la empresa, a medida que usa una tecnología más adelantada, requiere mayor especialización de su personal, que a veces es difícil de encontrar fuera de las grandes capitales.

Por otra parte, la empresa, en nuestros países, suele reproducir a veces, sin darse cuenta, las profundas diferencias sociales existentes, tan difíciles de comprender, a veces, para un europeo o un estadounidense. Así, reproduce las

diferencias salariales. Mientras en Europa y otros países estas diferencias son de 1 a 5 o a 8, en nuestros países son normales las diferencias de 1 a 15, y nadie se extraña de que a veces puedan ser de 1 a 25 o más. Es decir, que el sueldo del nivel gerencial puede ser 25 veces mayor que el de los obreros del último escalafón.

Además, las relaciones de los miembros de la empresa se realizan también en otros planos. Por ejemplo, en el nivel de empresa y de organización sindical. La lógica del poder del capital prefiere, ya sea a través de una legislación apropiada, ya sea a través de la manipulación indirecta del sindicato, controlar las demandas sindicales, en vez de dialogar y buscar una armonía de intereses, lo cual es un desafío muy profundo para los cristianos, planteado ya desde Pío XI (*Cfr. Quadragesimo Anno* 53-38).

No desconozco el mal uso que se puede hacer en algunos casos de la fuerza sindical. Hay que tener presente que las relaciones entre empresarios y trabajadores, hasta hoy, se han establecido en un plano de lucha despiadada donde generalmente los trabajadores son los más débiles y muchas veces se creen burlados en sus legítimos derechos. Ello implica la fractura de todo diálogo y entendimiento y los abusos que puedan darse. Pero ello no impide a los hombres de fe trabajar para que esta relación cambie y se transforme en franca colaboración entre los diferentes miembros de la empresa, de manera que las fuerzas

sindicales puedan ejercer una gran función para lograr una sociedad más justa.

A este propósito, Juan Pablo II dice: "Es necesario que el empresario y los dirigentes de empresa hagan todo cuanto está en su mano por escuchar debidamente la voz del obrero que de ellos depende y por comprender sus exigencias legítimas de justicia y equidad, superando toda tentación egoísta tendiente a hacer de la economía la norma de sí misma".

El escuchar al mundo obrero va unido con la aceptación de las tensiones que pueden presentarse, pero sin ellas, muchas veces, no se producen los cambios.

Años atrás, con motivo de un congreso de UNIAPAC celebrado en Buenos Aires, se presentó un estudio en el cual se mostraba cómo un país, después de muchos años de hablar insistentemente sobre el tema de la participación, no la había logrado sino sólo en cinco o seis empresas. Pero bastó la llegada de un gobierno de tipo marxista para que centenares de empresas pidieran estudios y estuvieran dispuestas a esta participación con tal de evitar los peligros de una estatización. En este recuento histórico vemos, una vez más, que el conflicto social puede ser positivo para que los hombres abran los ojos a un mejor ejercicio de la justicia. Por desgracia, muchas veces la amenaza y el temor son más fuertes que el amor.

Los Sumos Pontífices, una y otra vez, desde Pío XII, han hecho un llamado a los hombres de empresa, porque ellos constituyen un conjunto de hombres de gran importancia en la construcción de la sociedad. Han recibido *muchos "talentos"* y, como dice la parábola del Señor, deben tratar de dar fruto. También los Obispos de América Latina, en Medellín, Colombia, hicimos un llamado urgente "a los empresarios, a las organizaciones y a las autoridades políticas para que modificaran radicalmente la valoración, las actitudes y las medidas con respecto a la finalidad, organización y funcionamiento de la Empresa".

Igualmente en Puebla los obispos hemos vuelto a pedir "que los economistas contribuyan con un pensamiento creativo a dar respuestas prontas a las demandas fundamentales del hombre y de la sociedad. Para que los empresarios, teniendo presente la función social de la empresa, actúen concibiéndola no sólo como factor de producción y lucro, sino como comunidad de personas y como elemento de una sociedad pluralista, sólo viable cuando no existe concentración excesiva del poder económico" (*Puebla 1.246*).

En Medellín los Obispos de América Latina afirmamos que "la empresa es una comunidad verdaderamente humana; la empresa no se identifica con los dueños de capital, porque es fundamentalmente comunidad de personas, como unidad de trabajo. Una persona o grupo de personas no puede ser propiedad de un individuo" (*Cfr. Med. 1-10*).

La empresa, pues, desde una perspectiva cristiana, debe hacer más humanas las relaciones laborales; tender a ser una comunidad de personas, intensificar cada vez más y más la participación real de los trabajadores. La participación es la concreción de la solidaridad que es, a su vez, para los cristianos, la presencia del Espíritu, espíritu de amor y fraternidad. Sin esa participación —que ojalá se dé en los dos distintos niveles de información, que sea más equitativa en las ganancias y en la gestión misma de ella— es difícil decir que se está creando una sociedad solidaria.

Quisiera, a este propósito, recordar unas palabras de Juan Pablo II en Brasil: “Ajustar el salario, en sus modalidades diversas y complementarias, hasta el punto que se puede decir que el trabajador participa real y equitativamente de la riqueza para cuya creación él contribuyó solidariamente en la empresa, en la profesión y en la economía nacional, es una exigencia legítima” (*Discurso en Sao Paulo, 3-7-80*).

Los Obispos de América Latina reunidos en Puebla hablamos de comunión y participación, pero no para un mundo abstracto, no por un *leit motiv*, sino para que los empresarios, los gobernantes y los obreros traten de vivirlas, tanto en su vida familiar como en su vida de trabajo, que son dos lugares privilegiados para lograr la comunión entre los hombres.

Hemos visto que uno de los grandes problemas presentes y futuros es la creación de fuentes de trabajo. Frente a este problema quiero hacer un llamado al espíritu del empresario, a aquel que tiene fe en la Providencia de Dios y fe en su compromiso con el mundo. ¿No debería llevarlo a arriesgar sus inversiones donde sean más necesarias, creando así fuentes de trabajo que son fuentes de vida digna?

En nuestros países no se puede seguir pensando en una mera transferencia de tecnología y mecanización que, quizás, sea útil para los pueblos ya desarrollados con escasez de mano de obra. Para nosotros, cuando son tantos los que buscan cómo utilizar sus talentos, su fuerza; cuando cada año son millones —como hemos dicho— los que acuden al mercado del trabajo, hay una obligación moral de obtener, no sólo una transferencia de tecnología cualquiera, sino aquélla que sea adecuada, que sea capaz, no de desplazar la mano de obra, sino de incorporarla. Sabemos que éste es un problema complejo, pero no podemos someter el hombre a la economía: es la economía, al igual que la técnica, la que debe estar al servicio de todo hombre y de todos los hombres.

La empresa y los gobiernos desarrollados del mundo invierten ingentes cantidades en investigaciones tecnológicas. ¿No sería posible que ustedes como asociación de empresarios cristianos usaran su influencia para cambiar esta historia y ser los profetas en su propio ambiente,

ayudándonos, así, a hacer que todos los hombres encuentren fuentes humanas y dignas de trabajo? Hago mías y repito las palabras de Juan Pablo II en Brasil (3.7.80): “Vuestra primera y fundamental aspiración es, por tanto, trabajar. ¡Cuántos sufrimientos, cuántas angustias y miserias causa el desempleo! Por eso, la primera y fundamental preocupación de todos y cada uno de los hombres de gobierno, políticos, dirigentes de sindicatos y dueños de empresa, debe ser ésta: dar trabajo a todos. Esperar la solución del problema crucial del empleo como un resultado más o menos automático de un orden o de un desarrollo económico, cualesquiera que sean, en los que el empleo aparece apenas como una consecuencia secundaria, no es una actitud realista y, por lo tanto, es inadmisibile. Teoría y prácticas económicas deben tener la valentía de considerar el empleo y sus modernas posibilidades como un elemento central de sus objetivos”.

Además, Juan Pablo II les recordaba a ustedes en su discurso en Roma: “Se puede llegar a tal nivel de deshumanización, cuando se invierte la escala de valores y se eleva el ‘productivismo’ a parámetro único del fenómeno industrial, cuando se hace caso omiso de la dimensión interior de los valores, cuando se apunta a la perfección del trabajo y no a la perfección de quien lo ejecuta, privilegiando la obra antes que el obrero, el objeto antes que el sujeto”.

Una y otra vez el Santo Padre insiste: “Esperar que la solución de los problemas del salario, de la previsión social y de las condiciones de trabajo brote de una especie de extensión automática de un orden económico, no es realista, y, por lo tanto, es inadmisibile. La economía sólo será viable si es humana para el hombre” (*Discurso en Sao Paulo* 3.7.80).

No quiero terminar mis palabras sin agregar algunas expresiones elaboradas por USEC en mi patria. Ellas reúnen los grandes valores humanos y cristianos que han de iluminar nuestro quehacer de hombres que creemos en la persona humana y sabemos que el respeto a esa persona constituye la base incommovible de nuestra fe.

“La Doctrina Social de la Iglesia parte de la persona como realidad básica y entiende el Bien Común no sólo como un conjunto de bienes, sino asimismo como la participación de dichos bienes. Además, el bien de la comunión constituye una parte integrante del concepto de Bien Común”.

“Conseguir estas dimensiones es una tarea que tiene un valor prioritario y que cada sociedad debe lograr históricamente mediante un proyecto social.”

No conviene al Bien Común que sean el individuo y su poder los que construyan el proyecto social colectivo, como tampoco que sea el Estado el que lo dicte al cuerpo social.

Debe ser la propia sociedad organizada a través de la vitalidad de los organismos intermedios la que debe construir ese proyecto social, al cual se sometan a la par la economía como actividad posibilitadora y la política como actividad de dirección y administración de ese conjunto de objetivos y prioridades.

Reconocemos la primacía del Bien Común engendrado en los cuerpos intermedios, alimentados desde la base social misma. Base social donde la empresa, la profesión organizada, el sindicato y el gremio juegan un papel de primera importancia, junto a la organización del consumidor y del usuario.

En este ámbito de valores compartidos, la libertad será algo más que un concepto formal y abstracto, mucho más que una igualdad de posibilidades simplemente postulada, sin considerar su medio histórico de inserción o la factibilidad actual de su ejercicio.

Por eso toda la Doctrina Social de la Iglesia, desde la *Rerum Novarum*, señala “que es necesario que se reduzca y sujete de nuevo la economía a un verdadero y eficaz principio directivo”. Tal principio es el Bien Común, y esto es particularmente grave en materia de relaciones de trabajo, sin dejar de reconocer el papel de integración social que cumple el mercado.

No nos basta la instalación de un orden de competencia para sentirnos satisfechos. Hemos

de estar atentos al desarrollo de sistemas de protección social y a la corrección de desarrollos coyunturales equivocados.

Así, el católico opta por una economía social de mercado con intención social explícita, y economía social de mercado significa definir un papel activo al Estado, más allá de ser el mero espectador o guardián de la libre competencia.

Aceptamos con entusiasmo, como hombres y como cristianos, el desafío de la sociedad moderna y de la empresa moderna. Los que trabajan en funciones ejecutivas deberán buscar imperiosamente formas de administración que traduzcan en la práctica su visión del hombre y de la sociedad.

Así, pues, el desafío es hoy doble si se quiere volver fecunda la doctrina:

1. La empresa, como institución intermedia ella misma, tiene la finalidad de colaborar al perfeccionamiento del Bien Común. Lo logra atendiendo “las necesidades de tipo social que puedan descubrirse en su entorno” con la ayuda del indicador de las responsabilidades sociales, cumpliendo para ello su función social.

2. No basta, por lo tanto, que el conjunto de objetivos y políticas de una empresa sea “responsable” porque busca entregar a la sociedad lo que el Bien Común de ésta precisa;

también ha de introducir los pertinentes objetivos políticos sobre el perfeccionamiento de los hombres que en ella trabajan.

En esta lucha un pluralismo de acciones y de opciones es posible, ya que una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes.

Quizás algunos encuentren utópicas estas ideas e irrealizables. Pero ¿por qué no confiar precisamente en la fuerza de Dios para quien nada es imposible? ¿Por qué no confiar en lo que es más característico del hombre de empresa: correr riesgos, usar la imaginación y aceptar el gran desafío de hacer presente a Dios, rico en misericordia, al Dios justo que quiere valerse de ustedes para que se descubra Su rostro en la Tierra con mayor solidaridad y participación de todos los hombres?

Mis queridos amigos: En este momento creo indispensable que reflexionemos sobre este gran desafío que nos atañe: o nosotros formamos una sociedad basada en el respeto a las personas y sus derechos; basada en la comprensión, en el intercambio, en el diálogo y, por lo tanto, en la participación total de los componentes de esta sociedad —en nuestro caso, de la empresa—, o nosotros establecemos una sociedad y una empresa basadas en la fuerza y en el predominio de los más fuertes sobre los más débiles.

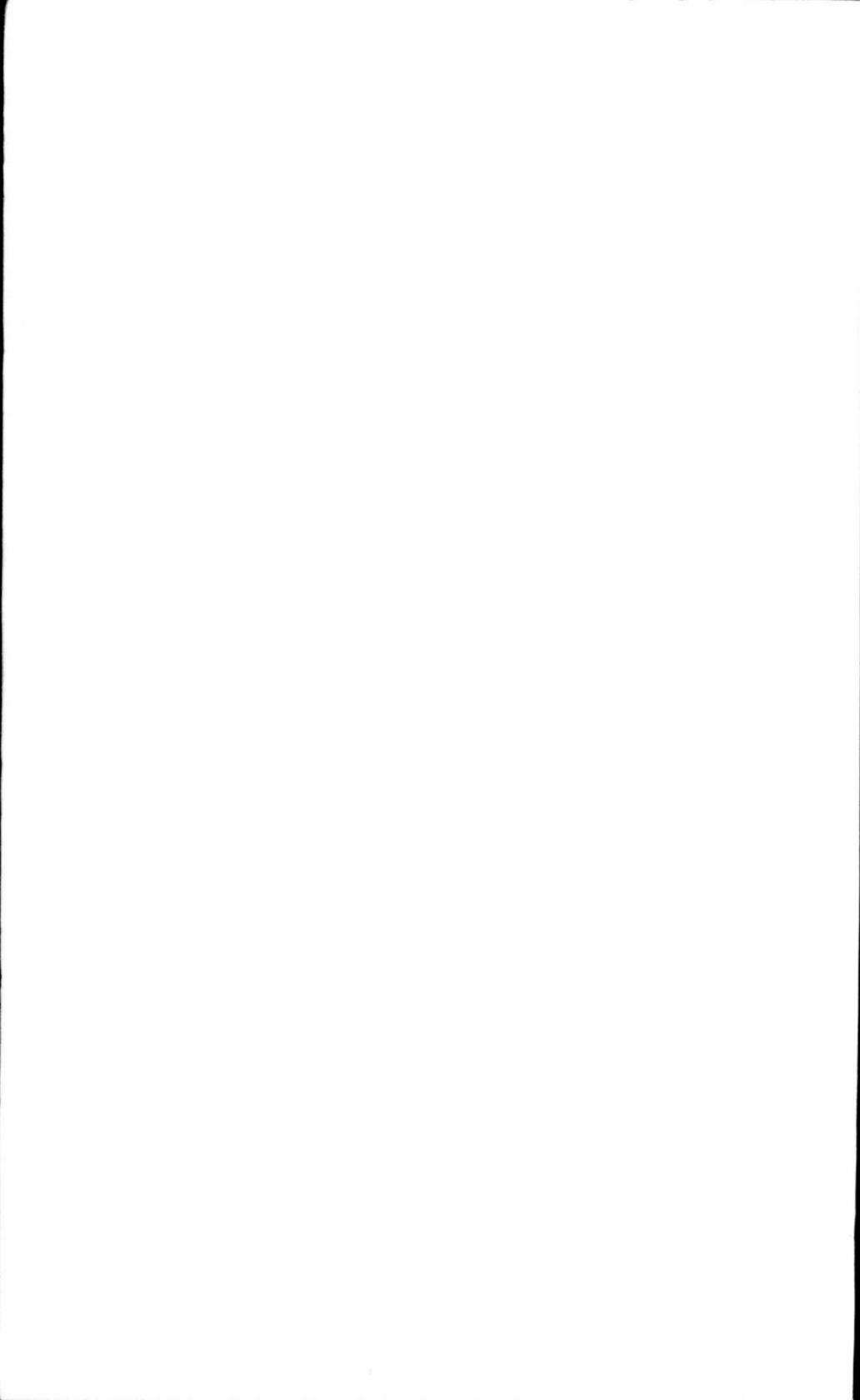
En el primer caso, organizamos una sociedad humana; en el segundo caso —como lo expresa la

doctrina de la Iglesia— esta sociedad se vuelve inhumana.

La alternativa, mis queridos amigos, es ineludible. O basamos las relaciones humanas en la razón y en el respeto a los valores del hombre, o no creamos una sociedad humana, sino que establecemos un conglomerado en el que existe la dominación de un grupo de hombres sobre otro grupo de hombres-esclavos. En un futuro próximo tenemos que enfrentar esta alternativa, tenemos que elegir entre la comprensión, la libertad y la participación; o la esclavitud, el odio y la violencia.

A nosotros, cristianos, nos toca, según el llamado del Maestro, ser “luz del mundo y sal de la tierra”. Ojalá seamos capaces de aceptar este desafío y llevar a la humanidad la “Buena Nueva” de la justicia, de la verdad y del amor, fundamentos y ambientes indispensables en los que se realiza la paz.

Abidján, 3 de Mayo de 1981.



18 de septiembre de 1981

PLEGARIA CONSTANTE

Cada aniversario de la Independencia el Cardenal presidía el Te Deum Ecuménico en su Catedral. Allí reiteró su mensaje :

Hace 171 años en un lugar cercano al Templo en que nos encontramos reunidos, en el edificio del Consulado, resonó el grito de libertad que los chilenos de aquella época lanzaron expresando un profundo y sentido anhelo del pueblo de Santiago del Nuevo Extremo: ¡Junta queremos!

Nació así el primer gobierno autónomo de esta alejada colonia española que, a pesar de su pequeñez y de su pobreza, había alcanzado ya la madurez necesaria para reivindicar el derecho para gobernarse por sí sola.

Comenzó, entonces, la gesta de la independencia con sus éxitos y sus fracasos; con sus hechos heroicos y sus dolorosos desastres. Comenzó también en aquella hora la plegaria constante de la familia chilena por su patria.

La Iglesia que había acompañado a los hombres de armas en las duras tareas de la conquista, que había suavizado el fragor de las luchas y que había sabido recordar los valores trascendentes e inmortales necesarios para fundar un pueblo

organizado, para hacer nacer una patria, en la hora de la independencia, alzó su plegaria por Chile, por sus hijos, e interpuso su influencia para rehacer la unidad de la dividida familia chilena.

En el azaroso camino de esta gesta no exenta de sangre y de lágrimas los protagonistas de ella acudieron reiteradamente a este Templo a implorar la protección del Dios de la historia para obtener la libertad y la paz. Fue a esta iglesia Catedral adonde acudió el pueblo entero de Santiago, presidido por el hombre que personificaba a la patria naciente, el Director Supremo don Bernardo O'Higgins, herido en su cuerpo y angustiado en su espíritu, la víspera de Maipú, para implorar a la Madre de Jesucristo el triunfo de la causa de la libertad de Chile. Hoy, después de casi dos siglos de vida como nación libre y soberana, en que los chilenos hemos sabido escribir muchas páginas de historia que honran a nuestros antepasados y que han engrandecido a la patria, cumpliendo una noble tradición, venimos una vez más a orar por Chile, a orar por nuestras grandes necesidades, a orar por todos los chilenos y especialmente por los que más necesitan de nuestras oraciones: los pobres, los que sufren, los marginados, y en el otro ámbito, los que tienen la enorme responsabilidad de ser los constructores de la patria pluralista de hoy.

Hace algunos años, en este mismo Templo dijimos: todos nosotros somos los constructores de la obra más bella: la patria. Esa patria no comienza hoy con nosotros, pero no puede crecer

y fructificar sin nosotros. La recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y nos compromete a la vez. Por eso que una patria no puede echarse a andar por cualquier camino: la patria no se inventa, se descubre, y se revitaliza siempre en la fidelidad a su patrimonio de origen; porque es fundamentalmente un alma, alma colectiva, alma de un pueblo, consenso y comunión de espíritu, que no se puede violentar ni torcer, ni tampoco crear por voluntad de unos pocos.

Por eso hoy elevamos nuestras plegarias al Todopoderoso, para que los chilenos sepamos realizar con éxito la más importante de las tareas de la hora presente: encontrar el consenso; más que eso, consolidar la comunión en aquellos valores espirituales que crearon la patria en su origen.

La Iglesia, al dirigirse a los hombres que tienen sobre sus hombros la pesadísima responsabilidad de renovar en esta hora la sociedad chilena, de echar las bases de su futura grandeza, lo hace con humildad y respeto hacia los responsables del manejo de la cosa pública y constructores de la nueva sociedad chilena; lo hace también en nombre del Señor, su Fundador, de quien ha recibido el mandato de enseñar a los hombres a construir la civilización del amor.

La Iglesia se declara experta en humanidad y es precisamente en Cristo en quien la Iglesia se

siente experta en humanidad. Además, Ella está ligada a Chile y a su historia de tal manera que eliminarla sería cometer el delito de lesa patria al mutilar su patrimonio sociocultural y al destruir la base sobre la cual descansan los valores espirituales que constituyen el alma de Chile.

En el nombre del Señor queremos seguir proclamando la verdad sobre el hombre, animando todas sus aspiraciones de justicia, de paz y de libertad.

Es el futuro de nuestra patria lo que nos preocupa y nos urge, es el Chile del mañana el que está en el centro de nuestro corazón y de nuestra esperanza, y es por él por quien sufrimos y por quien oramos. Somos llamados por Dios a edificar un futuro de paz, de prosperidad y de concordia; un futuro que sólo será garantizado cuando todo ciudadano, según las propias responsabilidades, y con una sola preocupación común, pueda crear y mantener relaciones sociales basadas en el respeto del bien común, que pone en el centro de todo al hombre que es hijo de Dios.

Al proponer este Mensaje de justicia y de amor, la Iglesia es fiel a su Maestro. No considera que sea su tarea entrar en materias políticas, pero sabe que está al servicio de la humanidad entera. Está convencida que es su derecho y su deber, promover una pastoral social, es decir, emplear los medios pacíficos que le son propios, y ejercer su influencia para establecer una sociedad más

justa, más respetuosa de los derechos de todos donde el hombre pueda desarrollarse en plenitud y alcanzar el bien inestimable de la paz.

Si nosotros quisiéramos en esta hora señalar algunos de los más queridos y nobles ideales del pueblo chileno, no tenemos más que oír nuestro Himno Patrio, para saber que el primero de los rasgos que configura nuestra fisonomía espiritual, es el primado de la libertad sobre todas las formas de opresión. Como ya lo dijimos en otra oportunidad, hay algo en nuestra alma que es como un componente esencial: el amor a la libertad y la costumbre de vivir en libertad. El chileno considera a la libertad individual y nacional como el bien supremo, superior incluso a la vida misma. En Chile no tiene cabida ni vigencia ningún proyecto histórico, ningún modelo social, que signifique conculcar la libertad personal o la soberanía nacional. El cuerpo social sería incapaz de asimilarlo, por extraño a su esencia.

Otra nota característica del alma nacional, que podríamos llamar el segundo rasgo definitorio de nuestro ser espiritual, es lo que designamos como el primado del orden jurídico sobre todas las formas de anarquía y arbitrariedad. En la historia del acontecer chileno, en sus primeros años, brilla como una estrella de primera magnitud el amor al orden y al derecho. Ello solo explica la rara excepción que constituyó entre las repúblicas hermanas, la república de Chile. Aquí no se dan

la anarquía ni las revoluciones, predomina incontrastado el amor a la libertad y al orden. Don Manuel Montt lo expresara en forma precisa, que podríamos llamar clásica: “en Chile predominan el imperio de la libertad y el orden en el Gobierno público, no el rol de la libertad con mengua del orden, ni el del orden con mengua de la libertad, sino la justa armonía de estos dos principios salvadores de la República”. Los chilenos siempre hemos sabido que la armonía entre el orden y la libertad es la base necesaria e insustituible de la vida republicana.

El respeto al derecho va estrechamente unido al respeto al hombre, sujeto del derecho. Desde los albores de la nación chilena el conquistador comprendió, y la Iglesia se lo recordó innumerables veces, que el indio que luchaba como él por su patria y su libertad, poseía un alma humana, creatura de Dios y sujeto de todos los derechos. La Iglesia defendió al indio y al explotado e inculcó en sus hijos el respeto y el amor por todos los habitantes de esta tierra, por pobres y humildes que ellos fueran.

De ahí surgió en la mayor parte de los chilenos el innato respeto a los derechos del más débil, del humilde y grande constructor de la patria en todas sus enormes empresas, tanto en la guerra como en la paz. El humilde trabajador, el humilde soldado, el roto chileno que con la pala o con el fusil labran la grandeza de Chile. Todo chileno amante de su nación lo sabe, tiene gran simpatía por el hermano obrero o el hermano campesino,

gestor principal de la grandeza de la patria, cuyo trabajo es el capital más valioso con que cuenta Chile, según lo ha recordado recientemente el Santo Padre, y por lo cual el chileno de verdad sabe respetar y reconocer los justos derechos de este anónimo, sacrificado y heroico constructor de su patria.

Corolario de este respeto al derecho es la posibilidad de discrepar, nota que singulariza la convivencia chilena en toda su historia. Los desbordes de la intolerancia y del fanatismo sectario constituyen entre nosotros una excepción, un baldón. La persecución y la venganza política son injertos extraños al alma nacional.

El amor a la verdad es, sin duda, otro de los grandes valores de la nación chilena. La farsa, la mentira, los ídolos, no tienen cabida en el alma nacional. La mentira, el odio, el pecado y la muerte, no prevalecerán. A la postre, todo el odio pasará y toda mentira será develada. Sólo quedará la patria: la familia de hombres que juntos vivieron, lucharon, creyeron y esperaron. La familia de hombres que renunciaron a odiarse porque tenían muy poco tiempo para amarse.

Así es como vemos a nuestra patria, así es como admiramos y amamos el alma de Chile, don magnífico del Señor de nuestra historia, del Dios bendito, Padre de Jesucristo, nuestro Salvador. A Él presentamos como ofrenda sagrada a la patria chilena, constituida por sus hombres, por

su pueblo, sin distinción ni excepción alguna; a Él le pedimos que bendiga a esta nación, haciéndola siempre fiel a los grandes ideales que iluminan el alma nacional.

No queremos terminar esta evocación del alma de Chile sin agradecer al Padre bondadoso de todos nosotros por los bienes recibidos y los favores dispensados.

No podemos dejar de agradecer a Dios por la mediación del Santo Padre en el diferendo chileno-argentino. Agradecemos a Dios por la capacidad, justicia y bondad que siempre nos demuestra el Mediador; todo lo cual es presagio seguro del éxito. Agradecemos también a Dios por la inteligencia y sabia cooperación que el Santo Padre ha encontrado en hombres de Argentina y Chile.

Pero sobre todo, agradecemos a Dios por la equilibrada, inteligente y justa actuación de nuestro Gobierno en tan delicado problema. Que Dios bendiga y siga ayudando a nuestros gobernantes para obtener el preciado bien de la paz para nuestros pueblos.

Agradecemos al Señor por nuestra tierra, henchida de metales y riquezas; por nuestros mares que nos ofrecen inagotables bienes para nuestra subsistencia y bienestar.

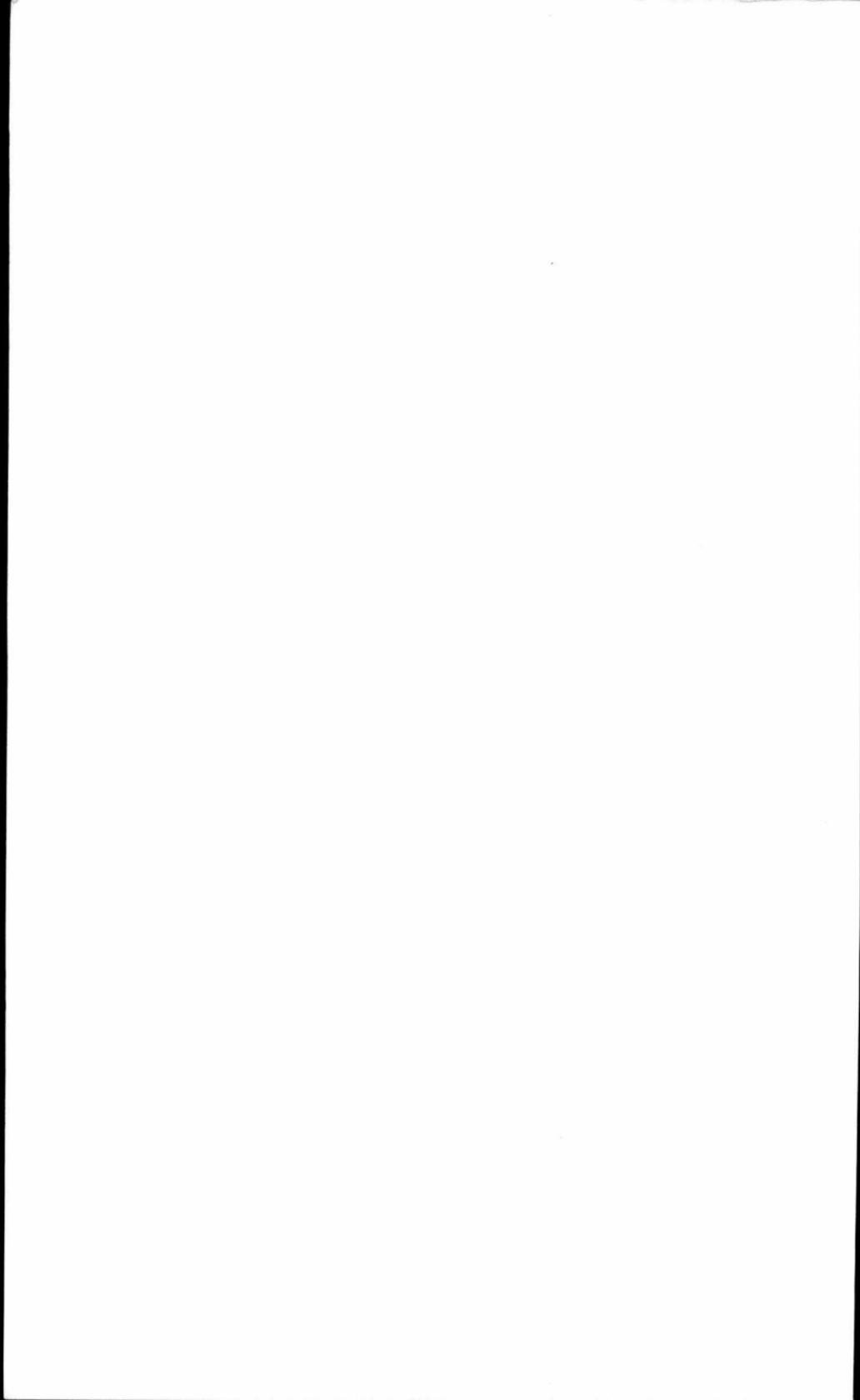
Pedimos al Señor que de tanta riqueza y abundancia los chilenos de hoy sepamos usar para

nuestro desarrollo, legando a nuestros hijos los tesoros inagotables que el Dios del Amor y de la Bondad ha dado a todos los habitantes de esta tierra.

Terminamos elevando nuestra petición a Dios por Chile, del que Pedro de Valdivia escribió: “Esta tierra es tal que para poder vivir en ella y perpetuarse no hay mejor en el mundo”.

Hoy como ayer traemos al altar, como ofrenda sagrada, esta tierra de Chile con sus hombres y mujeres de nuestro pueblo, sin distinción ni excepción alguna; con esa vocación de todos a ser libres; ese derecho de todos a sentirse hijos; ese deber de todos a ser padres de un nuevo Chile. Un Chile que siga siendo hasta que Cristo vuelva, la tierra mejor que hay en el mundo.

ASI SEA



Misa por la paz en el cerro Santa Lucía
el 13 de diciembre de 1981.

PAZ ENTRE CHILE Y ARGENTINA

El día 13 de diciembre de 1981, mientras Juan Pablo II recibía en Roma millones de firmas de jóvenes chilenos y argentinos por la paz, en Santiago se celebraba una multitudinaria Eucaristía concelebrada por todos los Obispos de Chile. El Cardenal habló al pueblo.

Señor Nuncio Apostólico, Señores Arzobispos y Obispos, Sacerdotes, Religiosas, muy queridos hijos:

Hace cuatrocientos cincuenta años, en una pequeña colina cercana a la ciudad de México, la Virgen Santísima se apareció a un pequeño, modesto indio, Juan Diego. Se le apareció para decirle que quería que él, indio y humilde, fuera a avisarle o a pedirle al Señor Arzobispo de México, español, que construyera en esa colina un Santuario para que Ella, la Virgen Santa, pudiera desde allí derramar sus gracias sobre el pueblo azteca, sobre todo el pueblo de aquella enorme nación. El pobre indio le manifestó humildemente

su pequeñez y su incapacidad de cumplir con este mandato, porque no le iban a creer. Sin embargo, instándolo la Señora, fue, fue a la casa del Arzobispo. Le costó mucho entrar, pero lo logró; y el Arzobispo, como es natural, pidió una prueba. Pasados algunos días, de nuevo la Virgen Santa se aparece a su mensajero y le dice que lo ha elegido a él, por ser el más pequeño de sus hijos, para llevarle este mensaje al Señor Arzobispo, y le da las pruebas: hace florecer las rosas en pleno invierno. El mensajero recoge las rosas de la Virgen, se las lleva al Arzobispo y al desdoblar su manta, en ella se ve la imagen de la Virgen azteca, la Virgen india.

No parece posible, mis queridos hijos, que haya habido tanta delicadeza en la Virgen Santa, de querer aparecer a un pueblo sometido en forma de india, como ellos, para demostrarles a los españoles, a los conquistadores, que nada valía el ser de una raza dominante, que Ella era la Madre de ese pueblo sometido, y una de ellos.

Nació, así, América, mis queridos hijos. La religión, el amor a Cristo y a su Madre hicieron comprender al conquistador que estos pueblos eran también hijos de Dios y que había que respetarlos. Y de ahí nació una pléyade de Sacerdotes y de hombres de Dios que defendieron los derechos humanos de los indios. Por eso, la Iglesia nuestra, que hoy se alza como antes en la misma hermosa tarea, no ha emprendido una tarea nueva: continúa la noble tradición que recibiera de sus antepasados.

El mediador de la paz

Hoy, en este aniversario de la Virgen de América, en Roma el Santo Padre ha querido reunir a todos los representantes de los Estados de América, a los representantes de España, Portugal y Filipinas, y ha venido a proclamar, una vez más, la bondad de la Virgen de Guadalupe, patrona de América. Y ha venido a instarnos a nosotros a que seamos los gestores de la paz; y, refiriéndose a nuestros dos pueblos de Chile y Argentina, nos ha pedido que pongamos fin a la larga y dolorosa contienda que ha nacido entre estos dos pueblos, porque somos hermanos, porque somos hijos de la misma Madre, porque hemos nacido juntos a la Libertad. Nos insta el Padre Santo —a quien nosotros, los pueblos de Chile y Argentina, hemos buscado como Mediador ante nuestras querellas— a buscar el camino de la paz, diciéndonos que cualquier sacrificio que hagamos, por grande que sea, es pequeño al lado de las grandes ventajas de la paz. ¡Cualquier sacrificio es pequeño! Que debemos hacer esta paz por amor al hombre de esta tierra, por respetar sus derechos, por la predilección que debemos tener por los pobres de América, porque no cabe hacer una guerra entre hombres que se dicen cristianos. ¡No es posible llamarse cristianos y desear el desastre inmenso de una guerra! Esto nos dice el Padre Santo. Nosotros hoy recogemos sus palabras con reconocimiento de hijos y le prometemos responder a su llamado y trabajar tesoneramente por la paz en nuestra tierra, en

nuestras casas, en nuestro continente, para bien de América y para bien del mundo, como nos lo ha recordado el Padre Santo.

No podíamos haber elegido un Mediador mejor: es el Padre de la cristiandad, es el Vicario de Cristo, el hombre santo y amable del mundo entero que proclama en todas partes el amor y la esperanza, el amor a Cristo el Señor y el amor al hombre, su hijo. Este es nuestro Mediador. Nosotros hoy estamos ciertos de que nuestros dos pueblos le dicen a él que vamos a oír su voz, y precisamente para presentarle nuestro amor y nuestra dedicación de hijos, han ido a la Ciudad Santa dos jóvenes, llevando millones de firmas de chilenos y argentinos que desean la paz y que desean oír la voz del Pontífice.

Chile y Argentina: una historia común

¡Cómo podría ser de otra manera, mis queridos hijos! En el año 1814, cuando Chile luchaba por alcanzar su libertad, ante un desastre, una derrota —nacida en parte de la pequeñez y de la incapacidad de sus ejércitos, pero sobre todo, de la incomprensión y de las rencillas entre sus jefes— el ejército encontró natural recurrir al pueblo hermano de Argentina. Y los chilenos, que en Santiago se veían preocupados y temerosos por los resultados de las armas adversas para Chile, huyeron a Argentina. Un número grande, sin preparación, en el mes de octubre, casi en

invierno, atravesó el macizo andino, parte a caballo, parte a pie. Llegaron a Mendoza y allí fueron recibidos como hermanos. El Gobernador de Cuyo, Don José de San Martín, mandó a recibirlos y los recogió exánimes de la larga y difícil travesía. Y comenzó la hermosa tarea, de este pueblo que se sentía hermano del chileno, de organizar su ejército para hacer que Chile fuera libre.

Y así se hizo, mis queridos hijos. Así se hizo. Y en dos años se organizó un ejército. Hicieron la más grande epopeya de la época, atravesando la montaña más grande del globo, y en veinticuatro días, como dice el parte del General en Jefe, Chile cantó libertad y empezó la vida libre de Chile. Pero no sólo la vida libre de Chile: la batalla de Chacabuco —dicen los historiadores— fue el principio de la libertad de toda América. Gracias a ella pudo darse Maipo, Pichincha, Ayacucho, Carabobo y todas las otras epopeyas que nacieron en América para obtener la plena libertad.

Gracias a esta unión de chilenos y argentinos, América podía disfrutar en paz de su libertad y los hombres de América reconocían que el sacrificio de su hermanos les había dado la gracia inmensa de ser pueblos libres.

No podemos olvidar nuestro pasado

Hoy estos dos pueblos, que escribieron una de las más hermosas páginas de la historia de América, parece que se hubieran olvidado de su historia.

Parece que se hubieran olvidado de que sangre chilena y argentina bañaron los campos de nuestra América para hacer florecer la libertad en ellos. Parece que se hubieran olvidado de que juntos emprendieron la liberación del Perú. Parece que se hubieran olvidado de que chilenos y argentinos formaban un solo pueblo y que el primero que obtuvo el nombre de Presidente de la República de Chile fue un hombre nacido en Buenos Aires.

Yo me pregunto: ¿Cómo es posible que neguemos nuestra historia? ¿Cómo es posible que no nos acordemos de la sangre de nuestros próceres? Los que hemos continuado el camino que ellos nos señalaron, los que tenemos en nuestras venas la misma sangre que corrió en los campos de batalla en los tiempos de la Independencia, no podemos jamás olvidarlo, no seremos hijos bastardos de esta tierra.

La paz entre Chile y Argentina debe reinar, y la guerra es imposible entre ellos. Por eso, en nuestra historia, teniendo 5.000 kilómetros de frontera, estos dos pueblos han sabido buscar la convivencia pacífica a pesar de las dificultades naturales que esto suponía; y por eso hicimos tratados que nos llevaron a buscar el arbitraje ante las dificultades naturales que debían presentarse y nunca hemos recurrido a las armas.

Ahora, en la última etapa, ¿sería necesario negar todo nuestro pasado y nuestra historia? Imposible, mis queridos hijos. Buscaremos los

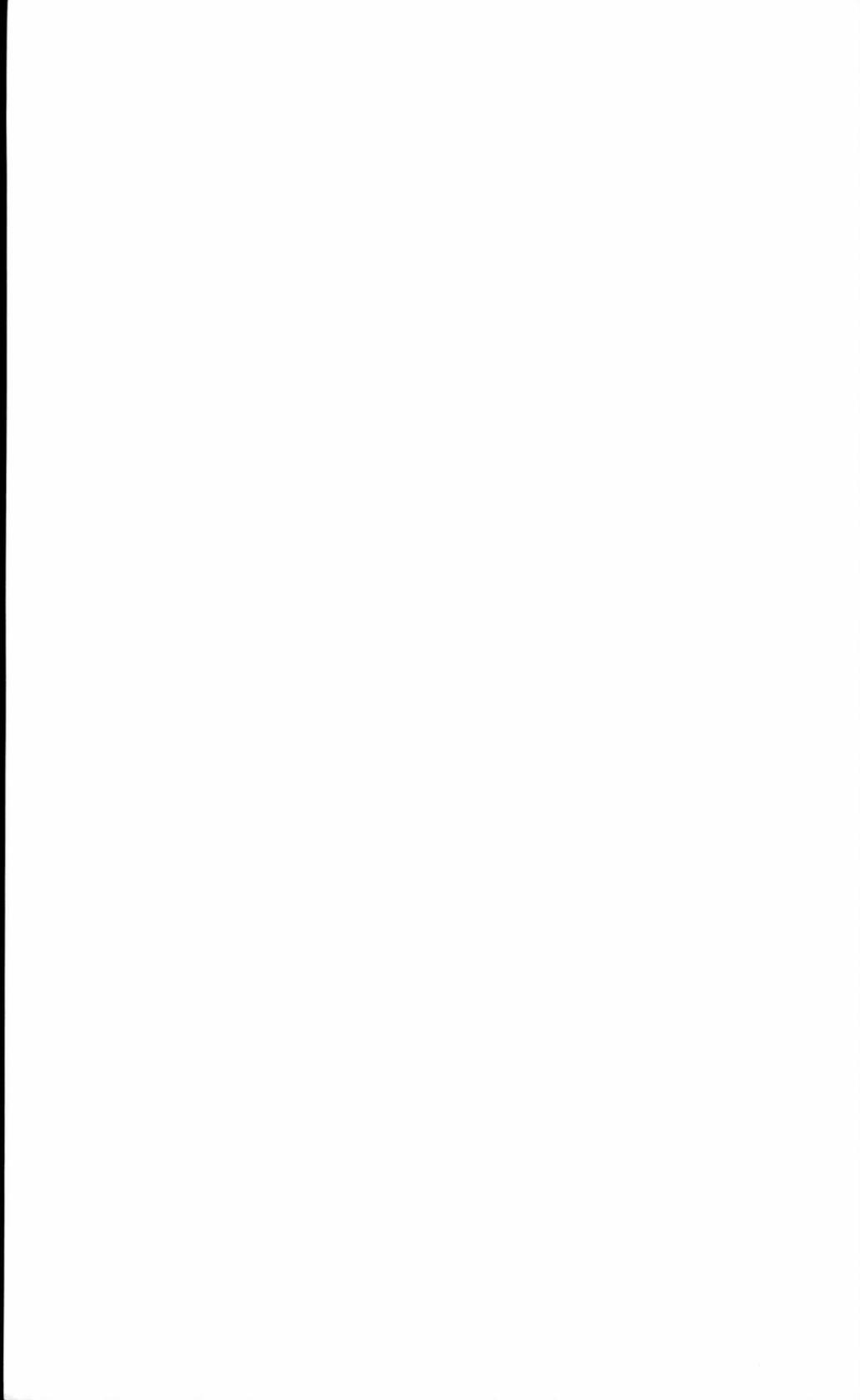
caminos de la paz; buscaremos los caminos de la paz porque la paz se logra con sacrificios y se logra con amor, con amor a las mujeres y a los niños de nuestras tierras. Por amor a todas las obras de arte que nosotros hemos construido y el progreso que hemos alcanzado. Por amor a nuestras ciudades. Por amor a nuestros campos y a nuestro pueblo que sería el más herido con una guerra, nosotros vamos a oír la voz del Pontífice. Nos llama así nuestra historia. Nos llama nuestra fe y el amor a nuestros pueblos.

¡Nunca unos contra otros!

“¡Paz, paz, nunca guerra! ¡Nunca unos contra otros!”, clamó el Pontífice en la reunión de las Naciones Unidas. ¡Nunca unos contra otros, nunca la opresión de unos con otros! ¡Nunca más guerra!

Señora de América, Virgen Morena de Guadalupe, nosotros hoy, un pueblo entero, se inclina ante Ti y, recordando que Tú eres la Hija del Padre, que es el Señor de la Paz y de la Justicia, te pedimos con la oración que hemos elevado que nosotros sepamos construir el progreso dentro de la justicia y de la paz. ¡Virgen Santa de América, oye a tus hijos que claman a Ti!

Así sea.



Homilía en el funeral de Don
Eduardo Frei M. el 25 de enero de 1982.

VEN, BENDECIDO DE MI PADRE

**Homilía del Cardenal Arzobispo de Santiago
en la Misa de honras fúnebres de don
Eduardo Frei Montalva, ex Presidente de
Chile.**

Hermanos:

Nos reunimos en este Templo Catedral, Templo que aúna y recoge las palpitations del alma de nuestro pueblo, Templo que bajo sus bóvedas ha acogido los clamores de dolor, las peticiones de auxilio, los gritos de esperanza y de alegría de nuestro pueblo. Templo que es como la cátedra en que la grandeza de Dios y la debilidad de nuestro pueblo se unen, dialogan y, tomados de la mano como el Padre Todopoderoso con el hijo pequeño, van construyendo la historia de la patria y rectificando rumbos, fijando metas y dirigiendo los destinos de Chile.

Hoy nos reunimos para orar y, en compañía del Señor, desahogar nuestro dolor. Ha muerto uno de nuestros jefes: un hombre que señaló rumbos,

que expresó los grandes anhelos de nuestro pueblo, que dirigió los destinos de la patria como Presidente de la República: Eduardo Frei Montalva.

Su trayectoria de más de 50 años de vida pública lo señalan como un político de gran talento, de extraordinaria perspicacia y habilidad para solucionar los difíciles problemas del gobierno, como un generoso y sacrificado adalid de su causa; como un demócrata convencido y ardoroso defensor de sus principios; como un cristiano fervoroso y auténtico que siempre se guió por los nobles y grandes ideales de su fe; como un humanista que desarrolló las nobles capacidades de su espíritu y los generosos anhelos de su corazón.

Eduardo Frei fue un cristiano, un demócrata, un político, un humanista y un hijo de la Iglesia. Estos eran sus títulos.

Como cristiano convencido y fervoroso, oyó la voz del Maestro que llegó a él, apremiante e insistente, a través del Magisterio de la Iglesia, que urgía a los cristianos del mundo a crear una sociedad en que la justicia social fuera el principio de una civilización más cristiana y la base de la pacificación de la Humanidad.

Eduardo Frei y un grupo de jóvenes idealistas oyeron la voz de sus Pastores y comenzaron la tarea imposible de convencer a los hombres de su tiempo, a los dirigentes del viejo partido

católico de la época para que aplicaran con generosidad y plenitud la doctrina de las Encíclicas Sociales que los Papas, cada cierto tiempo, recordaban al mundo católico y urgían su aplicación.

La Iglesia de Chile pidió a un grupo de jóvenes de Acción Católica, que encabezaba Eduardo Frei, que, dejadas las viejas teorías liberales, hicieran suya y lucharan por aplicar la Doctrina Social de la Iglesia en nuestra patria. Comenzó así la ardua, dolorosa y larga lucha que muchos de nosotros hemos vivido: lucha llena de incomprensiones y, a veces, cargada de odios.

Hubo que pedir a la Santa Sede que mediara en la discusión política de Chile y diera una palabra que resolviera la discusión entre quienes sostenían que debía haber un solo partido católico y aquellos que querían la libertad necesaria para poder obrar políticamente de acuerdo a sus ideales y a su conciencia.

Las cartas del Cardenal Pacelli y del Cardenal Tardini vinieron a poner fin a la discusión y dieron la razón a los jóvenes idealistas que luchaban por la aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia en la vida pública del país.

He querido recordar estas cosas, porque la Iglesia se siente agradecida por el sacrificio de Eduardo Frei y sus compañeros que han hecho posible que la Doctrina Social de la Iglesia sea conocida y amada por un gran número de chilenos.

Hoy la Iglesia llora la pérdida de un hijo preclaro que sacrificó gran parte de sus posibilidades de bienestar por llevar a la práctica la aplicación del Evangelio a la vida social del país.

“La Iglesia no desprecia la actividad política; por el contrario, la valoriza y la tiene en alta estima y exhorta a sus hijos a evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluso la dimensión política”. Por eso hoy, agradecida, recuerda a este hijo suyo que la ha sabido interpretar con inteligencia y enorme generosidad. Por eso hoy, desde el Santo Padre hasta el más pequeño y humilde de los discípulos de Cristo, le rinden, entristecidos, el postrer y cálido homenaje.

Eduardo Frei fue un político cristiano. Su voz resuena aún hoy día proclamando con claridad y valentía las soluciones de los grandes problemas nacionales. Su voz continuará resonando y será como la conciencia de un Chile que ama la justicia y el derecho. Como se dijo del Maestro podemos decirlo de su discípulo: “Sobre él he puesto mi Espíritu para que traiga el derecho a las naciones. La caña cascada no la quebrará, el pabito humeante no lo extinguirá. Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará hasta implantar el derecho en la Tierra”.

Con toda verdad, me siento obligado a tributar a Eduardo Frei el homenaje que el Santo Padre rindiera a otro gran político cristiano:

Eduardo Frei “entendió la autoridad como un servicio para el bien común y la aceptó como cruz y sufrimiento, y no como meta e instrumento de interés personal. Sentía hasta la angustia la limitación de los planes y de los recursos para ayudar a todos los ciudadanos, para realizar una auténtica justicia social, para salvaguardar la democracia y la libertad, sin caer en la arbitrariedad y en el relativismo moral. Hombre de paz y concordia, experimentó el tormento desgarrador de la responsabilidad en la gigantesca y misteriosa lucha entre el bien y el mal, por esto sentía la necesidad de la oración, como alimento espiritual esencial, indispensable, y afirmaba que para esperar eficazmente es necesario marchar hacia la luz y poner las propias manos en las de Dios”.

Eduardo Frei fue un humanista, incansable lector, estudioso de todos los problemas; señaló caminos luminosos que son como su testamento político. Chile no echará al olvido el ejemplo y la palabra de éste, su preclaro hijo. Él fue también el hombre de hogar, amante de su esposa y de sus hijos, cristiano ejemplar en su vida doméstica y en su vida pública. No se enriqueció por su acción política; por el contrario, se privó de las posibilidades de desarrollar sus brillantes capacidades de abogado, que le habrían dado ciertamente comodidades y riquezas, para dedicarse al servicio de sus hermanos en la noble tarea política. La casa que comprara con sus modestos ahorros es la misma que ha tenido siempre y a ella podían llegar una reina como el

más modesto obrero o campesino. Ejemplo luminoso de un político cristiano.

Querido hermano: Ante la majestad de la muerte oigo una voz que tú reconoces y que te invita a resucitar y a participar del Reino diciendo: Ven bendecido de mi Padre, yo tuve hambre y tú me diste de comer en los pobres de Chile. Yo estaba sin casa y tú me procuraste una habitación digna para mí. No tenía tierra para trabajar y tú supiste reconocerme en los campesinos. Yo estaba en la cárcel y tú me fuiste a ver. Yo me encontraba humillado y tú levantaste tu voz para defender mi dignidad. Hermano mío, entra en el gozo de tu Señor.

Debo terminar, mis queridos amigos. Entristecidos, pero desde el fondo del alma de creyentes, damos gracias a Dios por el hermano que hemos tenido. Damos gracias a Dios porque Chile tiene hombres de la calidad de Eduardo Frei.

Podemos decir también nosotros que la democracia, la Doctrina Social de la Iglesia, el Evangelio, eran para él los postulados de una fe profunda e indefectible. Tenía el alma de un apóstol. Frei fue toda la vida un ejemplo de fidelidad que sobrevive a las pruebas más duras. Seamos fieles a su memoria y a su gran ejemplo.

Así sea.

Homilía 1° de mayo de 1982

EL CAMINO PRIMERO DE LA IGLESIA PASA POR EL HOMBRE

**Este es el último mensaje del Cardenal a los
trabajadores, celebrando el Día del Trabajo.**

MUY QUERIDOS AMIGOS:

Una vez más nos reunimos para recordar las efemérides del trabajo humano. Y, siguiendo el camino trazado por Su Santidad Juan Pablo II dedicaremos nuestras reflexiones al hombre trabajador, considerando algunas de las circunstancias que en la hora presente lo afectan en su calidad de tal. Si nos interesa en este día de los trabajadores plantearnos los problemas de la llamada cuestión social, bajo las perspectivas del hombre, es en primer lugar porque el camino primero y fundamental de la Iglesia pasa por el hombre. Para el hombre la creó su Fundador; a él ha sido dirigida en toda su actividad de docencia, de santificación y de gobierno. Conquistar el corazón del hombre por la Verdad; santificarlo por la Gracia; y guiarlo a vivir el Amor, es la tarea sublime que Cristo impuso a sus apóstoles.

Otra razón de peso por lo que nos interesa poner de relieve especialmente al hombre en su actividad laboral, es porque el trabajo humano es la clave, tal vez la más esencial de toda la cuestión social si tratamos de visualizarla, como lo hace la Iglesia, principalmente desde el punto del bien del hombre. De aquí nace una conclusión importantísima: “Para realizar la justicia social en las diversas partes del mundo, en los distintos países y en las relaciones entre ellos, son siempre necesarios nuevos movimientos de solidaridad de los hombres de trabajo entre sí y de solidaridad con los hombres de trabajo... La Iglesia está vivamente comprometida con esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la ‘Iglesia de los pobres’. Y los ‘pobres’ se encuentran bajo diversas formas: aparecen en diversos lugares y en diversos momentos: aparecen en muchos casos como resultado de la violación de la dignidad del trabajo humano: bien sea porque se limitan las posibilidades del trabajo —es decir por la plaga del desempleo—, bien porque se desprecian el trabajo y los derechos que fluyen del mismo, especialmente el derecho al justo salario, a la seguridad de la persona del trabajador y su familia” (*Encíclica Laborem Exercens*, N° 8).

Es, pues, deber y derecho de la Iglesia interesarse por la situación social, política y económica de la sociedad, y señalar cuáles son las medidas o los caminos conformes con la dignidad humana y con

la enseñanza de Cristo. Su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios y proclamar la verdad de la fraternidad humana de todos los hijos de Dios.

Se equivocan, pues, los cristianos que creyendo que el reino de Dios no es de este mundo, y pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pueden descuidar las tareas temporales: “pero no menos grave es el error —nos dice el Concilio— de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse totalmente a los asuntos temporales, como si éstos fuesen ajenos del todo a la vida religiosa, pensando que ésta se reduce meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época... El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta sobre todo a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación” (*Gaudium et Spes* N° 43).

Las aspiraciones de los hombres de hoy las hemos expresado los obispos de América Latina con las siguientes palabras:

“Una calidad de vida más humana, sobre todo por su irrenunciable dimensión religiosa, su búsqueda de Dios, del Reino de Cristo, del Reino que Cristo

nos trajo, a veces confusamente intuido por los más pobres con fuerza privilegiada. Una distribución más justa de los bienes y las oportunidades : un trabajo justamente retribuido que permita el decoroso sustento de los miembros de la familia y que disminuya la brecha entre el lujo desmedido y la indigencia. Una convivencia social fraterna donde se fomente y tutelen los derechos humanos; donde las metas que se deben alcanzar se decidan por el consenso y no por la fuerza o la violencia; donde nadie se sienta amenazado por la represión , el terrorismo, los secuestros y la tortura. Cambios estructurales que aseguren una situación justa para las grandes mayorías. Ser tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia capaz de participar libremente en las opciones políticas sindicales, etc., y en la elección de sus gobernantes. Participar en la producción y compartir los avances de la ciencia y la técnica moderna, lo mismo que tener acceso a la cultura y al esparcimiento digno” (Puebla, N° 132 al 136)

La Iglesia, a través de su acción y de su Doctrina Social, hace suya estas aspiraciones.

Creemos con esto dejar bien claramente establecida la razón por qué la Iglesia, con plena autoridad interviene en la cuestión social y fija las líneas directrices de una acción política que debe estar de acuerdo con el Evangelio, aplicado en la vida de los pueblos por la enseñanza social de la misma Iglesia.

Cuando se trata de católicos, y las decisiones corresponden a los que desempeñan cargos directivos en la sociedad, deben respetar los principios de derecho natural, “observar la Doctrina Social que la Iglesia enseña y obedecer a las directrices de las autoridades eclesiásticas. Porque nadie debe olvidar que la Iglesia tiene el derecho y al mismo tiempo el deber de tutelar los principios de la fe y de la moral, y también el de interponer su autoridad cerca de los suyos, aun en la esfera del orden temporal, cuando es necesario juzgar cómo deben aplicarse dichos principios a los casos concretos” (*Pacem in Terris*, N° 160).

Ante esta clara doctrina, proclamada por las máximas autoridades de la Iglesia, nos parece incompetente e insólita la actitud de ciertos católicos que prescinden de ella y públicamente atacan o ridiculizan las enseñanzas de los pastores que, en nombre y con la autoridad de Jesucristo, la proponen y la predicán para que sea hecha realidad por todos aquellos que se dicen profesar la fe católica.

Los invitamos hoy, en este día del trabajador, a realizar un esfuerzo de reflexión: los problemas que afectan al pueblo y a los trabajadores en particular no provienen de un destino fatal ni de la voluntad de Dios. Tratándose del trabajo y de la convivencia social, es necesario buscar la raíz de los problemas y la forma cómo los hombres organizamos las relaciones de trabajo y el conjunto de vida de la nación. Todos, pues, los

componentes de esta sociedad: todos los dirigentes de ella, estamos llamados a analizar desapasionadamente las fuentes de la crisis que nos aflige: y todos, generosamente, estamos llamados a trabajar inteligentemente por superarla.

La crisis actual afecta a casi todos los sectores: y, si bien es cierto que la recesión mundial es resultado de muchos hechos que suceden a nivel internacional, también es verdad que hay problemas en la propia casa que no han sido resueltos, o que han sido mal resueltos. Los principales afectados por ella son los industriales, agricultores, comerciantes, empleados y trabajadores. Sin embargo, nos parece que es el pueblo y la clase obrera y campesina los que llevan sobre sus hombros el mayor peso.

Ante esta situación reaccionamos como pastores con una profunda inquietud. No podemos dejar de percibir los signos del mal, de este pecado social del que hablan los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla. En efecto: qué lejos estamos de la voluntad creadora de Dios. Hemos sido convocados a la vida para ser hijos del Padre, hermanos unos de los otros y señores de la tierra y de la historia.

Sin embargo, estamos negando en nuestra propia realidad cotidiana esta profunda vocación del hombre. Parece como si hubiéramos vuelto la espalda al Padre para convertirnos de hijos en esclavos del dinero, de las cosas, del poder.

Las soluciones que hasta ahora se han querido dar a la crisis nos parecen fracasadas. La imposición de un sistema económico social-neoliberal no sólo no ha corregido los males que nos afligían, sino que los ha acentuado, llevándolos a límites extremadamente peligrosos.

Los remedios económicos adolecen a nuestro juicio de un despiadado materialismo que no respeta al hombre ni sus derechos. El costo social de ellos es enorme, y para un cristiano, inaceptable.

Las estructuras de participación y de control de la sociedad sobre el Estado son prácticamente inexistentes y, por lo tanto, inoperantes.

Para los cristianos las crisis históricas no son algo desconocido; han aprendido a través de ellas a conocer el paso liberador de Dios, que discierne en su pueblo aquello que es substancia de aquello que es apariencia. Paso doloroso, sin duda, donde caen muchos ídolos personales y sociales. Paso lleno de ambigüedades, donde el pueblo, desorientado y sin conductores, puede buscar otros dioses, y como mujer infiel, irse detrás de nuevos amantes. Pero también es un paso vivificador donde una y otra vez vuelven a renacer purificadas las dimensiones más genuinas del propio pueblo. Es en esas crisis, en efecto, donde el pueblo de Dios aprendió una verdad fundamental: "Aquel que nos ha prometido una tierra en posesión, ese no miente ni es infiel a pesar de las infidelidades del pueblo" (Isaías 45;2,5).

Esa fidelidad de Dios a su Pueblo se hace carne en Jesucristo, su Hijo, su palabra histórica. Con Jesús es la humanidad entera la que es puesta en tela de juicio, en crisis permanente. Aquella que era promesa para un pequeño pueblo es hoy realidad ofrecida para toda la humanidad: la vida ha vencido definitivamente a la muerte y con ello toda forma de opresión ha sido radicalmente derrotada: “Muerte, ¿dónde está tu victoria?” Es lo que hemos celebrado recientemente en la Semana Santa: el triunfo definitivo de la vida sobre la muerte, de la gracia sobre el pecado, del amor sobre toda forma egoísta de apropiación. No se trata de una esperanza sino de una anuncio gozoso de lo ya realizado. El Reino de Dios está ya en nuestra historia. La tierra de la promesa está ya aquí al alcance de nuestras manos. Lo primero que hace Jesús después de anunciar el Reino es reunir un grupo de hombres, la mayoría gente humilde. No los llama a vivir para sí mismos sino para una misión: atraer a todos los hombres de buena voluntad —“Luz del mundo”— para ser factor de cambio de sociedad —“sal de la tierra” “levadura”— porque el Reino representa la intervención de Dios para cambiar la historia (Cfr. Mt. 13.16).

Para pertenecer al grupo de Jesús la condición es tener un corazón pobre, es decir, renunciar a la riqueza, a los honores y al poder que se basan en ella. Cada vez que en el grupo asoman ambiciones de poder, Jesús las corta por lo sano: “hay que hacerse tan poca cosa como un niño” (Mt. 18.1-11).

Por eso lo más propio del grupo es compartir, es la fraternidad realizada a todo nivel. Es el mensaje que Jesús va a dejar en su despedida.

En su predicación y en su práctica mesiánica Jesús nos muestra diversos signos del Reino. Ellos se resumen en la palabra de Isaías, que Jesús retoma para identificarse a sí mismo y para resumir el sentido de este quehacer en la historia de su pueblo: el Espíritu del Señor ha enviado a Cristo a traer la buena nueva a los pobres, a anunciar a los cautivos su libertad y devolver la luz a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar el año de la gracia del Señor.

En estas cuatro categorías de personas ha condensado Cristo la esclavitud del hombre en todos los tiempos: la miseria que lo esclaviza y lo aniquila. Ahí están personificados los que padecen por un defecto de origen biológico: los ciegos; los que sufren por la maldad del hombre: los cautivos (los desterrados), los oprimidos; los que soportan el desorden social de las estructuras injustas: los pobres. Todos éstos forman la miseria del mundo, todos expectantes reciben el llamado maravilloso de la voz de Dios que anuncia gozosa la Buena Nueva de la liberación de todos los hijos que deben volver a la Casa del Padre, la casa de la justicia, del amor y de la libertad. Toca a nosotros imitar a Cristo y ser los anunciadores de esta Buena Nueva que debe ser también realidad vivida.

Hemos querido decir una palabra serena y objetiva sobre la realidad actual de nuestra Patria, realidad que muchas personas y órganos de prensa, los cuales no pueden ser tachados de contrarios al gobierno, han reconocido. Hemos recordado la enseñanza social de la Iglesia en algunos de los problemas que hemos tratado. No hemos querido herir a nadie; el mensaje de la Iglesia no es un mensaje contra alguien, es un mensaje para todos. Quiera Dios que los hombres de buena voluntad de nuestro Chile lo comprendan y lo apliquen.

Termino con la palabra autorizada de todos los Obispos de América Latina reunidos en Puebla: “La misión de la Iglesia, en medio de los conflictos que amenazan al género humano y al continente latinoamericano, frente a los atropellos contra la justicia y la libertad, frente a la injusticia institucionalizada de regímenes que se inspiran en ideologías opuestas y frente a la violencia terrorista, es inmensa y más que nunca necesaria. Para cumplir esta misión se requiere la acción de la Iglesia toda —pastores, ministros consagrados, religiosos, laicos— cada cual en su misión propia. Unos y otros, unidos a Cristo en la oración y en la abnegación, se comprometerán, sin odios ni violencias, hasta las últimas consecuencias, en el logro de una sociedad más justa, libre y pacífica, anhelo de los pueblo de América Latina y fruto indispensable de una evangelización liberadora”.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ

Carta a la Juventud de Santiago.
(Pentecostés, 1982).

VEN Y SÍGUEME

El día de Pentecostés de 1982, el Cardenal presidía en la Catedral una gran Asamblea de jóvenes de Santiago. Formaba parte de la MISIÓN JOVEN que el mismo Cardenal había convocado. En esa oportunidad entregó a la juventud su carta "Ven y Sígueme", de la cual presentamos aquí su saludo y despedida.

Muy queridos jóvenes de Santiago:

¡Que la Paz del Señor Jesucristo esté con todos ustedes!

A lo largo del ministerio que el Señor me ha confiado, he recibido la gracia inmensa de estar siempre muy cerca de la juventud. He compartido con ustedes muchos momentos de alegría y de dolor. He escuchado sus temores y esperanzas. Y he sido testigo del dinamismo y generosidad que los anima.

Quiero hoy compartir con ustedes, una vez más, mi fe y mi amor a Jesucristo. A Él lo conocí desde niño en el seno de mi familia. A Él le consagré mi vida en mis años de juventud. Y a Él también he

procurado servir como Pastor de la Iglesia. Tengo la experiencia y la certeza de que sólo en Jesús, reconocido como Maestro y Señor, se puede encontrar la plenitud de la vida y el sentido profundo de nuestra historia.

Yo sé muy bien que ustedes lo buscan, lo necesitan y lo esperan cada día. Sé también que Él los llama de maneras muy diversas y que repite hoy lo que un día fue diciendo a sus discípulos: “Vengan y Sígueme...” Porque es de esta forma directa y personal que Jesús llama siempre a sus colaboradores y amigos. Pueden ser de distintos lugares, edades y condiciones. Algunos son pescadores del lago. Otros son cobradores de impuestos. O campesinos, obreros y letrados. “Ven y Sígueme”, dice a todos. Y millones de hombres caminan con Jesús. Y se sienten tan atraídos por su Personalidad y su Mensaje, que no preguntan hacia dónde ni hasta cuándo van con Él. En el lago quedan unas barcas y unas redes. En Cafarnaúm queda un escritorio abandonado. “Ellos lo dejaron todo” para seguirlo (*Lucas 5, 11.*)

En este tiempo de MISIÓN JOVEN yo quiero repetir en nombre del Señor esta misma invitación a ustedes, jóvenes de nuestra querida Iglesia de Santiago. “Vengan y Sígueme”. “No son ustedes los que me han elegido. Soy Yo el que los ha elegido a ustedes y los ha destinado para que vayan y den fruto. Y su fruto permanezca” (*Juan 15, 16.*)

Estoy seguro de que ustedes sabrán reconocer a Jesús en medio de su pueblo. Creo, también, que tendrán la fuerza de subir a la montaña para

escucharlo; que saltarán de gozo cuando reciban su palabra de bienaventuranza y que recorrerán la Tierra para anunciar Su nombre.

Les dirijo esta carta con toda mi confianza y mi afecto de Pastor y amigo. Tengo la esperanza de que ustedes la conviertan en oración y la pongan en práctica.

* * *

Conclusión¹:

Me he extendido ya largamente para presentarles a Jesús, el Señor. No serán muchas las palabras que, como Pastor de la Iglesia de Santiago, les podré dirigir en el futuro. Siento que “estoy terminando una carrera y esperando la corona de la vida”. Por eso mis palabras hoy día son las de un padre.

Hijos míos: No rehuyan el llamado del Maestro a caminar con Él. No pregunten por qué ni adónde los llama. Corran con Él la aventura de la fe. Experimentarán que nada hay, fuera de Él, que les entregue esperanza y salvación duraderas. Acérquense al Señor en los sacramentos y escúchenlo en la oración para que por sobre todas las cosas sean capaces de un amor sin límites. Amen sus propias vidas juveniles donde Dios

¹ En esta ocasión sólo reproducimos la introducción y conclusión de la Carta Pastoral a los jóvenes “Ven y Sígueme”, escrita con motivo de la realización de la Misión Joven en la Arquidiócesis de Santiago (N. del E.).

habita. Amen a los demás jóvenes que abrigan tantas esperanzas en ustedes. Amen a sus padres y familiares y tengan por ellos actitudes de comprensión y de perdón. Amen a la Iglesia y a sus Pastores y ayúdenla para que sea fiel al Evangelio. Amen a la humanidad y al mundo y háganse servidores y constructores del Reino. Pero para poder amar con la intensidad necesaria no olviden amar al Señor con todo el corazón, con todas las fuerzas y con toda el alma.

Que la Virgen María, Madre de los jóvenes, los acompañe. Que Ella sea el modelo de todos ustedes.

Reciban mi cariñosa bendición.

RAUL SILVA HENRÍQUEZ

Última Entrevista, Radio Chilena,
el 5 de Septiembre de 1982

MI SUCESOR SERÁ MEJOR COMPRENDIDO

Durante las dos últimas décadas, Monseñor Silva Henríquez ha estado al frente de la arquidiócesis de Santiago. Desde tan alto cargo le ha tocado relacionarse con cuatro Gobiernos distintos.

¿Cuál ha sido su vinculación personal con cada uno de ellos?

He tratado de ser muy amable, condescendiente, con cada uno de ellos. He tratado de ayudar a que el desempeño de ellos y de sus funciones, por parte nuestra, por parte de la Iglesia, por parte mía, fueran las más fáciles posibles, que tuvieran el mayor éxito en los buenos deseos de bien público que creo que todos ellos han tenido. ¿Lo he logrado? No lo sé. Claro está que ello no quiere decir que no conservara siempre con todos ellos la libertad necesaria de la Iglesia para manifestar cuáles son los grandes valores que la Iglesia defiende y que cree que son las bases de toda convivencia humana y, sobre todo, del bien común.

¿Cómo calificaría usted en estos momentos la situación de las relaciones Iglesia-Gobierno?

Tratamos de que sean las mejores posibles. La Iglesia está dispuesta a hacer cualquier sacrificio para obtener esa unión, esa complementación o comprensión, diré mejor, que es necesaria para el bien de la Nación. Sin embargo, no dejamos de constatar que hay, a veces, incomprensiones; las lamentamos y quisiéramos evitarlas. Pero siempre la Iglesia mantendrá el derecho a defender los ideales que el Señor le ha dado y le ha mandado defender, entre los cuales están la defensa de los derechos humanos, de los derechos del hombre. Nosotros en nuestra tarea de bien común, pedimos a los gobernantes que respeten las obligaciones que nosotros tenemos. Hoy día, lo ha dicho el Santo Padre, la defensa de los derechos del hombre está en la base de la predicación evangélica de la Iglesia.

¿Cómo juzga el nombramiento de un doctor en los gabinetes de Hacienda y Economía.

Hace poco, señor cardenal, usted dijo que algunas medidas adoptadas eran el principio del fin.

*¿Sigue pensando que se camina hacia el agotamiento de la política económica actual?
¿Cuál es su juicio moral sobre ella?*

No me corresponde a mí juzgar la calidad de los ministros que el Presidente escoge. Esa es una

facultad privativa de él. Respecto del señor Lüders lo estimo mucho; creo que es un hombre muy capaz e inteligente. Conmigo siempre ha sido muy deferente y yo también tengo para él gran estimación. Espero, y pido a Dios, que tenga éxito en su gestión. Todo éxito, sobre todo, en la parte económica del Gobierno incide en la nación entera, especialmente en los más pobres. Yo desearía que efectivamente se lograra satisfacer los mínimos derechos que los trabajadores de esta tierra tienen.

Yo he dicho que el cambio que se hizo del Ministro Sergio de Castro, y sobre todo la fluctuación del dólar, me parecía a mí, personalmente –no es un dogma de fe ni tampoco una verdad nacida del Evangelio– era el principio, del fin de la política económica del Gobierno. Y así lo he creído y me parece que los hechos lo están confirmando. No es un augurio, no es un deseo; sino la constatación de un hecho. Por lo demás, todo el mundo sabe, puesto que lo hemos dicho muchas veces, los Obispos no hemos aceptado esta política económica por considerarla que no está al servicio del hombre. Nosotros creemos, no como dogma de fe, que la economía es la que tiene su primer objetivo en rebajar la alta tasa de desempleo; a su vez, la Iglesia ha iniciado una campaña denominada “Trabajo para un Hermano”.

Esta última actitud, ¿es complementaria a la labor gubernamental? ¿Cuál es su opinión sobre este grave problema que nos aflige?

En realidad el problema más grave que existe hoy día es la cesantía. Creo que hay que hacer todo lo posible por corregirlo, ya que puede traer daños enormes a nuestro pueblo.

Por lo tanto, todo lo que haga el Gobierno será para nosotros una materia que aplaudiremos y deseamos que en ella el Gobierno tenga éxito.

Nuestra contribución es muy pequeña. En realidad nosotros no pretendemos, no podemos ni jamás lo hemos pensado, solucionar un problema nacional en que se requiere las posibilidades y organización que sólo tiene el Estado.

¿Cuáles en este momento el mensaje de la Iglesia, especialmente para los jóvenes de tantas poblaciones del país que están sin trabajo y que debido a ese problema caen en otras situaciones, como la drogadicción y la delincuencia?

Nuestro mensaje es el mensaje del Señor que viene a traer la paz, la liberación a los oprimidos, la salud a los enfermos. Nuestro mensaje es de esperanza. Nosotros tenemos esperanza de que esta situación será superada. Además lo que podemos decir es que siempre vamos a estar apoyando a todas las personas que por uno u otro motivo se encuentren afligidas, oprimidas, y que no tienen la posibilidad de vivir en conformidad a sus deseos de hombre, como persona humana.

Nosotros vamos a estar a su lado y haremos todo lo posible por ayudarles. Esperamos en Dios y esperamos en los hombres de que esta situación sea mejorada y superada.

Son varios miles los chilenos que viven en el exilio, ¿cuál es la opinión de la Iglesia sobre esta delicada situación?

El Santo Padre ha hablado en estos días con suma claridad ante los miembros del Cuerpo diplomático acreditado en Roma e hizo un llamado solemne, en el cual instó a los Gobiernos a terminar con el extrañamiento, con el destierro de las personas, sosteniendo que cada hombre tiene derecho a vivir en su Patria. Nosotros adherimos totalmente a lo que el Santo Padre quiere. Los Obispos de Chile lo hemos representado más de una vez con bondad y firmeza, seguiremos recordando este grave deber que tiene el gobernante. Esperamos que algún día se nos oiga.

- ¿Cual cree usted que es la situación actual de los Derechos Humanos en Chile?

Creo que siempre deja que desear la actitud del Gobierno respecto de los Derechos Humanos, pero espero y creo también, que se ha mejorado un tanto; y espero que esto lleve al reconocimiento real de todos los derechos del hombre y al respeto de ellos por parte de la autoridad.

La Iglesia ha enseñado desde siempre que el laico cristiano debe comprometerse en la construcción de la sociedad. Para ello, debe asumir el laico el compromiso con lo social y lo político. En el Chile de hoy, la consecuencia de muchos laicos, con esa enseñanza de la Iglesia, los ha llevado a sufrir detenciones, procesos judiciales y, aún, a ser condenados. ¿Que opina usted, como Pastor de la Iglesia de Santiago, acerca de esta realidad.

Consideramos que esta situación es de emergencia y transitoria. Hemos creído siempre que esto iba a ser de corta duración y no dejamos de pedir al Señor que este ideal, patrocinado por todos y manifestado expresamente por nuestras Fuerzas Armadas, se haga vida y que la ciudadanía pueda ejercitar los derechos políticos que todo hombre tiene y que la Iglesia reconoce en ellos. Pero, al mismo tiempo, estamos conscientes que a veces se nos imponen situaciones que debemos aceptar y que esperamos que ellas también sirvan para el bien de la Patria.

La Iglesia Católica, con el Papa Juan Pablo Segundo a la cabeza, ha jugado un papel importantísimo en la mantención de la paz entre Chile y Argentina. Luego de tres años de proceso de mediación aún no hay una solución definitiva a ese diferendo.

¿Usted es optimista frente a este problema?

Yo no puedo ser optimista ni pesimista, quiero ser realista. La situación de la mediación es un

problema difícil de resolver. Sin embargo, yo espero en dos cosas. Primero, en la autoridad moral del Santo Padre, que ninguno de los dos Gobiernos pueden desconocer. Y espero también en la capacidad de nuestros pueblos de comprender que hemos nacido juntos a la Independencia, que nos hemos ayudado mutuamente a través de nuestra Historia, que hemos sido los únicos países de América Latina que no hemos resuelto nuestras dificultades con guerras. Esta tradición dejada por nuestros mayores, dejada por los Padres de la Patria, debe ser respetada por todos nosotros. Debemos buscar un camino de entendimiento, que no debe ser, por ningún motivo, el camino de las armas. Yo espero que esto suceda.

Hace algunos meses, usted dijo que quería que el Papa le aceptara la renuncia. También manifestó que era hora de ser suplantado por alguien que fuera más aceptado por todos. ¿Sigue pensando igual de ambas cuestiones?

Sigo pensando igual. Pero creo que esto de que a uno lo miren con más o menos simpatía depende de dos factores. Primero, de la persona que está en el candelabro, en este caso el Arzobispo de Santiago, y, segundo, de la persona que mira o actúa con respecto a él. Son dos factores indispensables. Nosotros tenemos que tener buena voluntad para comprender a los hombres, para respetar a los hombres. Yo creo que el arzobispo de Santiago que ha de venir, tendrá

menos dificultades que el actual para ser comprendido y estimado. Es por eso que debe venir... en realidad, así está dispuesto en la ley de la Iglesia.

*A pocas horas de ir a presentar su renuncia.
¿Cuál es su mensaje?*

Yo le entrego un mensaje especialmente a los fieles de la Arquidiócesis de Santiago, un mensaje de agradecimiento por todo lo que ellos me han dado a mí, por el cariño que me han manifestado, por la paciencia que han tenido también. Y un mensaje de esperanza: el Señor es el que guía su Iglesia, el Señor estará con nosotros y El, en la persona de mi sucesor, será el que gobierne a la Iglesia de Santiago y que ayude a toda la Iglesia del país.

Quiero dar una acción de gracias al Señor por todo lo que he podido hacer en estos años y, al mismo tiempo, manifestarle a todos ustedes que yo estaré siempre al servicio de todos y que es el Santo Padre, el que decidirá el día y la hora en que yo deje de ser Arzobispo de Santiago.

El 18 de septiembre de 1982

¡GRACIAS!

**Homilía pronunciada a nombre del
Cardenal, por su Obispo Auxiliar,
en el Te Deum de 1982.**

Introducción

Es una gran alegría para mí, elevar la acción de Gracias de la Patria a Dios —que por la revelación de Nuestro Señor Jesucristo— es el Padre de todos.

Lo hago a nombre de nuestro querido Arzobispo de Santiago Cardenal Raúl Silva Henríquez, quien al término de su extraordinaria misión de Pastor, se encuentra en Roma poniendo a disposición del Padre de la Iglesia, el cargo que le fuera encomendado hace 21 años como padre y pastor de la Iglesia de Santiago.

Hermanos, si todo lo que Dios hace por el hombre es amor gratuito, la primera palabra del hombre a su Dios ha de ser siempre: “¡GRACIAS!”.

Agradecer es un acto propio de la inteligencia y de la fe. Es reconocer que en toda verdad y vida, en todo acontecer humano, aun en el más doloroso y menos comprensible, está presente ese Dios cuya misericordia y fidelidad son eternas.

La acción de gracias es uno de los elementos centrales del culto religioso. Omitirla, es señal de pagana soberbia. El hombre, o el pueblo, que pretenden no tener nada que agradecer a Dios o a los demás hombres, no esperen recibir nada, tampoco, de Dios y de los hombres.

1. Agradecer

Que nuestra primera palabra, por eso, sea ahora y siempre “¡GRACIAS!”. “TE DEUM LAUDAMUS”: a Ti, nuestro Dios, llegue nuestra gratitud humilde y regocijada. Reconocemos y proclamamos que todo don perfecto, todo cuanto hay en nosotros de vida y esperanza, todo el amor que hemos dado y recibido; el cáliz, también, que hemos bebido sin desfallecer en la angustia, la cruz que hemos llevado sin escandalizarnos de Ti, todo es obra de tu amor gratuito: Padre rico en misericordia, principio y fin de la historia, luz y salvación de tu pueblo!

Decimos “¡GRACIAS!”, también, a quienes nos acompañan en esta hora y lugar. *A los responsables del bien común temporal*, porque su presencia es signo de apertura a las voces del Señor. *A los pastores y representantes de credos religiosos*, porque orando juntos testimonian que la unidad es posible, y que la fe en Dios es el soporte y garante más firme de la paz, objetivo supremo de la patria. *A los embajadores de naciones amigas*, porque nos necesitamos y nos queremos, y no podemos construir nuestro

destino patrio sino en solidaria comunión de bienes, intereses y espíritu.

Gracias, de modo particular, *a nuestro pueblo de Chile*. El es el sujeto, el fin, el fundamento, el protagonista indispensable y en cierto sentido principal de las instituciones, humanas y divinas, que nosotros representamos. Las leyes, el Estado, la autoridad, el poder, la Iglesia, los sacramentos: *todo es don de Dios para servicio del hombre, para edificación de su pueblo*.

¡Qué ejemplos admirables de silenciosa grandeza nos regala Dios en nuestro pueblo de Chile! Su entereza y fe para sobrellevar catástrofes naturales. Su generosidad espontánea en compartir solidariamente lo que se tiene con el más necesitado. Su capacidad de aceptar sacrificios cuando los entiende como exigidos por el bien común. Su atención preferente hacia la vida más débil, el niño desnutrido o lisiado, el anciano desvalido, el enfermo, el preso, el cesante. La fortaleza de sus mujeres, el idealismo de sus jóvenes —a quienes queremos servir con abnegación y profundo desinterés—. El ansia común y siempre creciente de Dios, experimentado cada día más como el Padre cercano y bueno. El anhelo de crecer, de saber y ser más. Su firme voluntad de paz, justicia y condena de toda forma de violencia. Su aprecio y defensa del valor capital de la familia en el proceso educativo y en la transmisión de la fe, son algunas de las innumerables lecciones diarias de sabiduría

y de amor por las que hemos de decir “¡gracias!” a nuestro pueblo de Chile, y a Dios, nuestro Padre.

En el nombre de Cristo, que agradece como hecho a Él todo servicio prestado al hombre que sufre, y lo recompensa con vida eterna, decimos también “¡GRACIAS!” a quienes, como autoridad o como particulares, en organizaciones públicas o en iniciativas privadas, en su labor profesional o en compromisos voluntarios, realizan obras de justicia y de misericordia a favor de nuestro pueblo. Dar a cada uno lo suyo. Poner a cada uno en situación de satisfacer su derecho a nacer, a comer, a aprender, a trabajar, a creer. Posibilitar el acceso a una morada digna del hombre y de su familia, y a los medios de conservación y sanación del don divino que es la vida. Educar, capacitar, recrear el cuerpo y el espíritu mediante la práctica deportiva y el quehacer cultural. Proteger al jurídicamente indefenso. Acompañar y alentar al solitario. Apoyar en su dolor a aquellos que por diversas razones deben vivir como forasteros lejos de la patria. Hacer más expedita la justicia. Rehabilitar al preso. Mantener viva la conciencia de la dignidad humana y testimoniar con obras la fe divina: todo eso que se hace para servir al pueblo, y en modo particular a los más débiles y más pobres, es servicio que se presta a Cristo (Cfr. Mt. 25,31-40).

La Iglesia lo reconoce y agradece, en nombre del Señor.

2. Ofrecer

Junto a la acción de gracias, es propio de todo culto religioso ofrecer y entregar a Dios todo lo que el hombre tiene. Hoy, en el día de la patria, ponemos nuevamente a Chile en las manos de Dios.

Si nuestra patria chilena es obra del gratuito amor de Dios, es de justicia que la restituyamos a quien es su único dueño, Señor y Salvador.

En esta restitución y consagración de Chile a su Dios nadie debe temer un despojo, o una pérdida dolorosa.

Pertenecer a Dios no significa abdicar de la propia responsabilidad en la construcción de la historia. Significa hacer la historia junto con Dios, con el pensamiento de Dios, con la luz y la fuerza divina. La divina providencia no convierte al hombre en objeto pasivo: lo necesita y exige como instrumento libre. Normalmente Dios habla, gobierna, sirve y santifica al hombre mediante el hombre. Todos nosotros hemos de ser ministros de la providencia divina, embajadores de Cristo.

Restituir la patria a Dios significa decir: ¡Queremos construirla nosotros contigo, nosotros según tu voluntad, nosotros como intérpretes y ejecutores libres de lo que Tú piensas sobre el hombre y la sociedad, sobre la justicia y la paz, sobre la libertad y el amor! ¡No queremos una

patria según nuestros planes humanos, necesariamente limitados y caducos, sino inspirada en esa imagen divina del hombre que Tú nos ha revelado en tu Hijo Jesucristo!

Ponemos nuevamente a Chile en las manos de Dios. Las manos de Dios son esencialmente creadoras, infatigablemente activas. Poner a Chile en las manos de Dios significa dejar de lado toda falsa resignación, todo cansado fatalismo, toda pasividad y derrotismo. Las manos de Cristo trabajaron la madera, multiplicaron el pan, dieron vista a los ciegos y oído a los sordos, defendieron la santidad del Templo, comunicaron perdón, amistad, paz. Sólo los clavos de la Cruz pudieron inmovilizarlas. Pero aún y sobre todo entonces, las manos de Cristo siguieron siendo creadoras y activas, convirtiendo el dolor y la impotencia humana en la más potente oración que la tierra haya dirigido al cielo.

Ponernos en las manos de Dios significa reactivar la esperanza. Las manos y el espíritu de Dios formaron el Universo a partir de la nada, crearon al hombre a partir del barro, cambiaron su corazón de piedra en corazón de carne, vencieron el pecado mediante el sufrimiento de Cristo, vencieron la muerte resucitando a Jesucristo.

Nada es imposible para el hombre que se pone, por la fe, en las manos creadoras de Dios.

Y si el hombre sintiera, como muchos de nosotros sentimos, que a la hora de ofrecer algo a Dios casi no se posee otra cosa que limitaciones y fracaso, enfermedad o angustia, frustración y carencia, entonces es precisamente eso lo que, en gesto de suprema confianza, debemos poner en las manos divinas.

Cuando los hombres le entregamos a Dios lo que realmente somos y tenemos, Dios responde entregándonos lo más precioso de su ser divino: su Hijo, Jesucristo, Luz y Salvación del mundo.

El sufrimiento de la patria se convierte así en inagotable fuente de esperanza. Podemos, entonces, gritar con San Pablo: “si Dios está por nosotros. ¿quién contra nosotros? Si a su propio Hijo lo entregó por todos nosotros, ¿cómo dejará de otorgarnos, con El, todo favor?” (Romanos 8, 31-32).

Hubo un hombre que puso y entregó, en las manos de Dios, todo lo más precioso que tenía, lo que él más amaba: su hijo. Estuvo incluso dispuesto a consumir él mismo el holocausto que lo privaría del hijo.

Pero la mano de Dios detuvo su intento y le concedió, como respuesta a su entrega de fe, una fecundidad pasmosa, similar a las arenas del mar y a las estrellas del cielo.

El hombre se llamaba Abraham. Es nuestro padre en la fe y nuestro maestro de esperanza. Su nombre significa: padre de una multitud.

Todos los que nos sentimos llamados a ser padres de un pueblo, padres de una familia, padres también de una patria incesantemente recreada, hemos de caminar con la misma fe y esperanza de Abraham: dispuestos a grandes sacrificios, ciertos de la fidelidad y omnipotencia divinas.

3. Escuchar

En todo acto de culto religioso es indispensable que el hombre escuche a su Dios. Porque Dios habla: en la Biblia, en la Iglesia, en los signos del tiempo, en la comunidad, en el santuario de la conciencia. Dios habla, sobre todo, en su Hijo Jesucristo, Palabra eterna de Dios.

Escuchar a Dios que nos habla en Jesucristo, y obedecer a esa Palabra es signo de suprema sabiduría y fuente de inagotable felicidad. La casa del hombre fundada sobre la Palabra de Dios tiene fundamento de roca y permanece enhiesta en el huracán.

Para que el edificio de la patria pueda afrontar, con solidez incommovible, los rigores de un tiempo pródigo en cataclismos naturales y sociales, hemos de perseverar, atentos y dóciles, en la escucha de la Palabra de Dios.

Hay un testigo y maestro fiel de esa Palabra, a quien nuestra familia chilena profesa particular gratitud y estima: *el Papa Juan Pablo Segundo*. Acoger sus sabias directrices de paz, como lo ha

hecho el Gobierno de Chile en el caso del diferendo limítrofe austral, abre un camino seguro para edificar la patria sobre el fundamento de roca de la Palabra divina. Con igual actitud creyente quisiéramos poder enfrentar todos los demás problemas de la vida nacional.

3.1. Vida y persona humana

La primera Encíclica del Santo Padre quiso enfatizar el *valor sagrado de la vida y persona humana*.

Desde el primer instante de su concepción hasta el último de su existencia natural en el tiempo, la vida humana es sagrada: queda excluida de todo arbitrario poder supresivo, investida de dignidad inviolable, merecedora de todo respeto y cuidado, de todo debido sacrificio.

Creado por Dios, asumido y redimido por Cristo habitado por su Espíritu, dotado de naturaleza espiritual y de esa libertad que es huella y semejanza divina, todo hombre es persona. *En esa calidad tiene derechos y deberes que le son consustanciales, inviolables, irrenunciables.* El hombre —nos dice el Papa— es siempre un sujeto, nunca un objeto; siempre un fin, nunca un medio; siempre una meta, jamás una etapa.

Todos los caminos de la Iglesia —afirma el Papa— todos los caminos de la patria —nos atrevemos a afirmar nosotros— conducen desde Cristo al

hombre. El hombre es nuestro camino primero y fundamental; el respeto de su vida, de su dignidad, de sus derechos y deberes fundamentales ha de ser el esquema esencial de nuestro examen de conciencia, y constituye la materia decisiva en la escena del juicio final de Cristo a los hombres.

Ese profundo estupor, ese religioso respeto ante el valor divino de lo humano se llama Evangelio, se llama cristianismo.

Por eso la guerra es, en palabras del Papa, un fenómeno absurdo y siempre injusto; un camino peligroso, regresivo, antihumano. Con mayor razón lo es el terrorismo.

Por eso todo *atentado contra la vida – homicidio de cualquier clase, aborto, eutanasia–* toda violación de la integridad de la persona humana –*como la tortura moral o física–*, toda *ofensa de la dignidad humana*, toda *carencia de respeto a la libertad y responsabilidad de la persona* son –en palabras del Concilio– prácticas infamantes, que degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador (Gaudium et Spes, 27).

La paz –había dicho Paulo VI– es el otro nombre de la vida. Los grandes enemigos de la vida son los grandes obstáculos a la paz.

3.2. Justicia

Pero la paz es, también, fruto de la justicia. “Vista desde el Evangelio, la justicia no es sólo el hábito de dar a cada uno lo suyo. La justicia va más allá de lo meramente legal. Es la urgencia de amar y hacer respetar el derecho del prójimo, tal como ama y exige un respeto a sus propios derechos.

La injusticia es enemiga de la paz, porque el hombre violentado en sus derechos siente germinar en sí el resentimiento y la contraviolencia. ¡Cuánto cuidado debemos tener de no empujar a los justos y no violentos al camino de la destrucción y el exterminio del orden social: la senda de la violencia!

Es de justicia que todo hombre tenga acceso a los bienes indispensables para la vida, y que el Creador destinó al uso común. Una vía concreta de acceso a esos bienes es el trabajo, debidamente remunerado.

Trabajar es un deber y derecho natural. La imposibilidad de cumplirlo deteriora gravemente la condición del hombre, altera negativamente la convivencia familiar y genera peligrosas potencialidades de conflicto social.

Es de justicia que todos nos empeñemos, sin distraer tiempo ni energías en recíprocas acusaciones ni estériles polémicas, por afrontar con soluciones constructivas, con políticas

globales y con iniciativas privadas, este mal del desempleo que a todos nos duele, y que más allá de cierto límite reviste —en palabras del Papa— *carácter de calamidad social*.

Otras metas o etapas pueden postergarse, otros medios utilizarse, otros objetos u objetivos sacrificarse: el *hombre, nunca*.

Es también de justicia reconocer la *hipoteca social* que grava la propiedad de nuestros bienes, y ayudar, no sólo con lo superfluo, a satisfacer la necesidad y derechos de quienes viven en extrema pobreza.

Un estilo de vida sobrio y solidario: la disposición pronta a comunicar lo que se tiene con los que nada tienen; preferir el trabajo productivo a la inversión especulativa y a la riqueza fácil; dar trabajo antes que limosna; abstenerse de lujos y ostentaciones que ofenden al pobre; en una palabra, redescubrir la espiritualidad del compartir, características de la fe evangélica, nos parece un imperativo de conciencia nacional.

3.3. Familia

El Papa nos propone un tercer camino y fundamento de la paz: DEFENDER LA FAMILIA.

¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia!
La patria, nuestra patria, será lo que sean sus familias.

Que el Santo Padre haya escogido a un obispo chileno como Secretario Ejecutivo del Pontificio Consejo para la Familia, merece interpretarse como un claro designio divino: Chile debe distinguirse, en el concierto de las naciones, por su amor, defensa y promoción de los valores morales y culturales propios de la familia.

Pocas personas, pocas actividades construyen tan sólidamente la patria, como aquellas que se consagran a robustecer la comunidad familiar, asegurándole vivienda digna, trabajo, salud, educación y sobre todo fe.

Una sociedad sana, una civilización del amor sólo pueden edificarse sobre una familia vigorosa, basada en el matrimonio fiel e indisoluble.

El flagelo nacional del alcoholismo, la drogadicción y la pornografía destruyen la familia y con ella la sociedad. Aquí no caben la pasividad, la tolerancia ni el permisivismo moral o legal. La mayor riqueza de la nación, su patrimonio ético está en la familia. Todo el que sienta responsabilidad por la patria tiene, como primera tarea, defender el santuario de la familia.

4. Pedir

Concluamos ya esta reflexión de fe sobre la patria. Concluámosla con una plegaria encendida de esperanza.

La esperanza cristiana que nos orienta hacia la libertad, único destino para quienes somos hijos de Dios. Libertad de nuestros pecados, de nuestras esclavitudes y de todo cuanto oprime al hombre.

Nuestra esperanza no es pasividad, sino que ella engendra la decisión de trabajar eficazmente por darle presencia anticipada a lo que se espera. Nos eleva de una confianza en nosotros, a la confianza en la Gracia de Dios.

Tenemos mucho que pedirle a Dios. En rigor, todo. Sabemos que el El existimos, por El nos movemos y somos. Sin El, no podemos hacer nada.

Queremos pedirle, como lo manda la Escritura, por todos los depositarios de la autoridad –tanto civil como religiosa—; que el Espíritu de Dios los colme de sabiduría, prudencia, justicia y misericordia, en su indispensable misión de construir la unidad y la paz.

Queremos elevar nuestra oración al cielo, pidiendo el don de la reconciliación fraterna, del perdón recíproco, de la apertura confiada de unos a otros. Que este encuentro común en la casa de Dios sea signo de nuestra voluntad de encontrarnos y reconocernos como hermanos, más allá de nuestras discrepancias, en la fuerza de nuestra fe en el Dios que es Padre de todos!

Queremos pedir lo mismo que nos atrevemos a prometer: “Construir en Chile la civilización del

amor". Porque sólo el amor construye una civilización. Queremos profesar que creemos en el amor como la fuerza más poderosa en el universo. Más poderosa, por cierto, que el odio, que el miedo, que la violencia. Porque creemos en Dios Padre Todopoderoso. Y Dios es Amor.

Quiero terminar estas palabras citando al Papa Juan Pablo II cuando se despedía de su Pueblo en su visita apostólica de 1979.

“Os ruego: que no perdáis jamás la confianza, que no os dejéis abatir, que no os desaniméis.

Que no cortéis por vuestra cuenta las raíces de nuestros orígenes.

Os ruego: que tengáis confianza, a pesar de vuestra debilidad; que busquéis siempre la fuerza espiritual de Aquel en quien tantas generaciones de nuestros padres y de nuestras madres la han encontrado.

No os separéis jamás de El.

No perdáis jamás la libertad de espíritu, con la que El hace libre al hombre.

No despreciéis jamás la caridad, que es la cosa más grande que se ha manifestado a través de la cruz, y sin la cual la vida humana no tiene raíz ni sentido.

Os pido todo esto: en recuerdo y por la poderosa intercesión de la Madre de Dios”.

En esta hora de gratitud, imploramos a María Santísima, la Virgen del Carmen, la madre y reina de todo el pueblo chileno, su especial intercesión para poder hacer de Chile una gran nación de hermanos.

ASÍ SEA

Homilía 1° de mayo de 1983

DEBO DESPEDIRME

**En su último mensaje a los trabajadores,
el Cardenal recuerda sus enseñanzas
a través de 22 años de magisterio
en la Arquidiócesis.**

MUY QUERIDOS HIJOS:

En mayo de 1961 el Papa Juan XXIII me elegía Arzobispo de Santiago. El 24 de mayo fue publicado mi nombramiento en L'Osservatore Romano, diario oficial del Vaticano. He cumplido, por lo tanto, 22 años de Arzobispo de Santiago. Hoy ha llegado el término de mi Pontificado y debo despedirme.

Ustedes han querido tener esta reunión para darme el adiós. Lo agradezco inmensamente, y agradezco también todos los regalos que me han hecho y las palabras bondadosas que me han dirigido. Y deseo, una vez más, rendir un homenaje a los obreros de Chile en mi calidad de Pastor de la Iglesia de Santiago.

Me parece oportuno recordar algo de lo que tantas veces he dicho en estos 22 años de Pontificado en

el día Primero de Mayo, Fiesta de San José Obrero. Al hablar de estas cosas siempre he sido criticado “por hablar de política y meterme en cosas que no me corresponden”, en cosas “contingentes” y que, por lo tanto, son “opinables”; y los católicos “no tienen ninguna obligación de aceptar estas doctrinas ni mucho menos ponerlas en práctica”. Siempre ha sido, pues, una tarea irrenunciable la de defender la competencia de la Iglesia en este campo. Por eso, hoy quiero recordar, una vez más, lo que tantas veces he dicho y hecho presente.

En primer lugar, citaré una Encíclica que veía la luz pública en los mismos días que yo era nombrado Arzobispo de Santiago. Por esa coincidencia siento por ella un especial afecto. El Papa Juan XXIII decía el 15 de mayo de 1961 en la encíclica “Mater et Magistra”: “La Iglesia Católica enseña y proclama una doctrina de la sociedad y de la convivencia humana que posee indudablemente una perenne eficacia. El principio capital, sin duda alguna, de esta doctrina afirma que el hombre es necesariamente fundamento, causa y fin de todas las instituciones sociales; el hombre, repetimos, en cuanto es sociable por naturaleza y ha sido elevado a un orden sobrenatural”.

“De este trascendental principio, que afirma y defiende la sagrada dignidad de la persona humana, la Santa Iglesia, con la colaboración de sacerdotes y seglares competentes, ha deducido, principalmente en el último siglo, una luminosa

doctrina social para ordenar las mutuas relaciones humanas de acuerdo con los criterios generales que responden tanto a las exigencias de la naturaleza y a las distintas condiciones de la convivencia humana como el carácter específico de la época actual, criterios que precisamente por esto pueden ser aceptados por todos”.

“Sin embargo, hoy más que nunca, es necesario que esta Doctrina Social sea no solamente conocida y estudiada, sino además llevada a la práctica en la forma y en la medida que las circunstancias de tiempo y de lugar lo permitan o reclamen. Misión ciertamente ardua, pero excelsa, a cuyo cumplimiento exhortamos no sólo a nuestros hermanos e hijos de todo el mundo, sino también a todos los hombres sensatos”.

“Pero una doctrina social no debe ser materia de mera exposición. Ha de ser, además, objeto de aplicación práctica. Esta norma tiene validez sobre todo cuando se trata de la Doctrina Social de la Iglesia, cuya luz es la verdad, cuyo fin es la justicia y cuyo impulso primordial es el amor”.

“Es, por tanto, de suma importancia que nuestros hijos, además de instruirse en la doctrina social, se eduquen sobre todo para practicarla”.

“...Es imprescindible que los seculares no sólo sean competentes en su profesión respectiva y trabajos en armonía con las leyes aptas para la consecución de sus propósitos, sino que ajusten su actividad a los principios y normas sociales

de la Iglesia, en cuya sabiduría deben confiar sinceramente y a cuyos mandatos han de obedecer con filial sumisión. Consideren atentamente los seculares que si no observan con diligencia los principios y las normas sociales dictadas por la Iglesia y confirmadas por Nos, faltan a sus inexcusables deberes, lesionan con frecuencia los derechos de los demás y pueden llegar a veces incluso a desacreditar la misma doctrina, como si fuese en verdad la mejor, pero sin fuerza eficazmente orientadora para la vida práctica” (Mater et Magistra Nos. 218-119;220;221-226-227-241).

Creo, pues, haber dado una vez más razón de mi intervención citando la autoridad suprema del Sumo Pontífice, a la cual deben obedecer todos los católicos, si en realidad son tales.

“Una segunda cuestión es saber cuál es el valor que la Iglesia da al trabajo humano y cuál es, por lo tanto, la obligación que los católicos tienen de respetarlo: el hombre debe someter la tierra, debe dominarla, porque como imagen de Dios es una persona, es decir, un ser subjetivo capaz de obrar de manera programada y racional, capaz de decidir acerca de sí y que tiende a realizarse a sí mismo. Como persona, el hombre es pues sujeto del trabajo”.

“...No hay duda que el trabajo humano tiene un valor ético, al cual está vinculado completa y directamente el hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide de sí mismo. La edad

antigua introdujo entre los hombres una propia y típica diferenciación en gremios, según el tipo de trabajo que realizaban. El trabajo que exigía de parte del trabajador el uso de sus fuerzas físicas, el trabajo de los músculos y manos, era considerado indigno de hombres libres y por ello era ejecutado por esclavos. El cristianismo, ampliando algunos aspectos ya contenidos en el Antiguo Testamento, ha llevado a cabo una fundamental transformación de conceptos, partiendo de todo el contenido del mensaje evangélico y sobre todo del hecho de que Aquel, que siendo Dios se hizo semejante a nosotros en todo, dedicó la mayor parte de los años de su vida terrenal al trabajo manual junto al banco del carpintero. Esta circunstancia constituye por sí sola el más elocuente Evangelio del Trabajo, que manifiesta cómo el fundamento para determinar el valor del trabajo humano que ni es en primer lugar el tipo de trabajo que se realiza sino el hecho de que quien lo ejecuta es una persona... A esto va unida inmediatamente una consecuencia muy importante de naturaleza ética: es cierto que el hombre está destinado y llamado al trabajo: pero ante todo, el trabajo está en función del hombre, y no el hombre en función del trabajo. Con esta conclusión se llega justamente a reconocer la preeminencia del significado subjetivo del trabajo sobre el significado objetivo” (Laborem Exercens, 22 a 24).

Contra esta idea humanizante del trabajo surge la idea contraria basada en el materialismo ateo: marxista o capitalista, de que el trabajo es una mercadería o como una fuerza-trabajo. Esta idea surge en Laborem Exercens: “Una ocasión

sistemática y, en cierto sentido, un estímulo para este modo de pensar y valorar está constituido por el acelerado proceso de desarrollo de la civilización unilateralmente materialista, en la que se da importancia primordial a la dimensión objetivo del trabajo, mientras la subjetiva –todo lo que se refiere indirecta o directamente al mismo sujeto del trabajo– permanece a un nivel secundario. En todos los casos de este género, en cada situación social de este tipo se da una confusión, e incluso una inversión del orden establecido desde el comienzo con las palabras del libro del Génesis: el hombre es considerado como un instrumento de producción, mientras él –él solo, independiente del trabajo que realiza– debería ser tratado como sujeto eficiente y su verdadero artífice y creador. Precisamente tal inversión de orden, prescindiendo del programa y de la denominación según la cual se realiza, merecería el nombre de “capitalismo” en el sentido indicado más adelante con mayor amplitud. Se sabe que el capitalismo tiene su preciso significado histórico como sistema y sistema económico-social en contraposición al “socialismo” o “comunismo”. Pero, a la luz del análisis de la realidad fundamental del entero proceso económico, y ante todo, de la estructura de producción –como es precisamente el trabajo– conviene reconocer que el error del capitalismo primitivo puede repetirse dondequiera que el hombre sea tratado de alguna manera como parte de todo el complejo de los medios materiales de producción, como un instrumento y no según la

verdadera dignidad de su trabajo, o sea como sujeto y autor, y, por consiguiente, como verdadero fin de todo el proceso productivo.

“Se comprende así cómo el análisis del trabajo humano hecho a la luz de aquellas palabras, que se refieren al dominio del hombre sobre la tierra, penetra hasta el centro mismo de la problemática ético-social”.

Esta concepción debería también encontrar un puesto central en toda la esfera de la política, social y económica, tanto en el ámbito de cada uno de los países, como en el más amplio de las relaciones internacionales e intercontinentales.

“Precisamente, a raíz de esta anomalía de gran alcance, surgió en el siglo pasado la llamada cuestión obrera, denominada a veces cuestión proletaria. Tal cuestión con los problemas anexos a ella ha dado origen a una justa reacción social, ha hecho surgir y casi irrumpir un gran impulso de solidaridad entre los hombres del trabajo, y ante todo, entre los trabajadores de la industria. La llamada a la solidaridad y a la acción común, lanzada a los hombres del trabajo sobre todo a los del trabajo sectorial monótono, despersonalizador en los complejos industriales, —cuando la máquina tiende a dominar sobre el hombre— tenía un importante valor y su elocuencia desde el punto de vista de la ética social. Era la reacción contra la degradación del hombre como sujeto del

trabajo, y contra la inaudita y concomitante explotación en el campo de las ganancias, de las condiciones de trabajo y de providencia hacia la persona del trabajador. Semejante reacción ha reunido al mundo obrero en una comunidad caracterizada por una gran solidaridad.

“Tras las huellas de la *Encíclica Rerum Novarum* y de muchos documentos sucesivos del Magisterio de la Iglesia se debe reconocer francamente que fue justificada, desde la óptica de la moral social, la reacción contra el sistema de injusticia y de daño, que pedía venganza al cielo, y que pesaba sobre el hombre de trabajo en aquel período de rápida industrialización. Esta situación estaba favorecida por el sistema socio-político liberal que, según sus premisas de economicismo, reforzaba y aseguraba la iniciativa económica de los solos poseedores del capital, y no se preocupaba suficientemente de los derechos del hombre de trabajo, afirmando que el trabajo humano es solamente instrumento de producción, y que el capital es el fundamento, el factor eficiente, y el fin de la producción” (*Laborem Exercens*, págs. 26-30).

“Vuestro Movimiento asume la configuración del Movimiento Eclesial precisamente cuando coloca entre sus finalidades primarias la de llevar este mensaje en medio del mundo del trabajo. Especialmente los trabajadores cristianos deben llevar al mundo del trabajo este mensaje social, rico de valores y de propuestas que brotan de la misma enseñanza evangélica, y que la Iglesia,

desde siempre, por sobre todo en este último siglo, desde la *Rerum Novarum a la Laborem Exercens*, ofrece como instrumento de auténtica promoción social. La aportación de esta doctrina actúa sobre todo en el plano de los principios de orden moral, pero sin ellos jamás podrá encontrar solución adecuada la llamada cuestión social”.

La misión de todo trabajador cristiano, así como la de toda asociación de trabajadores, es la de ser portador, anunciador y testigo de lo que, en la mencionada Encíclica, se ha llamado ‘Evanglio del Trabajo’.

A la luz de estos principios básicos se puede comprender por qué al trabajo se le reconoce rol primado sobre el capital y sobre todo bien producido: el capital, en cuanto conjunto de medios de producción, es sólo un instrumento, mientras que el trabajo es causa primaria, que lleva de nuevo al hombre y a su dignidad; por medio del trabajo del hombre se realiza a sí mismo, descubre su verdadera identidad y, a la vez, hace crecer la sociedad, no sólo por los bienes materiales que produce y pone a disposición de todos sino, sobre todo, por los valores morales que enriquecen a la comunidad y facilitan la consecución del auténtico bien común.

“Todo cristiano, y especialmente el trabajador cristiano, debe llevar a la sociedad esta concepción del trabajo, porque es la clave para afrontar la solución de todos los problemas inherentes a este

sector” (Juan Pablo II, discurso a los trabajadores italianos, 1983).

La tercera cuestión es la Defensa de los Derechos Humanos, que con tanta frecuencia he hecho durante mi Episcopado. Sobre tal cuestión, muy combatida por los hombres del actual Gobierno, la idea y la Doctrina de la Iglesia es clarísima: “En toda convivencia humana bien ordenada y provechosa hay que establecer como fundamento el principio de que todo hombre es persona, esto es, naturaleza dotada de inteligencia y de libre albedrío, y que por tanto, el hombre tiene por sí mismo derechos y deberes que dimanan inmediatamente y al mismo tiempo de su propia naturaleza. Estos derechos y deberes son, por ello, universales e inviolables y no pueden renunciarse por ningún concepto”.

“Si, por otra parte, consideramos la dignidad de la persona humana a la luz de las verdades reveladas por Dios; hemos de valorar necesariamente en mayor grado aún esta dignidad; ya que los hombres han sido redimidos con la sangre de Jesucristo, hechos hijos y amigos de Dios por la gracia sobrenatural y herederos de la gloria eterna... Puesto a desarrollar, en primer término, el tema de los derechos del hombre observemos que éste tiene un derecho a la existencia, a la integridad corporal, a los medios necesarios para un decoroso nivel de vida, cuales son, principalmente, el alimento, el vestido, la vivienda, el descanso, la asistencia médica y, finalmente, los servicios indispensables que a

cada uno debe prestar el Estado. De lo cual se sigue que el hombre posee también el derecho a la seguridad personal en caso de enfermedad, invalidez, viudez, vejez, cesantía y, por último, cualquier otra eventualidad que le prive, sin culpa suya, de los medios necesarios para su sustento”.

“El hombre exige, además, por derecho natural el debido respeto a su persona, la buena reputación social, la posibilidad de buscar la verdad libremente y, dentro de los límites del orden moral y del bien común, manifestar y difundir sus opiniones y ejercer una profesión cualquiera y, finalmente, disponer de una información objetiva de los sucesos públicos”.

“Entre los derechos del hombre débese enumerar también el de poder venerar a Dios, según la recta norma de su conciencia, y profesar la religión en privado y en público. En lo relativo al campo de la economía, es evidente que el hombre tiene derecho natural a que se le facilite la posibilidad de trabajar y a la libre iniciativa en el desempeño del trabajo”.

“De la dignidad de la persona humana nace también el derecho a ejercer las actividades económicas, salvando el sentido de la responsabilidad. Por tanto, no debe silenciarse que ha de retribuirse al trabajador con un salario establecido conforme a las normas de justicia y que, por lo mismo, según las posibilidades de la empresa, le permita, tanto a él como a su familia, mantener un género de vida adecuado a la dignidad del hombre”.

“De la sociabilidad natural de los hombres deriva el derecho de reunión y de asociación, el de dar a las asociaciones que creen, la forma más idónea para obtener los fines propuestos: el de actuar dentro de ellas libremente y con propia responsabilidad, y el de conducir las a los resultados previstos” (Pacem in Terris, Nos. 9.10.11.12.14.18.20 y 23).

En Pacem in Terris el Santo Padre defiende también la libertad del hombre en la sociedad civil: “...cada cual ha de actuar por su propia decisión, convencimiento y responsabilidad, y no movido por la coacción o por presiones que la mayoría de las veces provienen de fuera. Porque una sociedad que se apoye sólo en la razón de la fuerza ha de calificarse de inhumana. En ella, efectivamente, los hombres se ven privados de su libertad, en vez de sentirse estimulados, por el contrario, al progreso de la vida y al propio perfeccionamiento”.

“Por esto, la convivencia civil sólo puede juzgarse ordenada, fructífera y congruente con la dignidad humana si se funda en la verdad. Es una advertencia del Apóstol San Pablo: “Despojándonos de la mentira, hable cada uno verdad con su prójimo, pues que todos somos miembros unos de otros”. Esto ocurrirá ciertamente, cuando cada cual reconozca, en la debida forma, los derechos que son los propios y los deberes que tiene para con los demás. Más todavía: una comunidad humana será cual la hemos descrito cuando los ciudadanos, bajo la

guía de la justicia, respeten los derechos ajenos y cumplan sus propias obligaciones; cuando estén movidos por el amor de tal manera, que sientan como suyas las necesidades del prójimo y hagan a los demás partícipes de sus bienes, y procuren que en todo el mundo haya un intercambio universal de los valores más excelentes del espíritu humano. No basta esto sólo, porque la sociedad humana se va desarrollando conjuntamente con la libertad, es decir, con sistemas que se ajusten a la dignidad del ciudadano, ya que, siendo éste racional por naturaleza, resulta, por lo mismo responsable de sus acciones”.

“El orden vigente en la sociedad es todo él de naturaleza espiritual. Porque se funda en la verdad, debe practicarse según los preceptos de la justicia, exige ser vivificado y completado por el amor mutuo y, por último, respetando íntegramente la libertad, ha de ajustarse a una igualdad cada día más humana” (Pacem in Terris, Nos. 34-35 y 37).

Por ultimo quiero terminar con las condiciones fundamentales de la Doctrina de la Iglesia sobre la Paz y la Unidad del mundo social. Para que sea posible esta unidad y esta paz, debe haber en primer lugar, un entendimiento y una unidad entre el Gobierno y el Pueblo. El Gobierno debe comprender cuál es su razón de ser y lo único que justifica y da respaldo moral a su autoridad es la consecución del Bien Común: “la razón de ser de cuantos gobiernan radica por completo en el bien

común, de donde se deduce claramente que todo gobernante debe buscarlo, respetando la naturaleza del propio bien común, y ajustando al mismo tiempo sus normas jurídicas a la situación real de las circunstancias... Los gobernantes han de orientar sus esfuerzos a que el bien común redunde en provecho de todos, sin preferencia alguna por persona o grupo social determinado, como lo establece ya León XIII: “no se puede permitir en modo alguno que la autoridad civil sirva al interés de uno o de pocos, porque está constituida para el bien común de todos”. Sin embargo, por razones de justicia y de equidad pueden exigir, a veces, que los hombres de gobierno tengan especial cuidado de los ciudadanos más débiles, que pueden hallarse en condiciones de inferioridad, para defender sus propios derechos y asegurar sus legítimos intereses”.

“En la época actual, se considera que el bien común consiste principalmente en la defensa de los derechos y deberes de la persona humana. De aquí que la misión principal de los hombres de gobierno deba tender a dos cosas: de un lado, reconocer, respetar, armonizar, tutelar y promover tales derechos; de otro, facilitar a cada ciudadano el cumplimiento de sus respectivos deberes. Tutelar el campo intangible de los derechos de la persona humana y hacerle llevadero el cumplimiento de sus deberes debe ser oficio esencial de todo poder público. Por eso, los gobernantes que no reconozcan los derechos del hombre o los violen, faltan a su propio deber

y carecen, además, de toda obligatoriedad las disposiciones que dicten. Es por eso necesario que los gobiernos pongan todo su empeño para que el desarrollo económico y el progreso social, avancen al mismo tiempo ... Y no menos empeño deberán poner las autoridades en procurar y en lograr que a los obreros aptos para el trabajo se les dé la oportunidad de conseguir un empleo adecuado a sus fuerzas; que se pague a cada uno el salario que corresponda según las leyes de la justicia y de la equidad; que en las empresas puedan los trabajadores sentirse responsables de la tarea realizada; que se puedan constituir fácilmente organismos intermedios que hagan más fecunda y ágil la convivencia social; que, finalmente, todos, por los procedimientos y grados oportunos, puedan participar en los bienes de la cultura”. Esto no lo dice el Cardenal Arzobispo de Santiago, lo dice el Santo Padre Juan XXIII, en la Encíclica *Pacem in Terris* (Nos. 54-56-60-61 y 64).

Sólo si se practica esta Doctrina es posible la paz y la Iglesia así lo manifiesta: “Las enseñanzas que hemos expuesto sobre los problemas que en la actualidad preocupan tan profundamente a la humanidad y que tan estrecha conexión guardan con el progreso de la sociedad nos la ha dictado el profundo anhelo del que sabemos participan ardientemente todos los hombres de buena voluntad: esto es, la consolidación de la paz en el mundo... Pero la paz será palabra vacía mientras no se funde sobre el orden, cuyas líneas fundamentales, movidos por una gran esperanza,

dice el Papa, hemos esbozado en esta nuestra Encíclica; un orden basado en la verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia, sustentado y henchido por la caridad y, finalmente, realizado bajo los auspicios de la libertad” (*Pacem in Terris* Nos. 166-167).

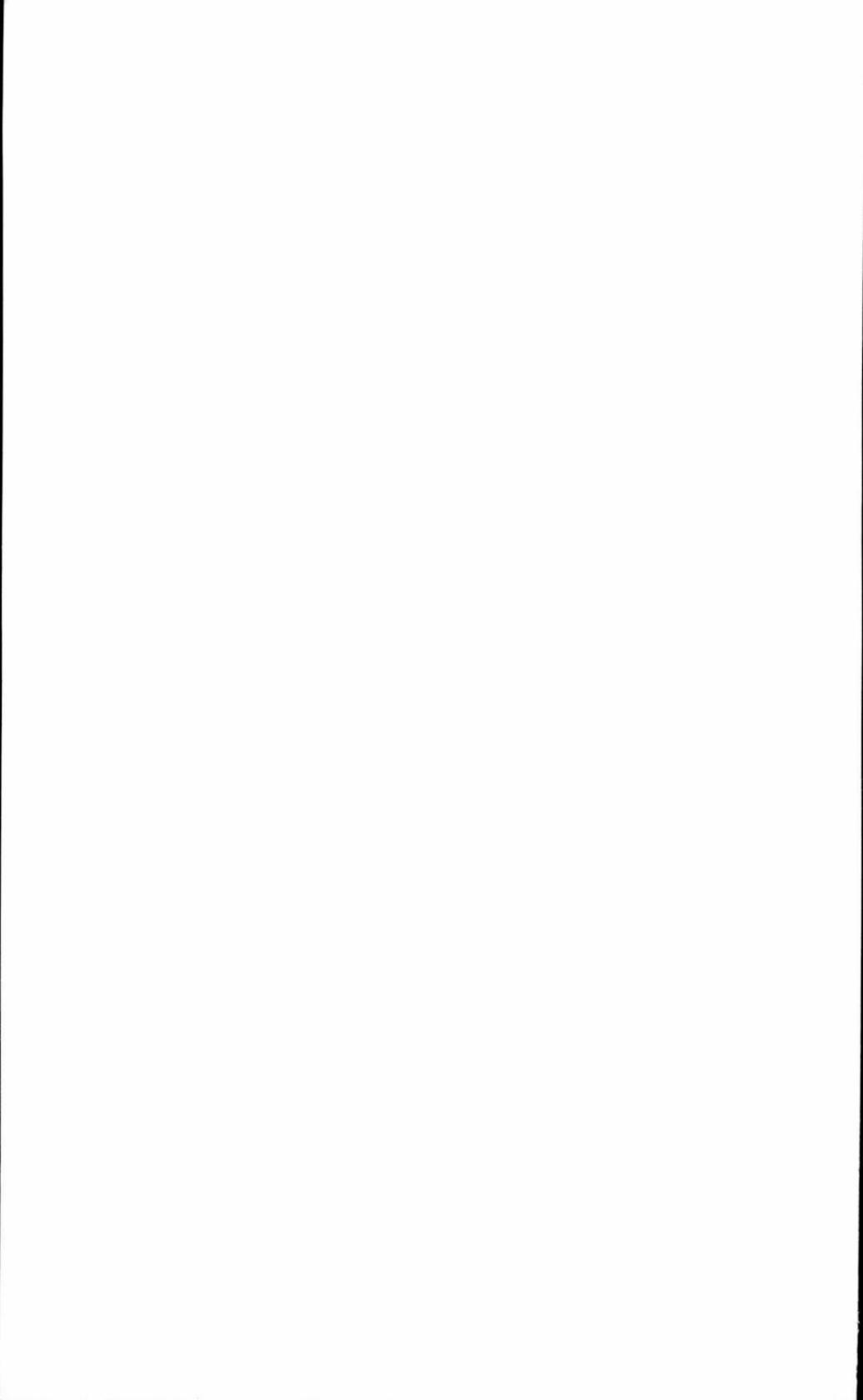
Queridos amigos, debo terminar y quiero hacerlo con las palabras que dijera en el año 1976:

“Nos parece oportuno, por eso, en una celebración como la actual, reactualizar y urgir el mensaje del Papa y en el espíritu de reconciliación del Año Santo: la reconciliación tiene su raíz en la justicia. Desigualdades masivas de poder y riqueza en el mundo, y a menudo dentro de las naciones, son un grave obstáculo para la reconciliación... La reconciliación en la sociedad y los derechos de la persona exigen que los individuos tengan una influencia real en la determinación de sus propios destinos. Tienen derecho a participar en el proceso político, con libertad y responsabilidad. Tienen derecho al libre acceso a la información, a la libertad de palabra y de prensa, e igualmente a la libertad de disentir... Deben tener, todos, la garantía de la protección jurídica de sus derechos personales, sociales, culturales y políticos”.

Queridos hijos: estas palabras nuestras no reconocen otra fuente que la constante doctrina de la Iglesia, ni otra inspiración que el amor de Cristo que nos urge. La Iglesia habla porque es propio de la conciencia el hablar. La Iglesia tiene el pensamiento de Cristo. La Iglesia tiene los

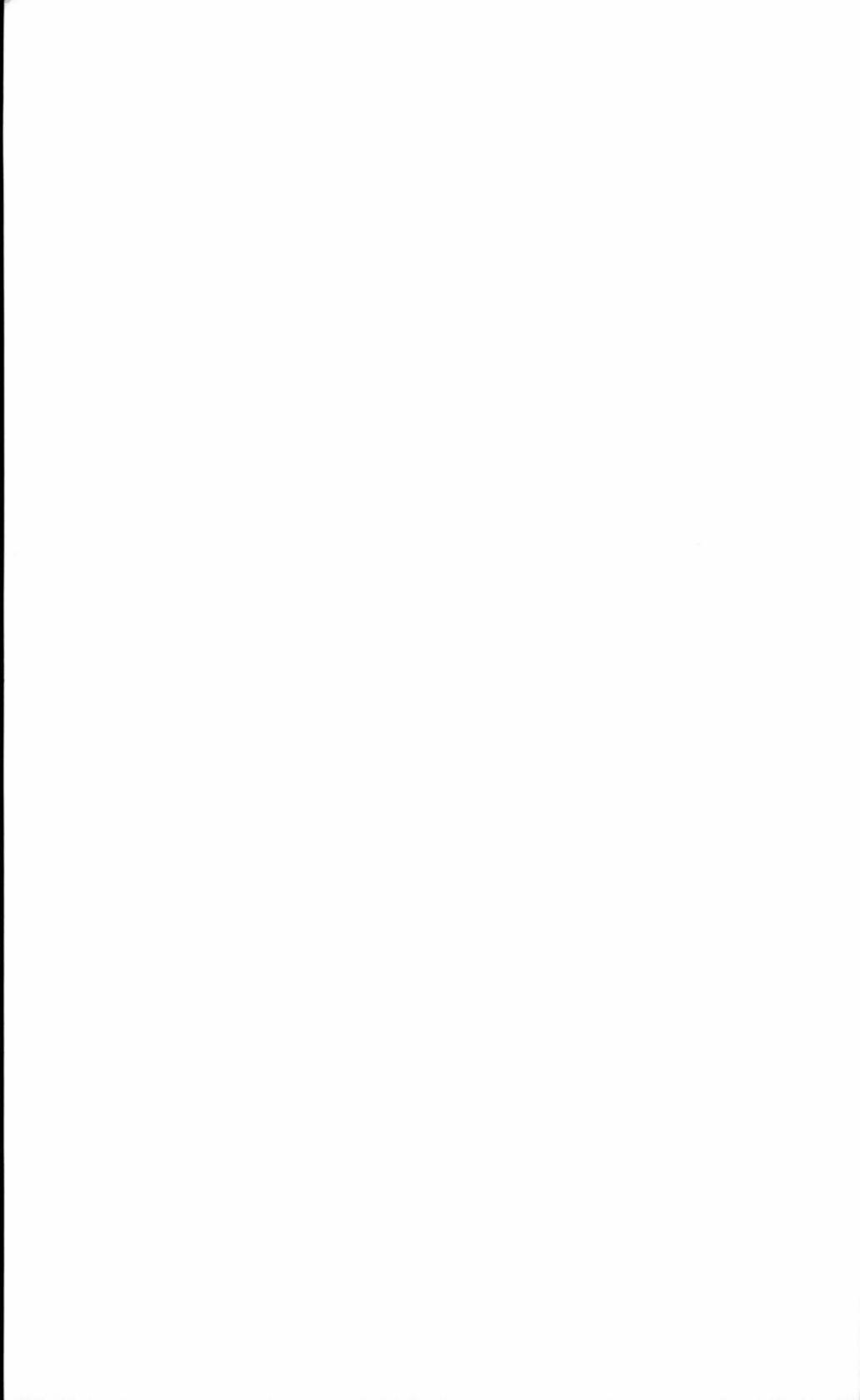
sentimientos de Cristo. La Iglesia habla lo que Cristo le ha enseñado. La Iglesia enseña asistida por el Espíritu de Cristo. Así quisiera ser escuchada: como voz del Señor que no busca ser servido sino servir. Portadora de una Palabra que, como Cristo, no destruye ni aplasta nada que sea auténticamente humano, no ambiciona reinos terrenos; no tiene otra pasión que la unidad, otro interés que la verdad, otra meta ni otro mérito que la caridad.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ



**MENSAJES
ANEXOS**





Santiago, 19 de noviembre de 1991

MI SUEÑO DE CHILE

Me preguntan por el país que sueño o que deseo. Y debo decir que mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados. El ser humano es lo más hermoso que Dios ha hecho. El ser humano es "imagen y semejanza" de la belleza y de la bondad de Dios. Quiero que en mi patria desde que un ser humano es concebido en el vientre de una mujer, hasta que llega a la ancianidad sea respetado y valorado. De cualquier condición social, de cualquier pensamiento político, de cualquier credo religioso, todos merecen nuestro respeto.

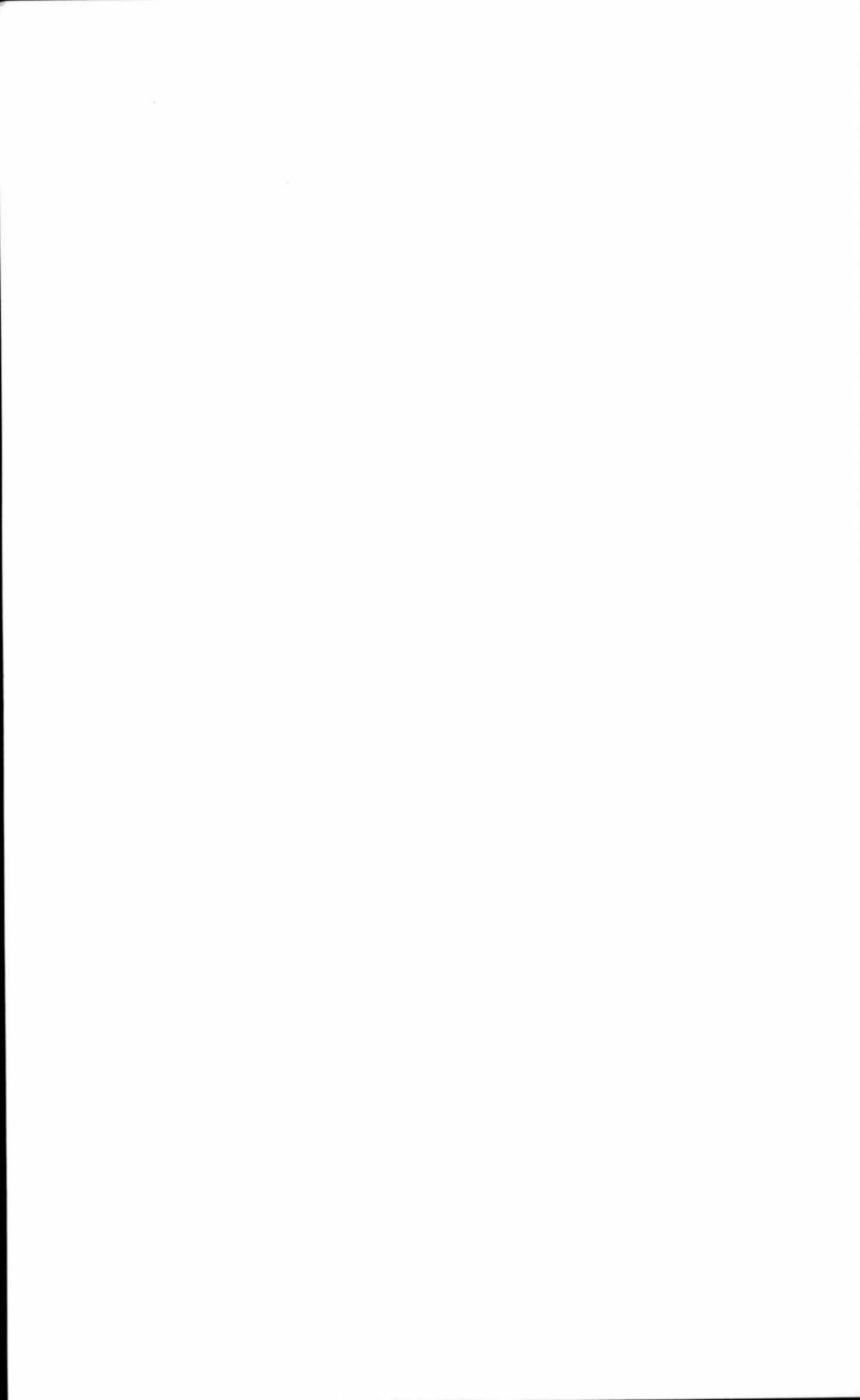
Quiero que en mi país todos vivan con dignidad. La lucha contra la miseria es una tarea de la cual nadie puede sentirse excluido. Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia. Y que cada familia pueda habitar en una casa digna donde pueda reunirse a comer, a jugar y a amarse entrañablemente.

Quiero un país donde reine la solidaridad. Muchas veces ante las distintas catástrofes que el país ha debido enfrentar, se ha demostrado la generosidad y la nobleza de nuestro pueblo. No es necesario que los terremotos solamente vengan a unir a los chilenos. Creo que quienes poseen más riquezas deben apoyar y ayudar a quienes menos poseen. Creo que los más fuertes no pueden desentenderse de los más débiles. Y que los más sabios deben responsabilizarse de los que permanecen en la ignorancia. La solidaridad es un imperativo urgente para nosotros. Chile debe desterrar los egoísmos y ambiciones para convertirse en una patria solidaria.

Quiero un país donde se pueda vivir el amor. ¡Esto es fundamental! Nada sacamos con mejorar los índices económicos o con levantar grandes industrias y edificios, si no crecemos en nuestra capacidad de amar. Los jóvenes no nos perdonaría esa falta. Pido y ruego que se escuche a los jóvenes y se les responda como ellos se merecen. La juventud es nuestra fuerza más hermosa. Ellos tienen el derecho a ser amados. Y tienen la responsabilidad de aprender a amar de un modo limpio y abierto. Pido y ruego que la sociedad entera ponga su atención en los jóvenes, pero de un modo especial, eso se lo pido y ruego a las familias ¡No abandonen a los jóvenes! ¡Escúchenlos, miren sus virtudes antes que sus defectos, muéstrenles con sus testimonios un estilo de vivir entusiasmante!

Y por último, quiero para mi patria lo más sagrado que yo pueda decir: que vuelva su mirada hacia el Señor. Un país fraterno sólo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios. He dedicado mi vida a esa tarea: que los hombres y mujeres de mi tierra conozcan al Dios vivo y verdadero, que se dejen amar por Él y que lo amen con todo el corazón. Quiero que mi patria escuche la Buena Noticia del Evangelio de Jesucristo, que tanto consuelo y esperanza trae para todos. Este es mi sueño para Chile y creo que con la ayuda de María, ese sueño es posible convertirlo en realidad.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ



TESTAMENTO ESPIRITUAL DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Mi palabra es una palabra de amor. He buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor. A El conocí desde niño. De El me entusiasmé siendo joven. A El he buscado servir como Sacerdote y como Obispo. Si tengo una invitación y un ruego que hacer con vehemencia es precisamente este. Que amen al Señor. Que conozcan su Palabra. Que lo escuchen en la oración. Que lo celebren en los sacramentos. Que lo sirvan en los pobres. Y que pongan en práctica su Evangelio en la vida de todos los días.

Mi palabra es una palabra de amor a la Santa Iglesia. Fue la Iglesia doméstica en mi familia la que me enseñó a orar y a servir. Fue la Iglesia la que me educó en el amor y me regaló la fe. Fue la Iglesia la que me llamó, por el ejemplo de Don Bosco, a servir a los jóvenes y a los pobres. Fue la Iglesia la que me dio grandes responsabilidades a pesar de mis limitaciones. Fervientemente eso les pido: amen a la Iglesia. Manténganse unidos

al Papa y a sus Obispos. Participen activamente en la comunidad eclesial. Tengan misericordia con sus defectos, y sobre todo sepan apreciar su santidad y sus virtudes. Procuren en todo momento que ella proclame con alegría y entusiasmo la Buena Noticia que su Maestro le encargó anunciar a todos.

Mi palabra es una palabra de amor a Chile. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero mucho más hermoso por su gente. El pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y muy leal. Se merece lo mejor. A quienes tienen vocación o responsabilidad de servicio público les pido que sirvan a Chile, en sus hombres y mujeres, con especial dedicación. Cada ciudadano debe dar lo mejor de sí para que Chile no pierda nunca su vocación de justicia y libertad.

Mi palabra es una palabra de amor a los pobres. Desde niño los he amado y admirado. Me ha conmovido enormemente el dolor y la miseria en que viven tantos hermanos míos de esta tierra. La miseria no es humana ni es cristiana. Suplico humildemente que se hagan todos los esfuerzos posibles, e imposibles, para erradicar la extrema pobreza en Chile. Podemos hacerlo si en todos los habitantes de este país se promueve una corriente de solidaridad y de generosidad. Los pobres me han distinguido con su cariño. Sólo Dios sabe cuándo les agradezco sus muestras de afecto y su adhesión a la Iglesia.

Mi palabra es una palabra de amor especial a los campesinos que trabajan con el sudor de su frente y con quienes compartí desde mi infancia. En ellos hay tantos valores que no siempre la sociedad sabe apreciar. Quiero pedir que se los ayude y se los escuche. A ellos les pido que amen y que cuiden la tierra como un hermoso don de nuestro Dios.

Mi palabra es una palabra de amor a los jóvenes. En los primeros y en los últimos años de mi ministerio sacerdotal a ellos les he dedicado de un modo especial mi consejo y mi amistad. Los jóvenes son buenos y generosos. Pero necesitan del afecto de sus padres y del apoyo de sus profesores para crecer por el camino de la virtud y del bien. La Iglesia y Chile tienen mucho que esperar de una juventud que está llamada a amar con transparencia y cuya voz no puede ser desoída.

Mi palabra es una palabra de amor a mis hermanos obispos y a los sacerdotes que con tanto celo sirven a su pueblo. Doy las gracias a quienes colaboraron conmigo en tantas tareas hermosas que emprendimos, primero en la amada Iglesia de Valparaíso, y después en esta muy amada Iglesia de Santiago. A los laicos que tan lealmente me dieron su amistad y su cooperación les deseo que su trabajo sea comprendido y valorado. Que no se cansen en su servicio. Y que cuiden de un modo especial a sus familias.

Mi palabra es una palabra de amor a todos. A los que me quisieron y a los que no me comprendieron. No tengo rencor. Sólo tengo

palabras para pedir perdón y para perdonar. Sólo tengo palabras para agradecer tanta bondad que he recibido.

A la Virgen Santa me encomiendo, ya que ella es el Auxilio de los cristianos.

A todos les doy mi bendición en el nombre del Señor.

CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

INDICE

1978

| | | |
|---|----|---|
| Participación de los Trabajadores y Democracia | 9 | \ |
| Las Armas de la Paz | 21 | - |
| A los Jóvenes Argentinos y Chilenos | 37 | ✓ |
| Respeto a los Derechos Humanos | 41 | ✓ |

1979

| | | |
|--|-----|---|
| La Iglesia nunca se olvida de su cuna | 45 | \ |
| Miembro de la Academia Chilena de la Lengua | 71 | ✓ |
| No hemos sido escuchados | 87 | ✓ |
| Las difíciles relaciones | 95 | ✓ |
| La civilización del Amor | 107 | ✓ |
| Derechos Humanos y Evangelio | 111 | ✓ |
| Ela Camino de la Justicia | 117 | ✓ |

1980

| | | |
|--|-----|---|
| Monseñor Oscar Romero | 127 | ✓ |
| Busquemos los Caminos del Entendimiento | 131 | \ |
| Con Esperanza | 145 | - |

1981

| | |
|---|-----|
| ✓ Don Bosco me ha Conquistado | 151 |
| ✓ Entrevista Polémica | 161 |
| ✓ Hoy no quiero hablar yo: Escuchemos al Santo Padre | 167 |
| ✓ Plegaria Constante | 209 |
| ✓ Paz entre Chile y Argentina | 219 |

1982

| | |
|---|-----|
| ✓ Ven, bendecido de mi Padre | 227 |
| ✓ El Caminoprimerode la Iglesia pasa por el hombre | 233 |
| ✓ Ven y Sígueme | 243 |
| ✓ Mi sucesor será mejor comprendido | 247 |
| ✓ Gracias | 255 |

1983

| | |
|-------------------|-----|
| ✓ Debo despedirme | 271 |
|-------------------|-----|

Mensajes Anexos 289

1991

| | |
|-------------------------|-----|
| ✓ Mi sueño de Chile | 291 |
| ✓ Testamento Espiritual | 295 |

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y DE REFERENCIAS

A

- Abraham, p.261
Academia Chilena de la Lengua, p.71
Acción Católica, 229
Alvaro Puga, p. 102
América Latina, p. 91, 93, 94, 112, 123, 128, 173,
187, 199, 235;
 integración de, p. 142
Andrés Bello, p.75
Argentina, p.33, 34, 221
Argentinos, p. 37, 207

B

- Bernardo O'Higgins, p.33, 44, 210
Bien Común, p. 203 y ss., 212
Buena Nueva, p. 29

C

- Canto General, p. 78
Cardenal Villot, p. 18;
 Pacelli, 229;
 Tardini, 229
Civilización del amor, p. 108, 109, 260
Clase trabajadora, p. 16
Compañía de Jesús, p.154
Comunidades de base, 171
Concilio Vaticano II, p. 10, 134
Congregación Salesiana, p. 157

Cooperadores Salesianos, p. 153
Crescente Errázuriz, p. 75
Cultura Obrera, p.16

Ch

Chile, p. 30, 31, 34, 138, 221;
 alma de, p. 43
chileno-argentina, p.34

D

Declaración Universal de los Derechos del
Hombre, p.179
Democracia, p.17;
 democrática (convivencia), p. 30
Derechos de los trabajadores, p.13
Derechos Humanos, p. 97, 103
Desarrollo integral, p. 18
Dictadura del proletariado, p. 161
Dignidad del hombre, p. 35, 140
Dios de la vida, p. 38;
 creador, p. 47;
 Belleza de, p. 72
Doctrina de la Iglesia, p.12
Doctrina Social de la Iglesia, p. 14; 17, 120, 133,
136, 172, 203, 229, 273
Documentos de Medellín, p. 27
Don Bosco, p. 151, 156, 158, 159

E

Economía al servicio del hombre, p.14
Eduardo Anguita, p. 81
Eduardo Frei, p. 161, 228 y ss.,
Empresarios (empresa), p. 17; Empresario y
Hombre de Fe

Encuentro de Juventudes, p. 37
Episcopado chileno, p. 89
Evangelio de Cristo, p. 25, 115;
 de la Paz, p.29;
 del Señor,p. 108
Exodo, p. 72

F

Fe cristiana, p. 43
Francisco Donoso, p. 75
Fuerzas Armadas, p.89, 94:
 gobierno de los militares, 161
Fundación Bruno Kreisky, p. 111, 115

G

Gabriela Mistral, p. 75
Gaudium et Spes, p. 18, 135, 235, 256
Génesis, p. 72

H

Hijo del carpintero, p. 9;
de Dios, p. 45, 131
Hombre-Dios, p. 46

I

Iglesia Católica, p. 100, 104;
 de Santiago, p. 105;
 de Chile, p. 139, 165
Iglesia Universal, p. 104, 109, 111;
de los pobres, p. 234
Imperialismo, p.57
Isaías (profeta), p. 11

J

- Jorge Alessandri, p. 161
José de San Martín, 223
Juan, p. 108
Juan XXIII, p. 25, 148, 271
Juan Pablo II, p. 47, 48, 49, 52, 57, 90, 91, 107, 115, 170 y ss., 186, 198, 202, 233, 254
Juan de la Cruz, p. 73
Juan Diego (indio), p. 219
Juicio Final, p. 53
Junta (integrantes de), p. 94

L

- La Araucana, p.74
La liberación cristiana, p. 66
Laborem Excercens, p. 234, 275, 278
Liberalismo, p. 18
Lonquén (cuerpos de), p. 99
Luis Felipe Contardo, p. 75

M

- Magisterio de la Iglesia, p. 24, 33
Maligno (el), p.66
Manuel Lacunza, p. 75
Manuel Montt, p.214
María, p. 40, 46; Virgen, p. 51, 74, 246;
 Madre, p.69, 143;
 Auxiliadora, p. 153
Mater et Magistra, p.274
Medellín, p. 199
México, p. 219
Miguel Arteche, p. 81
Misión Joven, p.244
Monseñor Oscar Romero, p. 127
Monterrey, p.64 (discurso de los obreros de)

N

- Naciones Unidas, p. 41, 42,44
Neocolonialismo, p. 57
Nicanor Parra, p. 81

O

- Obispos latinoamericanos, p. 54, 107, 128, 186,
192;
 de Puebla, p. 137, 139, 141;
 de Chile, p. 138
Omar Emeth, p. 75
Organización de Estados Americanos, p. 113
Organización de las Naciones Unidas, p. 178

P

- Pablo (apóstol), p. 23, 149, 282
Pablo Neruda, p. 75, 78
Pacem in Terris, p.25, 148, 237, 282
Padre Común, p. 34
Papa León XIII, p. 10, 54, 180, 284
Papa Paulo VI, p.26, 30, 41, 49, 256
Paraíso (el), p.73
Patrocinio San José, p. 155
Paz social, p. 13
Pedro, p. 108
Pedro de Valdivia, p. 74
Pío XI, p. 197
Pío XII, p.15, 196
Populorum Progressio, p. 30, 140
Primero de mayo, p. 9, 60
Puebla, p.54, 93, 112, 127, 186 y ss.

R

- Reconciliación, p. 19

Redemptor Hominis, p. 48, 53, 57, 58, 60, 125
Reino, p. 149, 193;
 de Cristo, p. 235
Rerum Novarum, p. 54, 173, 204
Roque Esteban Scarpa, p. 71, 81

S

Sacramento de la Reconciliación, p. 67
Sagrada Escritura, p.10
Salmos de David p. 72
Salvador Allende, p. 161
San José Obrero, p. 45, 53, 131, 167, 271
San Mateo, p.53
San Pablo, p. 24
Seguridad Nacional, p. 60, 112
Señor de la Historia, p. 116
Sergio de Castro (ministro), p. 249
Socialismo, p.276

T

Teresa de Avila, p. 73
Totalitarismos, p. 58, 161
Trabajadores, p. 19
Trabajar, p. 61
Trabajo (relaciones laborales), p. 14

V

Verbo de Dios, p. 11
Vicaría de la Solidaridad, p. 41,100, 102, 164;
Pastoral Obrera, 167
Víctor Hugo, p. 75
Virgen del Carmen, p. 94, 270;
de América, 221, 225